



Amparo Montalva de Centineo

Portada y Diagramación Rubén Centineo

Foto: © Ruben Centineo

A Mis hijos:
León Felipe
Rubén Rodrigo
Y Pablo Antonio Patricio

-I-

Me costó horrores convencer a Martín para que me acompañara al cóctel de inauguración de las nuevas instalaciones de la radio. Esta vez no quería ir sola. Estaba aburrida de tener que dar constantes explicaciones por sus ausencias. Me encargué de que todo estuviera preparado, no quería imprevistos. Hoy quería ser la señora de y disfrutar de esa condición. Mandé la chaqueta y el pantalón preferidos de Martín a la tintorería junto con mi nuevo vestido azul cielo. Me las ingenié para salir antes del trabajo y aproveché para hacer algo que nunca hacía. Fui a la peluquería y me decoré a tono. Cuando llegó Martín, ya estaba lista.

Me vio y no pudo negarse, aunque sé que ésas eran sus intenciones. Le preparé un café a su gusto y lo acompañé. Martín cada tanto me miraba de reojo. Yo prefería no mirarme. Me sabía cambiada. De aspecto, por supuesto, porque debajo del decorado y mi precioso vestido azul cielo, María Isabel latía al ritmo de siempre.

No puedo negar que al entrar al cóctel produjimos un murmullo de admiración. Tampoco voy a negar que eso me gustó. Sentí la incomodidad de Martín, pero no acusé recibo, por no entrar en profundidades, cuando sólo se trataba de estar ahí,

disfrutar de la compañía de mi marido y de cumplir con la obligación de la presencia en esos agobiantes compromisos de trabajo. Muy pronto y posiblemente por la aceptación que causamos, me sentí bien, contenta, bien acompañada o representada como diría Estella.

Los placeres del buen beber, la buena música, la exquisita comida, hicieron que el tiempo pasara de una manera ya olvidada. Todo fluía.

Presentaciones, encuentros, uno que otro reconocimiento a mi trabajo por parte de algún jefe. Un microclima, un paréntesis en eso de la cotidianidad, un pensarse de otra manera, un creer que todo está bien. Martín distante, reservado como siempre, mirando todo con cierto escepticismo, pero ahí, junto a mí. Éramos una pareja. Sentía la armonía que había en el fondo de nosotros y eso me relajaba aún más. Ahora era yo la que lo miraba de reojo, con el orgullo del amor, y la pertenencia que eso encierra. Comenzaron a llegar las personalidades. Embajadores, ministros, magnates de las comunicaciones y del poder. Siempre me ha intrigado la vida de esos seres que poseen tanto. Ya no sólo se trata de casa, auto, comodidades, esas cosas a las cuales uno accede con esfuerzo. Se trata de un plural, de agregar una "s" a todo lo que se nos pueda pasar por la cabeza. Casas, autos, campos, comodidades, viajes, vestidos, medias, y también ideas, personas, poder. Todo les pertenece. Desde sus grandes y fríos escritorios de mármol, definen las vidas de tantos de nosotros. Pero ese pensamiento fue sólo un flash en medio de las luces que recibieron a tanta celebridad.

Los fotógrafos invadieron la escena. En ese momento Martín me tomó de la mano y me alejó de tanta luz. Y por qué no contarlo, me atrajo a nuestra querida intimidad. En medio del bullicio, me quitó el vaso y tomó mis manos entre las suyas. Las acarició y las miró con esa capacidad que sólo otorga el amor: la de ver todo como si fuera la primera vez. Quise hablar, decir que no, como siempre me sucede cuando siento que me deslizo hacia él. Pero no pude. Como tampoco pude evitar que mi decorado cayera sobre mis hombros cuando Martín, así, imperceptiblemente, me quitó del cabello la pieza clave. Sus manos se enredaron con mi vida. En ese momento, algo cegó mis ojos, pero ya no tuve ganas de saber. No tenía fuerzas ni deseos de usar la cabeza, en un momento en que nada de eso me servía para entender ese mar de calidez avasallante que nos unía. De pronto se filtró una ola de aplausos y una voz imponente lo silenció todo. Nosotros logramos mantener nuestro bullicio personal hasta el momento en que la voz también nos silenció. Martín, molesto, furioso

casi, me tomó de la mano y me sacó de la fiesta, de las luces y de la voz.

Volvimos a mirarnos cuando pregunté

- ¿A dónde me llevas...?

- Lejos, bien lejos de tanta interferencia.

Esa voz había logrado quebrar nuestra intimidad. Martín, ahora molesto, manejaba sin rumbo fijo mientras se quitaba la corbata, la chaqueta y se deshacía de su propio decorado. El mío había quedado allá.

- Ésta es la última obligación a la que voy y no intentes convencerme. No voy a permitir que me atrapes nuevamente.

Conocía ese tono, sabía que habíamos ingresado en nuestra intimidad, pero no la del olfato, el recuerdo y el tacto sino la de las ideas y las pasiones.

Vagamos sin rumbo fijo por las calles de la ciudad. El centro, iluminado y sórdido, con sus calles llenas de basura, vestigios de rutina maloliente y densa. Las autopistas vacías y limpias para el desafío a la velocidad y la vida. Temores que ambos somos capaces de perder cuando entramos en los laberintos de la furia. Las recorrimos todas, de punta a punta, agotando la fuerza. Por momentos el miedo me agazapaba el alma. El cuerpo se tornaba, rígido, ante lo vertiginoso de la velocidad. Los paisajes cubiertos por la noche pasaban uno tras otro sin poderlos nombrar. Los miedos aparecían y desaparecían. Inmencionables

Cualquier palabra era escasa, pálida, irritante a la hora de ser nombrada en medio de tanto silencio contenido.

¿Tiempo? No sé si el tiempo existe en esos momentos. Es eterno, impreciso, escaso a la vez.

Los años junto a Martín me han enseñado que no debo interrumpir la furia si queremos sobrevivirla. Es como un animal que se apodera de nosotros. Que vive dentro engendrando un movimiento pertinaz, excesivo y lujurioso a la vez. Sé que no debemos mirarnos.

Las autopistas fueron escasas para saciarnos. Las recorrimos una y otra vez hasta sentir el encierro, el límite preciso de la ciudad. Salimos de ella en busca de otra violencia, la de las carreteras. La complicidad del silencio nos unía. La noche de un momento a otro dejó de ser noche. No pude percibir sus matices, ese paulatino decrecer que uno tanto disfruta en la adolescencia cuando junto a un grupo de amigos espera el amanecer frente al mar.

De pronto tuve la sensación de estar detenidos, frente a una gran pantalla de Cinerama. Me dieron ganas de vomitar como la primera vez, ésa cuando vi "La vuelta al mundo en 80 Días" sentada en la fila 7 del recién inaugurado cine Rex de mi ciudad. Pero no estábamos detenidos. Éramos nosotros los que avanzábamos hacia el centro de la furia. Junto con la claridad del amanecer comencé a sentir frío. Primero fue así, poco a poco. Traté de cubrirlo con mis manos, pero fue insuficiente. Entonces decidí olvidarme del frío y para eso miré hacia adelante. Digo miré porque antes ni siquiera eso podía hacer. Pero fue peor. El paisaje se me escapaba, no podía retenerlo lo suficiente como para olvidar el frío. Ahora tiritaba. Sentía el entrechocar de mis dientes y eso me daba pudor, vergüenza. Desistí del paisaje, de mirar hacia adelante y cerré los ojos con la esperanza de encontrar en la oscuridad alguna forma de calor. En un momento indescifrable, sentí el calor. Era la mano de Martín, que por error, había rozado mi cuerpo. Me atreví y lo miré. Por toda respuesta él puso su mano sobre mi muslo. El calor volvió a mi cuerpo y con él, los recuerdos, las ideas, el paisaje y la tristeza. Ahora avanzábamos más lento. Martín encendió un cigarrillo.

La furia estaba alejándose dejando espacio a la muerte. O no, la tristeza venía de esa muerte. No sé, pero algo muy fuerte que antes había estado oculto comenzaba a aparecer. El alivio de la descarga, el agotamiento de la descarga. !Qué difícil es hablar sobre lo que se siente!

El paisaje se fue ampliando, la claridad del día fue entrando en mí, dándole contornos más blandos a mis sentimientos. Miré la mano de Martín. Los años habían pasado. Esa misma mano se había posado diez años atrás sobre mi muslo, estremeciéndome también por primera vez. Siempre que me encuentro en momentos así, necesito recurrir a los recuerdos, necesito la fuerza que ellos me traen. Retroceder, volver atrás en el tiempo, rearmar la historia, fortalecerme para enfrentar el caos de los sentimientos y los presentimientos.

Armarme para el momento en que Martín hablara. !Qué miedo le tengo a estos momentos! Son pocos. Los dedos de mi mano bastarían para contarlos. Son de una intensidad que redefinen, que le dan un nuevo significado a todo lo que parecía tranquilamente vivido. Sacan la capa que nos ayuda a ocultarnos. Nos encaran. Cuando comienzo a hablar en plural, constato el miedo del singular. No puedo hacerme trampas a esta alturas. En todas estas cosas iba pensando cuando Martín dijo sus primeras palabras.

- ¿Qué pasaría si no nos detuviéramos? Así como salimos de la ciudad podríamos salir del país.

- ¡Martín!

No pude decir nada más. Entramos ahora en un nuevo silencio, el mío. Dejarlo todo atrás. Incluso nuestro hijo. Qué pánico tan grande me da comprobar que en alguna parte de mí ese deseo existe. El deseo de quedarme limpia de compromisos, de quitarme las ideas que me arman, de aceptar que nuestro hijo tampoco nos pertenece y que la vida no es más que un cúmulo de sucesos que existen, que los inventamos sólo para pasar el tiempo. Dejar que el aburrimiento lo pueble todo, que llene cada instante a la espera de esos pequeños grandes sucesos que me conmueven. Como éste por ejemplo. Me aferré a la mano de Martín pero no tuve la fuerza para decirle que nos detuviéramos. Martín encendió otro cigarrillo.

!Qué lindo es este vestido! Azul cielo como dijo la vendedora. Estar vestida del color del cielo. Recuerdo esos años duros de mi adolescencia cuando no me decidía por la vida, por el pavor que me daba comenzar a entenderla y en medio del agobio miraba hacia el cielo y le preguntaba, ¿cuándo encontraré la paz? ¿Tendrá fin este miedo?

¿Encontraré algún día una forma de armonía entre este cuerpo que me da forma y la vida? ¿Existe realmente el alivio de respirar hondo y sentir que la vida tiene algún sentido?

Quizás por eso te amo, Martín. Por esa extraña capacidad que tienes de volver a ubicarme en el punto cero, el de la vida y la muerte al mismo tiempo. El de plantearse cruzar la frontera vestida de azul cielo para luego volver a partir.

Qué débiles son las ideas. Qué rápido se desfloran. Vuelvo a mirar el cielo en busca de una respuesta. El cielo como lo más alto, el cielo como lo único que nos cubre a todos por igual. El cielo, el único lugar desde donde se puede ver todo. El cielo como el color mágico de la paz, de la muerte.

Bajé el parasol para mirarme en el pequeño espejo. Necesitaba comprobar que había envejecido, que el efecto de los cuidados de belleza había desaparecido, que mi rostro envejecido era mi verdad. El tiempo había transcurrido. No cabía duda. Ahora comprendía, o ni siquiera, porque comprender implica cosas que ya no era capaz de hacer. Ahora podía decir: el tiempo existe y esta noche he vivido más que muchos días atados en un calendario. Pero no sabía qué hacer.

No tenía una respuesta para Martín. Ni tampoco la decisión de decirle que se detuviera. Eso, no tenía una respuesta. En algún lugar de mí, esperaba que él decidiera por mí. Y lo estaba haciendo. Avanzábamos a toda velocidad por una carretera que parecía no tener fin.

- II -

En el último piso de un lujoso edificio un hombre solo, miraba por su gran ventanal hacia el infinito. El día comenzaba iluminando lentamente la ciudad. Al final, nada, cielo, una antena parabólica, muchas antenas de televisión como banderas. El hombre quiso abrir la ventana, posiblemente con el deseo absurdo de tocar esa última antena, pero descubrió que no se podía.

Cuántos años mirando por ese ventanal, cuántos años rodeado por ese mismo paisaje, cuántos años encerrado en ese mismo lugar y recién hoy descubre que su ventana no se puede abrir.

Sofocado por el descubrimiento que acababa de hacer, oprime el intercomunicador

- Llame inmediatamente al ingeniero que construyó este edificio.

Voltea y mira nuevamente su enorme ventanal. La vista es sobrecogedora. Se acerca lentamente a él y por primera vez en su vida lo toca suavemente, especialmente en las juntas. Sí, no se puede abrir, no hay forma de hacerlo. Furioso camina por la oficina como un león enjaulado. Se acerca nuevamente al intercomunicador y oprime el botón.

- Señorita, le dije que era urgente.

Suelta el botón sin esperar respuesta. Aburrido, ansioso, enciende el televisor desde su escritorio utilizando el control remoto. En ese momento se anuncia un flash informativo. Sube el volumen suavemente.

- "El alcalde de Bogotá en reciente entrevista a raíz de los últimos sucesos ocurridos en su país, manifestó su descontento con la política norteamericana.

Dígame señor alcalde, dicen que el narcotráfico ha amenazado con asesinar al encargado del programa antidrogas.

- Así es, sobre nuestro pueblo pende como espada de Damocles la amenaza del narcotráfico.

- ¿Qué respuesta dará el gobierno?

- El gobierno protegerá a la ciudadanía pero nada será suficiente si los norteamericanos en vez de venir a generar conflictos no se encargan de que su pueblo deje de consumir cocaína."

Atías da un golpe sobre la mesa. En ese momento se abre la puerta del estudio y entra el ingeniero.

- ¿Me quiere explicar qué significa esto?

Atías señala el ventanal. El ingeniero sorprendido se acerca al ventanal y lo revisa

- No se puede abrir -

El ingeniero sonríe aliviado.- Pensé que era algo más grave-

Atías, en el máximo de su despotismo- Me lo abre inmediatamente.

El ingeniero atónito lo mira. - Eso es imposible señor.

Furioso, Atía, cierra el puño y con gran fuerza golpea contra el ventanal. En ese momento entra una ráfaga de viento que los tira a ambos contra la pared.

Atías, sobrecogido, observa la impotencia de su poder.

- III -

Magdalena ayuda a Nicolás a vestirse. Está preocupada. Nicolás, en silencio, se deja ayudar. Entra Andrea con una carterita rosada.

- Apúrate Nico, quiero que me lleves a dar un paseo.

Nicolás se apresura. Magdalena termina de atarle las trenzas de los zapatos.

- ¿Tía, por qué no llega mi mamá?

Magdalena intenta una sonrisa.

- No te preocupes. En cualquier momento suena el timbre y es ella. Seguro que se quedaron hasta tarde en la fiesta y están descansando un poco antes de venir a buscarte.

Andrea lo toma de la mano y lo arrastra hacia la puerta. Nicolás ofrece un poco de resistencia. Mira a Magdalena. Está triste. Magdalena rehúye su mirada. No tiene respuesta. Ella también está preocupada por su hermana. Le dejó a Nicolás por unas horas y todavía no regresa. Si tan solo hubiera llamado por teléfono. Nicolás desiste y sale corriendo de la mano de Andrea.

Magdalena pensativa acomoda la cama. Junta la ropa sucia, abre las ventanas. De pronto va hacia el teléfono y disca. No hay respuesta. Mira su reloj. Se llena de presentimientos. Haciendo un esfuerzo cierra los ojos y respira hondo. Resuelve dejar de pensar y comienza a ordenar el cuarto con la esperanza de olvidar sus miedos ocupada en tareas rutinarias. Suena el teléfono. Magdalena corre hacia él. En el momento en que toma el auricular se interrumpe la llamada.

- IV -

María Isabel y Martín caminan por una playa desierta. A lo lejos se divisa el carro detenido con las puertas abiertas de par en par. Martín desde una pequeña duna, mira hacia el horizonte. El viento pega contra su rostro. María Isabel junto a él. Martín se desnuda y entra en el mar, desapareciendo entre las olas. María Isabel lo sigue con el corazón. El viento sopla fresco, tibio, quema. Granos de arena golpean contra su rostro. De pronto sus ojos se llenan de lágrimas.

- Nicolás.(Musita suavemente) Cuánta falta le hacía su pequeña sonrisa. Sus ojos disminuidos por el gesto. Sabía que estaba bien atendido. Magdalena era su única hermana. Apenas un año de diferencia las unía en una amistad inseparable. En una extraña complicidad de mujeres, de madres. Andrea ayudaría a Nico a disfrutar del tiempo de su ausencia. Sí, todo eso era verdad, pero lo necesitaba ahí, con ellos. Las mejores intenciones aparecen escuálidas a la hora de la soledad. Sábado, mañana domingo y luego el lunes. No quería que Nicolás faltara a su colegio, que interrumpiera su vida de niño por sus necesidades de furia. Quería que Nicolás viviera con ellos incluso esto, que entendiera desde ya de que se trata esto de vivir. Que no sufriera tanto como ellos.

Pero no podía correr hacia él con los brazos abiertos y el beso en los labios. Martín la necesitaba sólo para él. Ahí, junto a su miedo, junto a la responsabilidad de ser la cabeza de la familia. De llevarlos por el camino correcto, de cuidar de ellos en lo fundamental. En mantener el alma expuesta a la vida.

Martín aparecía y desaparecía entre las olas. Cuánto respeto sentía ella por el mar. Era uno de sus primeros amores y por eso lo respetaba. Conocía de su furia, de su capacidad de violencia. Nunca olvidaría cuando de pequeña iba junto a sus padres a un hermoso balneario de verano al cual solían ir todos en familia. Una tarde estaba parada en una roca alta y fuerte mirando el mar. El olor era penetrante, tanto como el del amor. El viento golpeaba contra mis piernas aferradas a la roca. El día estaba oscuro, nublado y el mar ejercía su furia indomable. Unida toda en movimiento denso y feroz. Las olas se erguían fuertes, cargadas de arena y espuma, para romper contra la playa, las rocas o nada. El rugir de sus olas me estremecía de frío y pavor. Caer ahora entre sus brazos significaría la muerte para mí. Sola estaba frente al mar. Era dueña de mis actos y el deseo de la muerte apareció por primera vez. Atraída por ese movimiento fuerte y certero. Por ese llamado del agua. El vértigo me atrajo hasta el deseo, nublandome la vista, embotándome la mirada y el pensamiento. Mi cuerpo por un momento tambaleó atraído por esa fuerza única, clara y definida. Algo me retuvo. Posiblemente el llamado de mi madre.

María Isabel, en un impulso se levantó y miró hacia el mar. Sí, ahí estaba Martín, entre las olas. Respiró profundamente y sonrió enternecida.

El mar comenzaba a rugir.

- V -

El jardín era amplio. Varios árboles frutales, flores y pasto verde. Un lindo lugar tras la casa para el encuentro de la familia bajo las ramas lánguidas de sus árboles. Magdalena cuidaba mucho de ese espacio. Ahí pasaban gratas horas en compañía de la familia y los amigos. Las puertas del dormitorio de Magdalena e Ignacio se abrían de par en par al sol. Andrea con su carterita rosada al hombro miraba orgullosa a Nicolás quien con esfuerzo subía el árbol más alto del jardín. Una casa entre sus ramas. Eso era lo que querían. Pero había que explorar bien el lugar. Nicolás se detiene y mira a su prima. Se lo ve cansado pero orgulloso de su tarea. Andrea responde preocupada, temerosa de Nicolás. Lo quería demasiado como para no ponerse nerviosa viéndolo aventurarse entre las ramas. Nicolás le tira una naranja. Andrea corre y la alcanza. La mira, la toca, la huele. Se decide y la guarda en su carterita.

- La guardé, grita.

Nicolás tambaleante intenta deshojar una rama con el fin de transformarla en un sillón. Andrea se acerca temerosa. Nicolás con dificultad sigue ascendiendo hasta llegar a la copa del árbol. Sonríe tambaleante aferrado a la rama.

- Sí, aquí nos podemos hacer la casa.

Andrea feliz intenta subir pero descubre que su vestido se lo impide. Se levanta y corre hacia la casa.

Nicolás atrapado en su nuevo mundo se interna entre las ramas, las hojas, los pájaros.

- ¿Qué hay por aquí?

Andrea vestida para subir, aparece en el umbral al tiempo que grita espantada.

- Nicolás, te vas a caer.

Nicolás no escuchaba. Avanzaba entre las ramas, olvidándose que los pájaros tienen alas y él, brazos. Andrea pálida, inmovilizada por el pánico grita

!Mamá!

- VI -

Martín está desnudo, tendido en la arena húmeda del borde de la playa, dejándose bañar por las olas. Abre sus brazos y sus piernas dejándose quemar por el sol que lo mira de frente. El sol, pensaba, al tiempo que comenzaba a tararear aquella vieja y querida canción, "A white shade of Pale". María Isabel se había ido. Qué difícil es retenerla a mi lado. Como le cuesta entender que yo, Martín la necesito. Pero no así como un ente apegado a un título de esposa, sino como esposa realmente. Y era verdad, la necesitaba. Abrió los ojos y el sol cegó su mirada, cerrándolos violentamente en una mueca de dolor.

- Maldición, masculló.

Y María Isabel no estaba. Se sentó, lleno de impotencia. Nicolás, Nicolás,- repetía contenido. Sí, es nuestro hijo y lo amamos, pero basta. Nuestro hijo no nos pertenece. Se lo digo y se lo digo pero no termina de entenderlo. Él con su vida y nosotros con la nuestra. Se dejó llevar por la furia de tal manera que la única forma de ayudar a que cediera fue tirándose al mar hasta desaparecer entre sus olas.

Al fondo, en el carro, María Isabel avanza lentamente, buscándolo. Se detiene y baja. Deja zapatos y llaves y camina hacia la playa. La arena suave. Tibia también. Busca a Martín con la mirada y no lo encuentra. Se sienta en la arena y mira hacia el infinito mar. No lo veía pero sabía que estaba ahí. Miró el sol de reojo y se sacó el vestido. Quedó desnuda. Completamente desnuda y eso la sobrecogía. Se tendió en la arena ocultando sus pechos, su cuerpo. El pudor. Se sabía sola en esa inmensidad pero se sentía como si alguien la estuviera observando. Estaba desnuda. Eso era lo que pasaba.

Apoyó la cabeza contra la arena y se olvidó del pudor enternecida por el recuerdo de su hijo. Magdalena no había entendido mucho pero la acompañaba. Nicolás estaba bien.

Preferí no escucharlo. Nunca sé que reacción puedo tener y cuando no me siento fuerte como ahora, prefiero no arriesgarme. Algo al fondo se movía. Era Martín que se acercaba. Quedó fascinada por ese lento avance entre las olas. No distinguía su rostro pero lo veía. Ahora los hombros, el torso, su cuerpo entero. Era Martín, mi Martín. Lo había dejado solo. Necesitaba saber de su hijo. Qué horrible es esto que siento. ¿Por qué Martín me obliga a elegir?

Martín se acercaba. Erguido, fuerte. No resistía. Lo quería, lo amaba y nadie más que él podía darle lo que necesitaba. Me cuesta este ejercicio cotidiano de la entrega. No fui educada para esto. Martín se acercaba apareciendo y desapareciendo entre las olas.

Recuerdo esa frase imborrable de mi padre respecto a como vivir con la belleza sin usarla. Pero no sé, sería que estaba en el aire. Una mujer bella es deseada por muchos hombres y en algún momento ella los desea a todos. ¿Estarían ahí las raíces del aprendizaje de la traición? Es como si existiera la obligación de cumplir con todos. Por eso era que estaba enredada en tan ardua tarea cotidiana. La de amar a un solo hombre. Me cuesta, lo confieso. Pero cuando lo logro me siento plena. Martín se acercaba y no podía negarme a ese encuentro tan deseado. Corrí hacia él hasta perdernos entre la arena del mar. Entre la sal. La arena tibia, la inmensidad para ellos dos, el amor, esa extraña magia que los unía. Martín limpia de sal ese cuerpo que tanto misterio aún guarda para él. María Isabel estaba nuevamente al alcance de su mano.

- VII -

Atías sentado en su escritorio recibía los informes de sus asistentes. La secretaria frente a él iba tomando nota de los aspectos resaltantes. Ernesto Guía, su colaborador más cercano, imbuido del espíritu de la empresa y comprometido con ella hasta la saciedad, le enseñaba a Atías la carpeta con los nuevos proyectos. Los de la ampliación de la Organización. Atías se regodeaba en el placer del éxito. Escuchaba distante pero dueño del hecho mismo. Guía apoyaba su exposición con un video que mostraba el avance de las nuevas instalaciones. Terrenos amplios, muy bien ubicados y equipados con lo mejor del mercado. Entre imágenes y palabras, Atías recordaba a su padre. Sin duda, un hombre con visión de futuro. Había comenzado alquilando un pequeño terreno en las afueras de la ciudad donde se instaló y lo transformó en una cosecha constante de productos exclusivos y de la mejor calidad. Así había comenzado con apenas 18 años y el empuje del inmigrante que entiende que si no sale adelante con su propio esfuerzo, se lo lleva el río.

El aspecto agrícola se había perdido con el tiempo en la familia. Pero él, como homenaje a ese primer esfuerzo, mantenía un hato en la zona más próspera del país y, lo mas importante, él personalmente, se

encargaba de dejar el nombre de su padre en alto. Estas tierras eran ejemplo de rendimiento y calidad.

Ernesto Guía hablaba sobre la inversión y yo pensaba en las ganancias. Le gustaba el dinero y sabía manejarlo mejor que nadie. Estudió Economía siguiendo el consejo de su padre y luego un Master en Administración de Empresas en la mejor Universidad de Estados Unidos. Fue larga la preparación y no sin esfuerzos por cierto, pero no pasaba un día que no disfrutara de sus dividendos. Los negocios habían llegado al punto soñado por su padre, el del regreso a la patria. Habían trascendido el terreno de la inmigración. España contaba entre sus industrias más prósperas con una Atías Y Compañía.

Llovía tras los cristales y no podía menos que sentirme protegido, rodeado de ese bienestar que tanta tranquilidad me daba. Me gustaba estar aquí en mi oficina, hecha a mi medida con todos los adelantos de la tecnología, ésos que me permitían oprimir un botón y saber cómo estaba todo en España, oprimir otro y disfrutar del dinero que estaba por ganar.

Guía, era un hombre de toda mi confianza. Trabajador como ninguno pero también aburrido como ninguno. Lo había mandado a hacer varios cursos con la secreta intención de lograr exposiciones más amenas; pero no había caso. Era aburrido por naturaleza. Sus informes carecían de todo talento. Eran agobiantes por su detallismo y perfección. Pero bueno, al menos había logrado incluir algunos elementos modernos: el video por ejemplo. Si no existiera ese recurso, en este momento estaría escuchando una eterna descripción sobre el terreno, cada máquina en particular con los nombres de sus piezas, la numeración y el costo de cada una. Al menos ahora me deleitaba viendo mientras, al fondo, escuchaba ese tono monocorde de Guía. Había aprendido a no escucharlo. Era tan riguroso en todo, que cuando trataba algo de franco interés, su tono de voz cambiaba y yo, entrenado para tan fiel servidor, escuchaba, para luego caer él en su monotonía y yo en mis pensamientos. Cuando se retiraba dejaba sobre mi escritorio la carpeta con los detalles y yo, en minutos, me enteraba de todo eso que no soporté escuchar. Había que optar y yo había elegido su entrega al trabajo, su compromiso y fidelidad. Lo demás lo soportaba, amparado en los avances de la tecnología.

Guía, ahora, buscaba en el bolsillo de su pantalón, su impecable pañuelo blanco. Qué alivio, la exposición había terminado. Hasta sus rituales se repetían invariables. Cada vez que la exposición llegaba a su fin, Guía automáticamente metía su mano en el bolsillo, sacaba su impecable pañuelo

blanco y se secaba el sudor de la frente. Este hábito me desesperaba tanto como su monotonía, pero lamentablemente no había cursos para eliminar este tipo de hábitos. Además no era precisamente una manía; el hombre de verdad sudaba en exceso. El pañuelo por la frente era la evidencia. Recuerdo que una vez en el máximo de mi desesperación consulté a Gaete, mi médico de cabecera, sobre el asunto éste del sudor de Guía. Me dijo que había una solución; que lo enviara a consulta. No les quiero describir lo que fue la conversación con Guía sobre el asunto. Yo, que no sabía por dónde entrarle, y él que no es ningún tonto, sudando por la humillación. Un desastre. Recuerdo la época en que antes de sacar el pañuelo se ponía rojo como un semáforo y volteaba la cara para limpiarse, haciéndolo todo más evidente y desagradable. Se producía un silencio tenso y cuando volvía a mirarme, bajaba los ojos humillado, avergonzado haciéndome sentir como un maldito.

Tenemos años con esto del sudor y del pañuelo pasando por etapas, algunas indescriptibles; pero no he logrado prescindir de sus servicios, aunque esté marcado por la evidencia de la vulgaridad.

Guía, como estaba previsto, depositó sobre mi escritorio, el video, la carpeta y los disquetes con la información detallada sobre mis inversiones. Se despidió guardando su pañuelo húmedo en el bolsillo y salió.

Inés María, con su discreción habitual, guardó silencio hasta el momento en que yo le indiqué que podía hablar. Entonces, me informó acerca de mis compromisos y me recordó que mañana, 3 de Mayo, celebraba un nuevo aniversario de bodas. Como siempre me ofreció, hacerse cargo del envío de flores a mi esposa ; yo le pedí que este año también comprara un regalo para Catalina. Inés María, sabía recordarme los compromisos familiares sin que ellos interfirieran en mi trabajo, cualidad primordial en una secretaria.

Siempre me he jactado del ojo que tengo para elegir el personal clave de mi Empresa. Pasaba gran parte de mi vida entre ellos y necesitaba el máximo de eficiencia a la hora de delegar responsabilidades. Hay gente que suele criticarme porque delego muy poco poder, por mi despotismo, pero se quedan sin palabras al ver la entrega que mis empleados tienen por mi proyecto. Hablo de mis empleados y de mi proyecto porque ésa es la verdad. La demagogia sólo la utilizo en casos extremos. Por lo pronto trato de no utilizarla jamás conmigo mismo. Posiblemente, aquí estén las claves de mi éxito como empresario y como patrón.

Inés María salió sin hacer ruido como es costumbre en ella. Siempre me he preguntado por qué mi esposa no tiene esa característica. Inés María entendió desde un principio, que si quería conservar su puesto, debía ser discreta, silenciosa y anticiparse a todos mis deseos. Tengo que reconocer que lo ha logrado, no así Catalina, que aún conserva su puesto a pesar de sus interferencias constantes y molestas. Lamentablemente ella no estaba en nómina y su apellido no era Soto sino Batalle.

- Pequeña diferencia. Dice cargado de ironía mientras se levanta

Entró el mesonero con su compromiso de media mañana. Atías como todos los días, tomó su pequeña pastilla y saboreó su jugo de mango mientras su mirada se perdía en el infinito. De pronto tragó bruscamente, dejó el vaso sobre la bandeja y se acercó al ventanal. Lo miró detenidamente. Había algo extraño en él. ¿Qué era? Lo tocó suavemente hasta el momento en que se sintió ridículo en ese gesto. Se alejó para tomar distancia y, desde ahí, vio el final del paisaje, el cúmulo de antenas y recordó. La impotencia lo invadió alterando su habitual equilibrio. Habían cambiado el vidrio. Habían borrado la huella de su deseo. Corrió hacia la ventana e intentó abrirla nuevamente sin éxito. En ese momento entró silenciosa Inés María con los periódicos. Fue hacia el escritorio, con el único deseo de cumplir su función y por supuesto pasar desapercibida. Pero esta vez no lo logró. Atías la miró fijamente y en tono duro le dijo

¿Quién ordenó cambiar este vidrio?

Usted mismo doctor.

- VIII -

El carro avanzaba a gran velocidad por la carretera. María Isabel y Martín en su interior, quemados, rojos por el sol. Fumaban mientras escuchaban música. María Isabel llevaba su ventana completamente abierta y jugaba con su pelo dejándolo secar al viento. Había armonía entre ellos. El silencio ahora no pesaba. Al contrario, los unía. De pronto, María Isabel distinguió a lo lejos una señal de carretera y despreocupada, la leyó para sí. Palideció. Aspiró su cigarrillo hasta agotarlo. Tenía miedo de preguntar. Tenía miedo de... En un impulso miró a Martín

- Nos seguimos alejando de Caracas, Martín

Martín guardó silencio. María Isabel ahora desesperada puso su mano sobre el volante con la intención de detenerlo.

- ¡Martín!

Martín con fuerza y decisión la alejó. María Isabel miró y miró hasta descubrir que no sólo se alejaban sino que estaban cerca de la frontera con Colombia. Su miedo se transformó en pánico y el pánico en parálisis. Su corazón lloró, toda ella lloraba con ese llanto infantil, desprovisto de censura. El carro avanzaba a gran velocidad.

María Isabel había perdido el pudor. El llanto la invadía, la sobrecogía y sobrepasaba. No tenía fuerzas para controlar el mar de lágrimas que le pertenecían. Martín manejaba impávido. María Isabel no se resistía, no quería entender ni preguntar. Lloraba.

- Lloras como una niña. dijo Martín irritado

Así me sentía, como una niña. Desamparada, desprotegida, arriada. Eso, a los niños no se les pregunta nada, se los lleva y se los trae en pos de lo que consideramos es bueno para ellos. Y yo ajada de azul cielo, lloraba.

Ese llanto no me detiene, al contrario, me llena de indignación. Vociferó Martín mientras oprimía el acelerador.

Para qué responder. Sabía que nada lo detendría. Martín sacó un cigarrillo y me lo ofreció.

- Las niñas no fuman, dije.

Martín furioso tiró el cigarrillo por la ventana y encendió uno para él. Fumaba como si ese fuera el último cigarrillo de su vida. Yo lo miraba de reojo sin atreverme a hacerlo de frente. ¿Dónde había quedado esa armonía que habíamos encontrado en la arena? Qué débil era todo. Todo podía comenzar y terminar en un instante. Mis sollozos lo cubrían todo. No tenía pañuelo. Me soné con el final de mi vestido, ajado ya por tanta vida. Desteñido por el sol del infierno que cubría.

El carro avanzaba a gran velocidad pero yo estaba detenida en mí, en el llanto de la sin razón, en el llanto de la infancia olvidada. Detenida estaba cuando Martín oprimió mi brazo hasta el dolor.

- Me duele- grité.

- Eso, prefiero que me digas que te duele antes de que me hagas creer que eres una niña.

- Yo no te he dicho nada.

- ¿Y esas lágrimas? ¿Crees que ellas hablan de una mujer? A mí ya no me engañas María Isabel.

Tuve que usar toda mi fuerza para no responder. No quería mas violencia. Me bastaba con la que sentía en mi interior. Recordé el llanto secreto del temor a la vida, a la gente, al tiempo que pasaba y me iba haciendo poco a poco grande. El temor inmenso de mi infancia, mis ansias de amor. A pesar de su desasosiego constante y fatal. Estaba junto a la persona que amaba y me sentía sola como cuando niña. Con

la necesidad de arroparme en el silencio de mi soledad. Un silencio incompañable por eso de ser en el fondo tan sola como el ser que me acompañaba.

¡Qué fugaces eran los momentos en que esa soledad se dispersaba formando un único entorno compartido en la armonía de los movimientos! ¡Qué vahído oscuro el del fin del encuentro! ¡Que sabor a muerte! Qué instantes eternamente fugaces. A pesar de todo no podía negar la belleza que encerraba el desencuentro. Digo desencuentro y descubro que sería más fácil decir encuentro. Me desconcierta. Me desconozco en la verdad de mi interior. ¿Es que debo aceptar acaso que necesito del rompimiento, de la separación? Nunca he querido aceptar esa vivencia tan frecuente en mi vida, como una cosa buscada.

El sol sale resplandeciente después de la lluvia y la neblina. Tenue ahora al no poder mantener el brillo y el calor.

Me siento mal. Con ganas de vomitar. Sé que cuando lo haga me sentiré mejor. Será que el final es el único capaz de generar el principio. El principio, ése de los días a la luz del sol. El principio único, el del primer llanto. ¿Será por eso que los recuerdos tienen un sabor dulce y agradable? ¿Será por eso que la soledad me atrae? Las preguntas se agolpan ahora contra mi desteñido azul cielo. Toco su desteñida suavidad y descubro, bajo ese gesto, mi cuerpo adulto y voraz. La sal del mar se confunde con la sal de mi tristeza. Recorro mis labios en el sabor de esa conjunción. Controlo el deseo del vómito a la espera de un impulso total y único. Pasar de la risa al llanto y del llanto a la risa como lo hacen los niños mediando entre uno y otro el olvido total. Recuperando en cada instante la capacidad completa de la alegría, de la rabia. Siempre un inicio sin memoria, sin pasado.

Qué incoherente y fragmentado es el interior de la tristeza. Sentimientos únicos que parecen una totalidad, una verdad. Intentos de búsqueda de una unión inexistente, de un sentido inalterable a la vez que irreal. Se agolpan uno tras otro, enseñándome a leerlos así, como son, uno tras otro sin sentido. ¿Por qué esa necesidad de armar un discurso? La tranquilidad que se consigue con este juego es aparente como la felicidad. Más genuinos son los sentimientos de dislocada unidad en la discordia de los sentimientos. Más genuinos pero más fuertes para ser soportados por tan frágil estructura. Un cuerpo de carne y hueso desechable. Cuerpo que se diluye en el vacío de la muerte. Cómo soportarlo, entonces, si a la menor intensidad el cuerpo reacciona con la necesidad del

vómito, del dolor, de la náusea. Aquí, aparece la limitación, la debilidad, la necesidad de la historia, Dios. Insaciable figura a la hora del castigo. Recónditos los laberintos del juicio ejercido con poder por el hombre. Culpa, estigma que brilla en la frente del pecador distraído. Sombra que lo cubre todo cuando nos dejamos invadir por historias como la de Dios.

Marcados están los que se dejan guiar por esta historia inconmensurable. Envidia la comunión que genera la unión en la historia divina. Comunión a la cual no he podido acceder a pesar de mis esfuerzos por la unión de lo inevitablemente separado. He perdido la capacidad de la historia de la infancia. La tranquilidad que conseguía cuando, hincada junto a mi cama, rezaba. Creía en esa persona todopoderosa. Creía en ella hasta el punto de la disolución de la soledad. Sólo bastaba un encuentro con él, un rezo aprendido en la escuela, un rosario entre mis dedos, transparente como el agua, para alejar de mi escuálido cuerpo los temores engendrados por la noche. La alegría, la luz, el brillo, la emoción de la mañana antes de mi Primera Comunión, cuando vestida entera de blanco abrí mi boca y recibí redonda, transparente e insabora la comunión con la paz. Liviana me sentía, liviana como el viento, sin el peso de la soledad. Hasta que la culpa terminó con la paz cuando el deseo invadió mi cuerpo. El pecado, hasta ese momento, no tenía sentido para mí. No existía. El rezo y el rosario transparente ya no me servían. El cuerpo me llamaba al pecado, lo exigía sin comprender. Era tan fuerte que superaba las ideas traspasando la noche, invadiendo también el día. Busqué en él, el Todopoderoso, comprensión, una explicación al pecado que me incitaba el cuerpo que él mismo había creado. ¿Todos los cuerpos tenían esa misma necesidad? No me atrevía a preguntar, porque esas cosas no se hablan. Se sienten, traspasando la carne, transformando la vida en un sufrimiento secreto solo conversado con la soledad. La culpa me persiguió hasta la inamovilidad, hasta anular el sentimiento que la originaba, hasta anularlo todo al fin. ¡Qué límite tan insufrible! Qué vida tan monótona y sorda la de la ausencia del pecado. ¡Qué sordo el rezo en busca de la paz! Me aterrorizaba mi capacidad de pecado. Mi disfrute en el pecado. ¡Qué larga se me hacía la espera por un cuerpo más fuerte para soportar el deseo! Qué pánico el de imaginar que nunca alcanzaría la fuerza para vivir. Para vivir de una vez por todas. Para ser alguien.

Nunca pude olvidar, a pesar de todo el esfuerzo que hacía para lograrlo, que en algún lugar secreto de mi interior estaba guardado, cuidado por la inamovilidad, el deseo profundo de la vida.

¡Qué fuerte era! El vacío de la falta de vida, me traía una amargura profunda, de esas que dislocan el gesto, que transforman la mano que lleva una caricia en mano que abofetea. Amargura que por estar originada dentro de mí, me pertenecía de tal manera que sólo daba el fruto de la destrucción de mí misma. Para esto, también, se necesita un cuerpo fuerte, me decía. Pero ese mal tenía perdón, tenía entendimiento entre los que me rodeaban. Había quizás una familiaridad con la amargura entre ellos. Sabían compadecerla. Pero no la había con la paz que trae vivir así, en pecado. ¡Qué palabra tan macabramente amplia y muerta! ¡Qué gesto tan inmaculado a la hora de su realización! ¡Qué fuerte era la presencia de ese ser tan omnipotente y perfecto que había sido capaz de sufrir por todos nosotros!

De qué me sirve que él haya sufrido por mí si yo ahora estoy sufriendo, gritaría Borges en un momento. De qué me sirve grité yo junto a él. ¡Qué difícil es encontrar alguien que pueda gritar con una blasfemia de tal magnitud a pesar del castigo que ella encierra! ¡Ya no le temo al castigo! Necesitaba gritar.

De pronto, el deseo de la vida se me confundía con el de la muerte. Deseaba morir. La buscaba en los momentos más inhóspitos, en éstos en que sólo me sentía llena de cosas ocultas, de sentimientos estancados e interrumpidos. ¡Muertos al fin!

Respiré hondo y me sentí aliviada. Había tocado con mis manos la muerte que llevaba dentro. La había nombrado. Me reconocía en ella y descubrí que entre sus cenizas había aún, un resto de fuego. Estaba viva. Y sonreía entre la sal de mis lágrimas y el calor de mi querida soledad triste. Mi propia muerte no había acabado conmigo. Abrí los ojos, éstos que lleva uno dentro y descubrí que el carro estaba detenido. Miré a mi lado y vi a mi querido Martín. Estaba ahí. Había estado siempre. Y no sólo eso, él también había llorado. Posiblemente también buscando su resto de vida. No lo sabía. Habíamos compartido el mismo espacio, compartimos el amor, pero estábamos solos, tan solos después de haber dejado atrás al todopoderoso ése que con sus historias era capaz de la más bella poesía. Era triste la vida sin poesía. ¡Qué ardua tarea la de crearla a partir de la muerte que se lleva dentro, a partir del pecado! ¡Qué me espera después de este descubrimiento, después de este encuentro con la muerte?

¿Qué nos espera Martín? Dije con la voz del que recién aprende a hablar. Martín miró hacia adelante.

- IX -

Atías hojeaba el periódico con la destreza que le daba el hacerlo todos los días. Ya sabía qué leer y qué dejar pasar. Pero ahora buscaba la noticia sobre su último discurso en público. Quería verse y escucharse citado, entre comillas. Llegó al cuerpo correspondiente y en primera plana, tal como lo había pensado aparecía él, en el púlpito, rodeado de personalidades. Tenía la mano en alto, gesticulando la verdad absoluta y la seriedad del que no tiene dudas.

Me quedaba bien ese traje de lino y la corbata era elegante, fina. No me quejo de mi imagen. La sabía cuidar, de eso no hay duda. Tomó la pequeña lupa que había traído de Alemania, y la acercó a la fotografía. El Ministro de Transporte y Comunicaciones, la gerencia de la Organización, Catalina. Se detuvo en la imagen de su esposa y la detalló. Elegante, distinguida, una Batalle al fin, pero dura, insoportable en el gesto. No se dejaba marginar de esos eventos. Siempre me recordaba su aporte de capital y los derechos que esto le daba. Teníamos años que no nos retratábamos juntos en público. No soportaba la evidencia del desacuerdo. Eso afectaba mi imagen. Los fotógrafos habían respetado mis órdenes y, tal como lo había pedido, todas las

fotografías "personales", como las llamé en ese momento, me las hacían llegar a mí para evitar cualquier error. No quería verme en primera plana junto a mi esposa Batalle. No quería verme en la necesidad de dar explicaciones. Catalina que no es nada de tonta, al contrario, en un momento me pidió una explicación - ¿Qué pasa que ya no figuramos juntos en la prensa, por qué nos han marginado como matrimonio de la vida pública?- Estaba preparado para esta pregunta. Más bien me había extrañado que no la hiciera antes. Mis argumentos sobre la necesidad de noticias, la perversión intrínseca de los periodistas, la habían tranquilizado. No fue fácil como parece. Tuve que recurrir a casos conocidos, cercanos a nosotros, de destrucción de la privacidad de algunos amigos, para lograr la tranquilidad de mi querida esposa. Le recordé el caso de Jorge Cazuso y su esposa Alicia. Poco a poco los periodistas habían destruido la imagen pública de nuestro amigo irrumpiendo en su privacidad. Ya nadie creía en él. La vida privada en manos de hombres dispuestos a todo por figurar, era suicida. Jorge y Alicia habían terminado divorciados y su boyante empresa quebrada y ni hablar de las aspiraciones políticas de Jorge. Traer este recuerdo a la memoria de Catalina fue suficiente para reactivar todos sus miedos. Los de la pobreza, los del silencio y los del divorcio. ¡Santo remedio! como diría mi tío Esteban. No se puede perder el dominio sobre la esposa si se quiere vivir tranquilo y sacar adelante los proyectos personales. Había aprendido la lección. ¿No te parece tío?

Satisfecho, se echó para atrás en su confortable sillón de cuero y sonrió al tiempo que guardaba su compañera del juego del detalle, su lupa, en su escritorio. No había duda, se sentía como lo que en realidad era, un triunfador. Había tomado muy en serio el pasatiempo para el cual había sido traído a este mundo. Era un juego diabólico. Pero él sabía ser Dios a la hora de la justicia y la organización de las fichas sobre el tablero. Siguió mirando las fotografías. El centro del evento, la cabeza del imperio, era él. Con el objeto de entretenerse, de reírse un rato quizás, miró el resto de las fotografías, aquellas en las que él no aparecía ¡Qué vieja y fea se había puesto la esposa de Aníbal! Era de la misma edad de Catalina y parecía diez años mayor. Tenía que reconocer que al menos en el aspecto físico Catalina se había mantenido bien.

- Guía, exclamó de pronto entre risas.

Ahí estaba, descubierto en su vulgaridad, secándose el sudor de la frente. Era más fuerte que él, lo sobrepasaba. Siguió recorriendo los rostros hasta detenerse en la última fotografía. La miró atentamente. Su rostro fue todo envidia al ver esa bella pareja joven que se miraba profundamente.

No lo escuchaban. Nada les importaba su discurso. Le pareció una falta de respeto para con él. Estaba obnubilado por la rabia que sentía. No, por la envidia que sentía. Pero eso era muy difícil que Atías pudiera llegar a reconocerlo. Tenemos que hablar de rabia. Sacó su lupa y la acercó a la fotografía. Perdón no fue a la fotografía, fue a la imagen de esa mujer radiante, bella, bellísima. La miró largo tiempo, como si quisiera llegar a ella. Era perfecta. Perfecta en su belleza y en su capacidad de mirar de esa manera mágica, profunda, transparente. Leyó.

- María Isabel Tanetti y...

Ahí se detuvo. Era ella la que le interesaba. El cabello caía libremente sobre su espalda descubierta. Su piel, su color. Sus ojos. De pronto se descubrió tocándola. Tocando esa mujer de papel, esa mujer soñada. Nunca antes la había visto. ¿De dónde había salido? ¿Cómo había llegado hasta ahí? Seguramente se habían equivocado. Esa fotografía debía pertenecer a otro artículo y conociendo la negligencia de los periodistas casi podría afirmar que esa mujer no estaba en su evento.

Maravilloso error, pensó. Por fin los periodistas se habían equivocado en favor suyo. Si esa fotografía no hubiera estado ahí, jamás habría descubierto a esa mujer. Oprimió el botón del intercomunicador y pidió que llamaran a Guía. Volvió a mirarla y se dejó llevar por el sueño. La soñó íntegra. Parte por parte, la armó dentro de sí ubicándola en un lugar especial. Ese espacio que, tenía que reconocer, estaba casi vacío. El espacio de los sueños. No era hombre de sueños, era hombre de hechos concretos, de acciones y resultados tangibles, pero siempre había querido tener algo de soñador. Carecía de imaginación, de esa capacidad que tienen ciertas personas de transformar las cosas en algo divino. Eso que tenían los artistas, según entendía. Capacidad de disfrutar de la música hasta la ensoñación, de la pintura, de tantas cosas que estaban vedadas para él. No era que le hicieran gran falta, para qué engañarnos, tenía muchas gratificaciones en su vida, pero en momentos como éste, en que sentía algo extraño dentro de sí, una fantasía quizás, recordaba su aspereza, su forma llana, pareja de vivir. Le hubiera gustado enloquecer de amor como escuchaba en las óperas, por un momento solamente, ya que intuía que esas cosas eran incompatibles con el gusto que le daba recibir el balance de sus empresas con un número cargado de ceros a su favor. Entendía que había una incompatibilidad entre ambos placeres, pero reconocía que el sabor de la "locura por amor" era un sabor que le gustaría degustar algún día. De pronto sintió vergüenza. Se desconocía enmarañado en pensamientos de este tipo. Se sorprendió al ver que tenía algo, más de lo que recordaba, de esa capacidad tan ajena a él. Había soñado despierto. Y esa posibilidad se la había dado la mujer de papel. Sintió miedo, no lo podía negar. Miedo de lo desconocido,

miedo de ese sentimiento que se le escapaba de las manos, miedo de eso que se movió dentro de sí y que su cabeza no había podido controlar. En ese momento se abrió la puerta y entró Guía.

- ¿Me mandó llamar, doctor?

- Sí, tráigame el presupuesto de los equipos que encargamos a Miami.

- ¿Los de la productora?

- Sí.

Guía salió de la oficina y Atías volvió a sorprenderse. No lo había llamado para eso y lo sabía. Muy molesto con su irracionalidad caminó por la oficina tratando de olvidar, de volver a ser lo que era. Pero era inevitable. La fotografía se filtraba en sus pensamientos. Nuevamente entró Guía con la carpeta. Se la dio. Él hizo que leía, la dejó sobre la mesa junto al periódico y simulando un interés repentino preguntó.

- ¿Vio las fotografías de la inauguración?

- Si, doctor.

Guía se sonrojó. Pensó, quizás, que le haría un comentario sobre su pañuelo

- ¿Qué le parecen?

- Usted salió muy bien doctor. Además, me parece que el artículo es muy interesante. Supieron rescatar los puntos más importantes de su discurso. Mansetti es un buen periodista. ¿No le parece?

No. Un buen periodista está en el deber de vigilar su trabajo hasta el momento de la edición y él no lo hizo. Mira esta fotografía.

Le enseñó la foto de María Isabel. Guía la miró detenidamente.

- Es una buena fotografía, doctor.

- No me refiero a la calidad de la fotografía, Guía. Me refiero a la fotografía en sí. Esta gente no estaba en la inauguración. Seguro que pertenecía a otro artículo y la pusieron por error o lo que es peor, como relleno. Guía extrañado volvió a mirarla.

- No doctor, esta pareja sí estaba el viernes. Yo los vi, es más, estuve conversando con ellos un momento.

Atías sintió como subía el color a sus mejillas y se alejó disimuladamente.

- Ella trabaja en la emisora de radio, doctor.

Atías de espaldas se permitió la alegría que esa afirmación significaba para él.

- Entonces, usted la conoce.

- Bueno, algo. Por lo pronto sé quien es. Es una buena profesional. Es periodista del noticiero. Incluso hace unas semanas estuve en una reunión donde se barajó su nombre como una de las posibles conductoras del programa de opinión que se piensa hacer para las mañanas.

Atías seguía de espaldas. Guía volvió a mirar la fotografía y, mientras dejaba el periódico sobre el escritorio comentó.

- El hombre que la acompaña es su esposo.

En ese momento Atías volteó y preguntó

Es casada?

Guía lo miró extrañado, gesto que se le escapó porque él era un hombre muy discreto, no le gustaba entrometerse en nada. Atías lo notó y ahí sí sacó de sí mismo toda su capacidad de mentira, de decir que lo que viste fue producto de tu imaginación y cambió el tema. Guía quedó satisfecho. Si en algún momento creyó ver algo, ya se le había olvidado. Revisaron juntos el presupuesto y mandó a elaborar la proforma para la compra de los equipos.

- X -

El fin de clases suena estruendoso al tiempo que se abren las puertas de las aulas. Risas y alegría entre tanto empujón por salir. Por ser el primero en traspasar la reja que los separa del juego. Las niñas se juntan a un lado de la puerta y miran a los niños acercarse. Las risas de la coquetería las llenan de gracia. Andrea entre ellas, ansiosa, busca con la mirada a su Nicolás. Los niños pasan indiferentes junto a ellas. Andrea se aleja un poco del grupo. Nicolás no viene. ¿Dónde estará? Avanza contra la corriente. Todos quieren salir. Ella quiere regresar. Al fondo se escucha el rebote del balón. Corre en dirección a él. Sí, ahí estaba, jugando básquet. Nicolás corre con el balón, salta y no acierta. Andrea sonriente se sienta en las escalinatas a esperarlo. Nicolás, después de un rato, toma su bulto y se aleja. Andrea hace lo mismo. Sale tras él hasta alcanzarlo. Acezantes los dos se miran entre risas. Siempre le hacía lo mismo. Cuando ella estaba desprevenida se escapaba. Le gustaba que lo alcanzara. Y ella, había aprendido a hacerlo. Las piernas le quedaban de lana después de cada carrera, pero lo alcanzaba.

- Espera un rato, el corazón se me escapa...
- Soy el más rápido- dice Nicolás orgulloso.

Andrea asiente con un gesto. Siempre lo hacía. Nicolás, con mucho cuidado, abrió su bulto.

- Tengo que mostrarte una cosa.

Saca varios avioncitos de papel.

- ¿ Y funcionan?

- Sí, todos vuelan y bien lejos, mira.

Los avioncitos vuelan. Andrea corre a buscarlos en su lugar de aterrizaje y los vuelve a tirar.

- Son aviones matemáticos. Los hice en clase de matemáticas, por eso son tan buenos. Todo está calculado.

Andrea y Nicolás se alejan guiados por los matemáticos. De pronto, Nicolás los detiene y los comienza a guardar en el bulto. Está triste, pensativo.

- No los guardes. Vámonos con ellos hasta la casa.

- No me sirven Andrea.

- Pero si estamos jugando tan..

Nicolás la mira triste, decepcionado.

- Es que yo no quiero jugar, quiero estar con mi mamá y mi papá....

- Pero ellos no están..

- Tienes que ayudarme a encontrarlos Andrea.

Andrea conmovida asiente con un gesto. Siempre lo hacía.

- XI -

-¿Por qué nos fugamos así Martín?

Martín encendió el carro y avanzó lentamente. María Isabel angustiada lo mira a la espera de la respuesta que no llega. Martín solo mira hacia adelante, utilizando de su cuerpo lo justo y necesario para evitar que el carro se detenga. Ni siquiera se esfuerza. El movimiento es automático. Mecánico. La mirada perdida. No tenía respuestas. No quería tener respuestas, no quería hablar, ni menos justificar sus actos. Estaba cansado. Como cansada estaba María Isabel de esa fuga sin nombre.

Cuánta falta me hacía esta absurda huida, este caos para comenzar a recuperar alguna forma de tranquilidad. Pensaba mientras sentía cómo el motor hacía por mí lo necesario para avanzar. Sólo bastaba con oprimir el acelerador, así, levemente para escuchar la respuesta del motor y la velocidad indispensable para este extraño y ficticio fenómeno de avanzar y ver pasar las cosas frente a mí. Un camino al centro, zigzagueante, rodeado por una frondosa vegetación, impenetrable, densa, verde y vigorosa. Me gustaba la naturaleza. Tanto que en un momento de mi vida pensé dedicarme a ella. Conocerla a fondo. Pero los fondos de

mí mismo siempre han sido variables o inconsistentes como diría con menosprecio mi padre. Me hace mal recordarlo. Me hace mal recordar esa larga historia de desencuentros, de silencios cargados de censura. Aníbal Izquierdo Fuenmayor, don Aníbal como lo llamaban todos con ese respeto que nunca conocí, que nunca entendí. Para mí, había sido una figura ausente, a pesar de haber crecido bajo el mismo techo y haber recibido de él el sustento, como dicen por ahí. Yo era el séptimo de ocho hermanos. La típica familia demócratacristiana. Ésas que se rigen por los mandatos divinos. Ésas que nos hacen creer que cada hijo es un regalo de Dios. Pero lamentablemente cuando yo vine al mundo mis padres estaban agobiados de tanto regalo. Llegué sin lazo ni papel de seda. Y eso se me ha notado siempre. Si mi padre fuera capaz de leer mis pensamientos en este momento diría: "Y como si fuera poco, Martín nos salió sentimental. Por no decir maricón". No servía para nada de lo que estaba previsto. Era solitario, huraño, me asustaba la gente. No me gustaban los juegos violentos, prefería subir a un árbol y mirar la vida pasar desde allí. Cuando todos tiraban piedras, yo abría las puertas de las jaulas para ver a los pájaros volar libremente. Cuando se trataba de armar un incendio y salir corriendo, yo me entretenía inyectándole líquidos extraños a mis matas de porotos para ver si tenían porotos azules. Cuando todos andaban planeando encuentros con muchachitas pintarrajeadas, yo soñaba con Julieta. Una larga historia de desencuentros, igual a la que vivía diariamente con mi padre.

Y aquí estaba ahora, frente a otro desencuentro. El más lamentable de todos. La disonancia conmigo mismo. Avanzaba imperceptible, tratando de desatar, de cortar los hilos invisibles que me alejaron de todo eso que algún día pensé que estaba grabado en mí con letras de fuego. Habían quedado las letras. El fuego, la pasión, no sé dónde se me cayó. Todo fue quedando atrás, en un camino parecido a éste quizás. Zigzagueante. Incluso había perdido mi condición de maricón, de loco, de hombre inservible. Posiblemente lo que me despertó fueron, justamente, los aplausos de mi padre. El orgullo que por primera vez sintió de tenerme como hijo, de ser mi padre. Nunca pensé que su desprecio fuera mi ganancia. Mi secreta posibilidad de libertad. Pero así era. En este momento no me queda más que reconocer, que lograr su aprecio, su reconocimiento me costó tan caro, me costó la vida en cierto sentido. Y más me cuesta reconocer que ya viejo y a miles de kilómetros de distancia, yo buscaba eso. El reconocimiento de mi padre.

- ¡Qué caro me ha costado tu aplauso Aníbal Izquierdo Fuenmayor! ¡Cuánta vida me has robado en él!

Pero ya no puedo hablar como un niño, aunque eso quisiera para darle forma a este nuevo desencuentro. A este fracaso. Me tuve que ir lejos, kilómetros de cielo y tierra, para volver a esa secreta tristeza de niño, la de sentir que yo nunca fui un regalo de Dios, sino un error humano. ¡Qué viejo me siento para estar cobrando deudas de billetes de papel! Una medalla en el pecho, un aplauso público, un recorte de periódico puesto por mí en un sobre, habían logrado el milagro de hacerte sentir orgulloso de mí. De nombrarme entre tus amistades, de ponerte mi medalla en tu pecho, de hablar de mis logros como si fueran tuyos. Sé que ese día mi madre lloró. Los padres no quieren a todos sus hijos. Fue duro, muy duro el día que me permití ese pensamiento. ¡Qué sórdida, qué fría, fue esa conversación escuchada en una noche de insomnio mientras, niño aún, orinaba en el baño junto a tu cuarto!

- XII -

- Aquí le envía el doctor Fontaine, doctor Atías.

- Gracias.

- ¿Algo más doctor?

- No, y que nadie me moleste. Nadie. ¿Entendido?

- Sí, doctor. Inés María se retiró, dejando un sobre tamaño oficio con el sello de confidencial en rojo, en manos de su jefe.

Atías, con cierto nerviosismo, después de corroborar que el sobre no había sido violado, lo abrió con gran cuidado. Sacó una carpeta. Primero el encabezado de rigor:

"De: Dr. Luis Fontaine

Para: Dr. Atías

Asunto: Proyecto F1"

Lo abrió y se encontró con una fotografía de frente y otra de perfil de Martín. Leyó a media voz.

"Nombre: Martín Izquierdo Alcalde"

"Lugar de Nacimiento: Santiago-Chile 1953"

"Estado Civil: Soltero"

"Profesión: Periodista."

De pronto se detuvo y volvió a leer.

- ¡Es soltero! Dijo sorprendido, gratamente sorprendido. En ese momento descubrió que sobre el estado civil había un pequeño asterisco. Buscó la llamada y leyó: "Diez años viviendo con María Isabel Tanetti Álamo sin casarse". Y estalló en una carcajada. Difícil saber si fue de nerviosismo o de gracia. Atías se encontraba en un estado muy especial. Complicado de definir a cabalidad y él lo sabía. Íntimamente, incluso lo reconocía. Abandonó la carpeta N°1 sobre el escritorio y sacó, ávido, la carpeta N°2. La abrió y se quedó extasiado al ver las fotos de María Isabel. Era ella, no había dudas. María Isabel Tanetti Álamo, era su mujer de papel. Era su sueño secreto. Leyó ansioso todos sus datos personales, comprobó su soltería y se sorprendió al descubrir que esa bella mujer podría ser su hija. Analía, su hija mayor tenía la misma edad, 33 años. Este pensamiento lo confundió. Y comenzó a molestarle nuevamente la situación. Se levantó dejando todo sobre la mesa. Abandonando de alguna manera, esa locura que lo hacía descubrirse viejo, perverso, débil.

- ¿Con quién se conversan estas cosas?- Se preguntó en voz alta en medio de la confusión.

- Con nadie- se respondió enérgico- Estas cosas no se conversan porque no puedo dejar constancia de mi debilidad.

- No se conversan ni tampoco se viven- se dijo a sí mismo de manera categórica.

Volvió a su escritorio con la firme decisión de archivar ese sueño, ese caso, pero no pudo contener la curiosidad. Decidió leer ambos informes para no despertar sospechas en Fontaine que era un hombre muy suspicaz, como buen psiquiatra. En cualquier momento se presentaría en su oficina con el objeto de discutir el caso AZ, y él debía estar al tanto de todo. Al final el proyecto F1 era su proyecto. Su fórmula para dominar también el futuro.

- XIII -

- ¿Qué pasa aquí?

- Me voy y me llevo a Andrea.

- ¡Andrea!

- Mamá, Nico me invitó y yo quiero ir.

- ¡Pero qué es esto. Abro la puerta de mi casa y encuentro a mi hija de 8 años y a mi sobrino de 10, maleta en mano, dispuestos a partir a quién sabe qué lugar!

- Tía, quiero ver a mi papá y a mi mamá. Tengo miedo.

- ¿De qué?

- Todo está tan bien con ustedes que de repente me da miedo que se acostumbren a que soy su hijo y que no me dejen regresar con mis padres.

- Ellos todavía no han regresado, Nico. Espéralos con nosotros.

- No quiero, no me gusta ser hijo de otros. Yo tengo mi papá y mi mamá, mi cama, mi lego . Quiero ir a mi casa a esperar a mis padres.

- No quiere quedarse, mamá.

- No, no quiero, no me gusta. No tengo nada que contar en el colegio. Se me apagó el motorcito de los cuentos. Ni los

matemáticos me resultan. Se caen sin planear. ¡Tengo mucho frío!

- Mamá, yo voy a acompañar a Nico.

- Mejor que no Andrea, porque después la que va a tener frío vas a ser tú.

¿Vendrá mi mamá, tía? Yo no hago mas que pensar que no van a venir. Es tan grande el país y todo. Pero He-Man dice que el que busca encuentra. Él encontró la fuerza.

- No puedo dejarte ir Nicolás, aunque quisiera, no puedo. La vida no es un juego. Es mucho más complicada que eso.

- Lo mismo dice mi papá Nico, lo mismo.

- XIV -

Regreso del silencio. Extraño a mi hijo y me duele su ausencia. Te miro desde lejos. Estás sentado en el balcón con un libro entre las manos. También se puede vivir así, en ruta. Cuesta, desordena, pero tiene su color. Miro por la ventana. La naturaleza impera tras el vidrio. Aire, luz y verde. Hay lejanías que acercan, como la nuestra Martín. Te ha costado mucho enseñarme el repliegue. Lamento la tardanza, la lentitud de mi interior. Grandes heridas yacen en el fondo de los recuerdos. Heridas todavía sin nombre. Una larga cortina se interpone entre ellos y yo. Te veo y sé que no debo acercarme. Fue la regla acordada en los silencios del límite. En el grito amargo del error en la violencia. De la marca en el cuerpo. Marca que yace ahora bajo mi piel, ensombreciendo el recuerdo, atragantándose en la garganta. Herida. Martín, figura que se recorta en el sinfín del cielo. Figura silenciosa . Ya no existe el refugio cálido de la complicidad en la debilidad. Peligroso entuerto de razones. Una música desgarrada nos une. Y después de esto tengo que acostumbrarme a no verte recortado en el horizonte. Hemos aprendido la vida y la muerte en un mismo tono. Le temo a la muerte. A tu muerte. A nuestra muerte. Arrancar quisiera,

dejando este discurso detenido. No debo. Cae el día en medio del silencio. En medio de la pulcritud del silencio me despido en este momento de ti. Lo pienso y el pecho se aprieta se estremece hasta el mismo cuero cabelludo. Es así.

¿A dónde voy? Hacia ti por otro camino. Camino que recorro silenciosa, sola, para conocer sus recovecos, para no caerme, para luego quizás algún día hacerlo contigo hasta el final sin el riesgo de detenerme en mis propios laberintos, perdiéndote.

¡Adiós!

- XV -

Atías tenía horas frente a la pantalla del computador. Al centro sólo un número que titilaba acompañado de un sonido intermitente: "Cod. 306 3303". Había llegado a la clave más importante del programa. La que escondía la información de mayor cuidado, las claves del proyecto AZ. Siempre se había jactado de su capacidad de actualización. Estaba al tanto de todos los adelantos en computación y equipos relacionados con las comunicaciones. Pero esta traba no cedía. Fontaine seguro conocía la clave. Era un programa diseñado por él.

Pero sabido era que Atías lo pensaba mucho antes de dar un paso que pudiera delatar la debilidad que escondía. Pero ahora iba a tener que ceder. El orgullo quedaba vencido ante esta clave.

Fontaine, como estaba previsto se presentó a tiempo y con la clave esperada. Ahora, solo era cosa de introducirla en la computadora e ingresar así en ese nuevo y secreto programa. CONFIDENCIAL fue la primera palabra que apareció tras la apertura de la clave. Y realmente lo era. La información que traía era delicada. Sobre todo para él. Fue su proyecto para el futuro, lo que nunca imaginó fue lo delicado que iba a ser para él manipular esta información. Algún día iba a morir y tenía que

prepararse para ese momento. Alguien debía continuar con su obra. Tenía claro que no quería que fuera una mujer. Por tanto mi esposa y mis hijas quedan fuera de competencia. Problema saldado. Soy machista. No creo en esa supuesta eficiencia de las mujeres. No puedo acordarme de ti Catalina sin echar fuego por la boca. Lástima que llegue hasta mis hijas. Algún día eso también cambiará, señora Batalle.

Lo segundo que leyó, lo que venía tras la palabra confidencial, lo sorprendió mas aún, hasta helarlo.

- "Martín Enrique Izquierdo Alcalde".

No se dejó engañar por sus miedos y comprendió inmediatamente que estaba ante su posible sucesor. Y no solo eso, la persona, la única con condiciones innatas para sucederlo era el hombre que acompañaba a María Isabel. En ese momento comprendió que la vida no era sólo un problema de actualización. En ese instante comprendió que los conocimientos no le servían de nada. Era una guerra lo que había buscado y ahí la tenía. Desafiar a la vida trae sus consecuencias. Como ésta, por ejemplo. Se creyó con el derecho de obtener algo que deseaba, que hacía tanto que le faltaba. Pues bien, ahí estaba frente a él. Ahora tenía que librar una batalla para tenerlo. Se mantuvo exactamente igual a los cuentos de la infancia. El héroe tenía que librar una ardua batalla, una guerra, para conseguir el amor de la princesa. Esos asuntos trascendieron el cuento para estar instalados ahora frente a él, escondidos tras la clave "Cod. 306 3303". Pero había algo que no podía negar. Entre tanta impotencia y sufrimiento había comenzado a gozar también de los placeres de los grandes desafíos. Había recordado los cuentos de la infancia. Era un hombre con historias. Lo que sí tenía que reconocer era que todavía no lograba la capacidad de acceder a la emoción del recuerdo. Revivir el sentimiento del recuerdo. Nunca lo había sentido, pero sí había visto en varias películas lo que significaba recobrar el sentimiento con la vivencia en el cuerpo. Tenía años, todos los que pueda recordar sin pensar en su cuerpo. Se lo miró. Sin comentarios, pensó, 57 años se sienten justamente ahí y mas aún cuando uno ubica la mano derecha sobre el corazón. A los hombres se nos tiene vedado pensar en el cuerpo sin razón de enfermedad. Al menos a los de mi generación. Y lo más increíble es que yo pueda hacerlo, aunque la idea sea ajena a mí, a través del maravilloso mundo de las comunicaciones. El culto al cuerpo que tienen los Japoneses. La transformación que hizo Yukio Mishima, el escritor, de su propio cuerpo.

- ¡Ya no tengo cuerpo para encarar el amor con hidalguía! Ni menos con un contendor tan desigual. Es una

batalla injusta. Qué desaliento se siente al presentirse como perdedor.

En este momento me acerco a ti Catalina Batalle. Los dos somos perdedores. Sé que no hace falta entrar en detalle. Ambos lo sabemos, sobre todo en esos momentos en que no tenemos que ofrecer más que nuestras silenciosas derrotas. Muchas veces he pensado que a pesar de todo hemos tenido dignidad. En estos momentos la compartimos. No supimos darnos nada más. Y ya no tengo las fuerzas para enseñarte nada. No lo supe hacer en el momento en que sólo eso faltaba. Lo vimos pero no pasó de ahí. El arrepentimiento es un sentimiento que respeto desde aquellos tiempos. Aprendí a vivir con él.

Y sigo frente a ti Martín Izquierdo, perdón Martín Enrique. No podrás negar que no comencé a pelear. Empecé por el final. Por lo más duro, saber dónde estamos parados. Cuál es nuestra ubicación y nuestras armas para el duelo. Voy a disparar aunque en este instante presienta la bala entrando en mi cuerpo. Ese día posiblemente sienta dolor. Así es, Martín Enrique Izquierdo Alcalde, estás frente a mí en calidad de clave secreta sellada con un enorme CONFIDENCIAL como portada. Espero muy pronto tenerte frente a mí. Las razones se me confunden. Lo que comenzó siendo un sueño, un deseo como se diría hoy, a estas alturas se ha convertido en una necesidad compacta. El sueño sigue impulsando la belleza sobre todo, pero ahora también estás incluido tú.

Nunca me pensé frente a un sucesor. Creí, no sé por qué razón, que esa situación no existiría en mi caso. Pero inventé el AZ.

Qué desorganizado comienzo a verme. Inconsistente como podría decirle a un empleado como reclamo. Así me estoy sintiendo. Inconsistente. Bueno, será que me llegó la hora de darme ese lujo. Todo camina bien, todo bajo control. Voy a permitirme la licencia de ser de esta manera un tanto deforme pero más humano. ¿Será que me estoy poniendo francamente viejo? ¿Serán éstos los prolegómenos al gran instante de luz que dicen que viene antes de la muerte? Ese momento en que uno ve pasar su vida completa ante sus ojos? ¿Será ésta su antesala? Verlo todo tal cual como fue para luego morir, espero que en paz. Estoy esperándote Martín. Esperándote para el duelo injusto pero no sin la esperanza de la suerte, de la gracia de último minuto. Algo que me transforme en lo contrario de lo previsto. Algo que me transforme en ganador. Tantos años de vida, quizás pronto puedan comenzar a correr en mi favor. ¿Por qué pensarlo siempre en mi contra? No quiero otra derrota más en mi vida. Y estoy luchando por ello.

- XVI -

Martín se levantó. Había sonado el timbre. No esperaba a nadie. Se sintió intranquilo. Fue hasta el baño y miró de reojo. Era Alfonso Guedez.

- ¿Cómo me encontraste?

- Investigando. No fue nada fácil, te lo aseguro.

- ¿Qué pasa?

- Te están buscando Martín. En el periódico decidimos que era mejor avisarte.

- ¿A mí, quién?

- Atías...el propio Atías, Martín.

Esa sí que no me la esperaba. Tenía varios días sin ir al trabajo y sin reportarme, cosa que ya me estaba poniendo nervioso pero que me buscara Atías, el patriarca, el patrón, el jefe, el todopoderoso no me lo hubiera imaginado jamás. Y tampoco me gustaba nada. Me lo habían presentado en una rueda de prensa. ¿Qué puede querer un hombre así con un empleado raso como yo?

- Esa es la gran intriga del momento en los pasillos, colega.

- ¿Y, qué han averiguado?

- Nada. El asunto es completamente confidencial. No se ha filtrado ni una palabra.

- Malo malo, Guédez...

- ¿Y a ti Martín que te picó o fue que se te pelaron los cables?

- Sí colega, con volada de tapones incluida.

Buscamos un par de cervezas y nos sentamos a conversar. El periódico volvió íntegro a través de las palabras de Guédez. Hasta podría decir que escuché la sala de redacción completa con gritos, fax y teléfonos. Fue como haber recuperado un calor que me pertenecía y con el cual me había peleado ferozmente en el momento que enrumbé por la primera carretera.

- Fue un gesto heroico" pana", no creas que cualquiera se anima a huirle al pan así.

Y realmente lo había sido. Me sentía en un punto diferente después de mi ruptura interna con las convenciones y el deseo ajeno. Había recuperado una ruta personal interrumpida tiempo atrás con el afán de encontrar un reconocimiento familiar y social. A Guédez le sorprendió el proceso. Era un asunto que él nunca se había planteado, sumido por completo en la dinámica del trabajo y los compromisos con la empresa y la familia. En ese momento descubrí lo fuerte que era en mí la necesidad de respetar mi propia contextura. El periodismo era mi pasión pero ejercido a mi manera; cosa que, definitivamente, era muy difícil llevar a cabo porque no tenía la capacidad económica como para tener mi propio periódico. Esta situación me volvía a ubicar frente a un conflicto real, el de mantenerme en línea trabajando para las ideas de otro en función justamente del pan. Tenía que descubrir ahora ese nuevo camino, el camino de la conjunción de ambos elementos tan indispensable para mi vida, la pasión y el hambre. Guédez tomó otra cerveza y se descubrió inmerso en mi crucigrama, no sin antes definirlo como un conflicto un tanto tardío para mi edad. ¿Pero cómo se hace?, me pregunté en voz alta. Si la pasión presiona con tanta fuerza hasta salir por todos los poros y me exige una respuesta, un orden, una ubicación sana y armónica. Si le echo tierra comienzo a construir dentro de mí a mi propio enemigo, a mi monstruo personal, que va a estar ahí, acechándome, en cada momento de descuido, para recordarme que está escondido, pero vivo. Las luchas con la pasión son

descarnadas y escandalosas, lo aseguro. Y eternas, porque la pasión es una energía que nunca muere, solo admite transformaciones y, en el momento menos pensado, irrumpe exigiendo respuestas, mientras más tarde más vergonzosa es su aparición, más escandalosa.

Guédez tomó otra cerveza y comenzó a sentirse intranquilo.

- Quién me manda a escucharte, Martín. La peladura de cables se pega...

Ambos estallamos en una carcajada con lágrimas y todo. Tenía tiempo que no me reía tan sabroso. Justamente ése era el asunto. Se suponía que uno era lo suficientemente fuerte como para ir al día con la vida, la edad, las pasiones y las necesidades. Todas caminando en estricto orden espacio temporal. Pero todavía no había conocido al ser humano capaz de tanta armonía. Al contrario, los que yo admiraba, los que había seguido en su curso vital, a través de su creación, palabras, gestos, lo que fuera, no hacían más que mostrarme un camino zigzagueante, lleno de altibajos inescrupulosos y, la verdad, yo en este escape, había resuelto no alejarme de lo único que en el fondo deseaba ser: un ser humano. Entendí que ése es el único lugar que me permitiría descubrir lo que realmente es este asunto de estar vivo.

Este camino apasionante que uno comienza con una nalgada y el llanto que te llena los pulmones de aire y que yo, Guédez, aspiro a terminar con una sonrisa de satisfacción.

- Como todos, Martín

Me alegro Guédez, entonces no soy un marginal.

- XVII -

María Isabel y Nicolás arrebatados por la emoción hicieron a un lado los periódicos amontonados en la puerta y abrieron. Cómo decirlo, cómo ponerle palabras a lo que sentí al encontrarme nuevamente en nuestro apartamento. Todo estaba tal cual como lo habíamos dejado. El desorden y el orden. Nicolás corrió a su cuarto y yo al mío. Era como si el tiempo se hubiera detenido dejando cada huella en su justo lugar. La taza de café de Martín a medio tomar, el cigarrillo que se terminó de consumir al borde del velador. La ropa sucia amontonada junto a la puerta, la toalla tirada sobre la cama, la ropa de Martín esparcida por el piso, la computadora, la cama deshecha. Este espectáculo que en otro momento me hubiera parado los pelos, hoy no hacía más que hablarme de vida, de mi vida, de nuestra vida familiar.

- Mira mamá, ven...

Nicolás me tomó por el brazo; realmente el tiempo no se había detenido: el pote de compota con el germinador de lentejas de Nico había crecido hasta la repisa.

- ¿Cómo hicieron las lentejas para crecer con tan poca agua mamá?

- No era poca agua, Nico, lo que fue poco, fue el tiempo de nuestra ausencia.

- Tienes razón mamá, lo que pasa es que se me hizo tan largo, ¿será porque no estaba con ustedes?

- Posiblemente Nico...

Y así era. Con estas experiencias, los tres, cada uno en su nivel, había vivido una temporalidad inexacta a la hora de pretender medirla con un reloj o un calendario. Nico pensó que había pasado tanto tiempo lejos de su hogar que iba a encontrar las lentejas muertas. Pero no fue así, fue tan breve nuestra ausencia que con el agua que tenían pudieron seguir creciendo sin problemas. Los problemas los tuvimos nosotros, al caer cada uno, de pronto y sin previo aviso, en medio de vivencias desconcertantes que nos enfrentaron con miedos ocultos dentro de nuestra caparazón.

- Me dio mucho miedo perderlos mamá. No volver a verlos más.

No sabía que querer mucho era así. ¿Tú me quieres mucho mamá?

- Mucho y más hijo...

Miedo tenía yo a que esta experiencia fuera demasiado dura para nuestro hijo. Nunca nos habíamos separado así de él. Miedo tenía yo de hacerle daño, de marcarlo de esa manera con la cual uno no quiere marcar a los que ama, con dolor y sufrimiento. Hoy me pregunto qué hay de malo en eso. Nada, me respondo al instante. Descubro que el amor también debe permitir que se vea y sienta la realidad y no resguardar y encubrir las vivencias fuertes o violentas.

De pronto me siento como si estuviera descifrando las reglas del juego de la vida. Me veo frente a un tablero, en la mano una ficha que vale una vida, un comodín, y una serie de tarjetas de diversos colores con diferentes alternativas para llegar a la meta. El tablero es grande y muy lindo, marcado por mil caminos diferentes entre montañas, ciudades, arenas, playas, carreteras de piedra, cemento y arena, casas de distintos tamaños, frutos, fábricas, carros, colegios, barcos y aviones y cantidades de detalles que sólo al avanzar uno va descubriendo. Y en este momento me siento justamente en ese punto, avanzando lentamente por sus intrincados caminos, descifrando claves secretas que descubro en el tablero y también dentro de mí. Hay algo que tengo absolutamente claro. No quiero perder mi única ficha, la de la vida, antes de llegar a la meta.

- XVIII -

- Por favor, su cédula.

Me entregaron un carnet de esos que yo detesto por no encontrar jamás el lugar adecuado para "guindármelo" y me abrieron una puerta. La crucé y me recibió otra señorita atenta y agraciada que me guió hacia una sala de espera, más pequeña, más íntima y más elegante por supuesto. Tenía cerca de 40 minutos en esto de ir de un pasillo a un ascensor, del ascensor a otro pasillo y a la primera sala, de ahí tres señoritas, dos carnets distintos y tres salas más. Esperaba que esta fuera la última. Lo que si me quedó total y absolutamente claro es que la persona que me mandó llamar era de gran jerarquía e importancia. Ya lo sabía, pero este recorrido lo marcó en mí de una manera que, podría decir, se me veía en el cuerpo. En este momento me encuentro de pie frente a una gran puerta de madera y llevo mi cabeza levemente inclinada. Suena un timbre. Aparece un mozo vestido, estrictamente, de negro con camisa y guantes blancos.

- Adelante señor.

Abrió las puertas y debo confesar que yo me quedé cegado, impactado y por lo pronto detenido ante lo que vi. Me encontraba en el cielo. Frente a mí tenía un enorme ventanal transparente al máximo, que daba directamente al cielo limpio y claro- Puede pasar señor. Me dijo el mozo en voz baja con la intención de despertarme. Avancé unos pasos, cerraron la puerta a mis espaldas y vi aparecer a Atías en el cielo. La verdad, no estaba preparado para tanto.

- Buenos días Martín.

- Buenos días señor, dije terminando de inclinar mi cabeza.

Qué cambio tan brusco. Pensar que yo venía de pasar tiempos eternos reptando por los más oscuros laberintos de mi ser.

- Por lo que veo le gusta mi oficina.

- El cielo, señor. Respondí tímidamente.

- Sí, es como si estuviéramos en el cielo, ¿no le parece?

- Sí, señor.

- No me llame señor, llámeme Atías por favor.

Y lo hice pero era un Atías tan grande como un señor con cabeza inclinada. En medio de ese espectáculo no podía ser de otra manera. Me habló del periódico, las comunicaciones, la actualidad y el futuro. Yo respondía siempre tratando de estar a la altura, pero nada todavía me daba una pauta de la razón de su llamado. Mientras escuchaba y contestaba, maquinaba una manera de hablar, de preguntarle por qué me había llamado. Pero era imposible. Él llevaba la voz cantante y yo la sumisión del impacto. Era un hombre inteligente y carismático. Sentía como si me estuviera haciendo un examen, una revisión profunda sin ponerme un dedo encima. Solo a través de la mirada. Algunas respuestas mías que caían en silencios de él y otras, generaban un despliegue de destreza.

- ¿Cuántos años tendrá? Me preguntaba secretamente.

Su físico y su rostro se veían bien y su cabeza ni hablar, ágil y vigente. Sus manos quizás delataban alguna historia de edad y trabajo fuerte en algún momento. Descubrí que yo también estaba examinándolo, tratando de descubrir quién y cómo era. De pronto hubo un pequeño comentario al pasar que encendió mis luces de alerta... "Las investigaciones del doctor Fontaine". Mucho tiempo después logré entender por qué esta alerta fue absolutamente acertada. Creo que fue lo único que a Atías se le escapó en

este encuentro que me dio la pauta del porqué de mi visita. De la parte explícita de ella, porque la otra fue mucho más adelante cuando la vi. Pero sobre eso no quiero pensar ahora y no sé si lo mejor sería no hacerlo nunca, o quizás olvidarlo.

Se acercó el mozo con un exquisito café que degustamos sentados en dos cómodos sillones con vista directa, y sin interrupciones, al cielo y su tibieza del medio día.

- Me interesaría volver a hablar con usted, Martín.

Me pasó una carpeta con una información bastante variada sobre nuevas tecnologías, mercadeo, negocios de las comunicaciones y aspectos que hacen a la mera administración .

- Me interesaría que revisara este material antes de nuestro encuentro.

- Aquí hay cosas tan variadas, Atías... Áreas que yo casi no conozco como las administrativas.

- Usted tranquilo Martín, verá que todo eso puede llegar a ser muy interesante para usted.

Se abrieron las puertas y salí caminando como un autómata, con la carpeta bajo el brazo ,y la enigmática certeza de Atías. Yo jamás he tenido interés ni condiciones en materia de administración, no me explico qué tendría que pasar para que yo me sentara detrás de un escritorio administrativo y dijera - que interesante es este asunto.

- Señor, señor...

Me volteé y vi a una de las amables y agraciadas señoritas que corría hacia mí.

- ¿Qué pasa?

- El carnet señor, tiene que dejarlo antes de salir.

- XIX -

Atías se despertó sobresaltado. Le llevó un tiempo comprender que aún era de noche, que estaba despierto y angustiado. Miró hacia el otro extremo de la cama y vio a Catalina durmiendo profundamente. Hacía años que ambos cuerpos ni se tocaban en el lecho matrimonial. Volteó, se acomodó y se dispuso a seguir durmiendo. Eran las tres de la mañana y necesitaba descansar.

Pero no pudo. Se levantó. Se puso bata y pantuflas y se acercó a la ventana. Descorrió levemente la cortina y comprobó lo cerrada de la noche. Caminó por el enorme cuarto a oscuras y se sintió acorralado. Abrió la puerta y lentamente, buscando la tranquilidad, se desplazó por su enorme casa. Bajó escaleras, abrió y cerró puertas, fue a la cocina, se sirvió una vaso de agua y de pronto sintió una profunda y enraizada soledad. Para qué engañarse. Tenía años conviviendo secretamente con ella. Salió al jardín y se sorprendió mirando el cielo estrellado allá lejos, inalcanzable y se sintió un punto insignificante. Sensación que hacía mucho no tenía. Pasaba gran parte del tiempo encerrado en su caja de cristal en medio

del cielo; tanto así que había olvidado esa miserable ubicación en el universo. Sintió frío y entró nuevamente a la casa. Los perros ladraron.

Por qué ese empecinamiento en dejar a su familia lejos de la conducción del imperio que con tanto esfuerzo había construido, se preguntó agobiado por una culpa que le producía escozor.

-Catalina no se lo merece Murmuró lleno de una rabia contenida por años. Pero en silencio reconoció lo importante que fue para sus primeros pasos el aporte económico de Catalina. ¿Dónde fue que se engendró esta aspereza, esta separación cargada de rencor, esta necesidad tan fuerte de dejar en claro que entre ella y yo no hay nada? Sólo un acuerdo tácito de guardar las apariencias de armonía. Aprendimos a la perfección el juego, hasta ahora, cuando no sé por qué razón se me está revolviendo la vida con los sentimientos, rencores y recuerdos.

- Tengo que seguir durmiendo, dijo decidido, al tiempo que comenzó a subir las escaleras.

Se encendió la luz de un cuarto y salió su hija menor corriendo al baño.

Tengo tres hijas y se podría decir que no las conozco. Ese fue otro aspecto de nuestra secreta ruptura. Me quedé sin mis hijas. Catalina se dedicó a su crianza y yo al trabajo, sin reclamar nunca una participación en su terreno. ¿Será por eso que ahora me niego a darle una participación en el mío?

- ¿Y yo me voy a morir así, sin hablar con Catalina?

Caí en mi propia trampa. Definitivamente no me quiero morir. Por eso estoy así de angustiado caminando insomne mientras todos duermen.

¿Acaso no sería más sano pensar en retirarme ahora y pasar mis últimos años de vida tranquilo junto a mi familia?

¿Qué familia? Se preguntó a secas.

Mis padres murieron; mis hermanos, los dos, se fueron del país a hacer su vida y la verdad rara vez nos comunicamos. Y la que yo formé la tengo aquí, bajo este techo y no me conmueve. Esto es la clara demostración del éxito de la formalidad y las convenciones aplicadas al terreno afectivo. Me siento seco y solo.

- ¡Atías! Llamó Catalina desde la puerta del dormitorio.

Atías sobresaltado, y por qué no también sorprendido, volteó.

- ¿Catalina, qué haces despierta a esta hora?

Catalina se acercó lentamente hacia la escalera y cuando estuvo frente a él lo miró y le dijo

- ¿Piensas en tu muerte Atías?

Un escalofrío lo recorrió de punta a punta. A Catalina se le escapó una sonrisa, una mueca en la que no pudo ocultar un dejo de satisfacción.

- XX -

María Isabel colgó el teléfono y salió lentamente de su oficina. Tenía el corazón atrapado en ese secreto miedo que despertaban en ella ciertas palabras de Martín. Ésas que la hacían sentirse de su propiedad, que le ataban el alma de tal manera, que le frenaban la alegría atragantándola con su propia vida.

- No debí contestar tu llamada. Pensó, ensimismada, en ese mar de vida que le había arrebatado con un tono, una palabra, una amenaza al amor que los unía.

Se devolvió corriendo, tomó el teléfono y llamó a Martín liberándose, devolviéndole a él su propio temor, su amenaza, su poderío y, cuando se sintió aliviada nuevamente con su alegría revoloteándole por el cuerpo, lo quiso tanto que fue como si hubiese logrado acariciarle suavemente el rostro con ese amor profundo que sentía por él.

La música lo invadió todo y María Isabel regresó a la fiesta. Por fin habían logrado el primer lugar de sintonía y todos, jefes y empleados, celebraban enlazados por el baile.

Comenzó a bajar lentamente las escaleras. Se sentía liviana, libre.

- Radiante. Dijo él cuando la vio. Dejó el vaso sobre la mesa y sin perderla de vista se fue abriendo paso entre la gente. Se sentía atrapado por esa mirada, ese brillo en sus ojos, esa sonrisa limpia y serena. Poco a poco todo fue desapareciendo para él, quedando sólo ella, bajando lentamente las escaleras llena de gracia.

- ¡Qué lástima que no esté Martín!- pensó María Isabel mientras bajaba.- Bailamos tan bien juntos, nos divertimos tanto. Pero ese pensamiento no la ensombreció. Al contrario, rió abiertamente al recordar sus fiestas de juventud cuando todas las mujeres a un lado del salón aguardaban aterradas que las sacaran a bailar para no "planchar". Al final, ella no sabía qué le producía más agrado, si el hecho de no quedarse parada apoyada contra la pared porque nadie quiso bailar con ella o el hecho mismo de bailar.

- ¿Y si nadie me saca a bailar? ¡Qué pena!- pensó.

Realmente tenía años con bailarín asegurado. No era que hubiera superado el miedo a " planchar", simplemente tenía mucho tiempo que no se exponía a esa situación. Tuvo ganas de detenerse, de devolverse, de no exponerse. El recuerdo vino con el miedo y estaba actuando directamente sobre su cuerpo.

- No, ¿por qué te detienes, qué pasa?

Pensó él a pasos del pie de las escaleras, mientras se preparaba para el encuentro. No podía perderla. Ella, su sonrisa, su mirada habían despertado dentro de él una vida que sentía perdida, remota, que lo llenaba de recuerdos de juventud.

- Las piernas me temblaban pero me impuse y seguí bajando, no me iba a dejar vencer por el miedo y menos por los recuerdos. La gente aplaudía y la orquesta se disponía a comenzar un nuevo tema cuando, sorda de nervios, acepté que un hombre tomara mi mano y me llevara experto entre los ritmos brillantes de la música.

No había " planchado" , eso liberó mis nervios y me permitió disfrutar del baile. El hombre era todo un experto. Me resultaba cara conocida, pero no recordaba bien de dónde. En la radio no trabajaba, pero algo tenía que ver con ella , de lo contrario no estaría ahí. Bueno, al final que importa, total, lo estaba pasando divino y ese señor me hacía sentir toda una dama, cosa que me encantaba. Vino una pieza y después otra, y otra según me contaron. Yo, la verdad hasta que no me sintiera cansada no pensaba detenerme. Después de un rato ya ni me importó quién era ni cómo se llamaba el señor y pienso que a él tampoco. Lo estábamos pasando tan bien, había tanta conexión entre nosotros que nada de eso era

necesario. Hasta que bajaron las luces y la orquesta irrumpió con un bolero y el hombre me cubrió con su mirada y me apretó contra su cuerpo. El rostro de Martín apareció como un flash transformando ese abrazo en algo ajeno. El hombre comentó algo sobre la música y realmente tengo que confesar que el impacto fue mayúsculo. La voz, esa voz sí la reconocí. El hombre con el que estaba bailando era Atías.

- XXI -

Sencillemente me sentía comenzando una nueva etapa en mi vida y si bien no me desagradaba para nada, había despertado dentro de mí una incertidumbre llena de miedos viejos y futuristas que me tenían muy cuesta abajo. No me estaba siendo nada fácil afrontar este nuevo cambio que aparecía, por la fluidez de sus hechos, algo definitivamente hecho para mí. Destino por los cuatro costados. Inevitable.

Aventurarse por vericuetos desconocidos, inciertos, descubriéndonos con nuevos rostros y pasiones. Le tengo terror a los cambios pero trato de sobrevivirlos. Definitivamente representan un gran camino para el crecimiento. Personal y económico. ¡Carajo, necesito dinero!

Atías había comenzado a formar parte de mis pensamientos. Algo estaba tramando. Ojalá logre adivinarlo antes del momento de la negociaciones. Sólo eso puede permitir que el resultado me favorezca realmente. Pero todavía no lograba vislumbrar con claridad el fondo de tanto folleto informativo.

- Papá, mira, este riel está chueco.

Nicolás me sacó de los pensamientos y se lo agradecí. Tampoco era cosa de enfrascarse en una de urgencias. Calma, eso era lo que necesitaba, mucha calma.

- Tráeme un destornillador de punta redonda.

- ¿El rojo?

- Sí, ese.

Nicolás me había pedido que armáramos el tren eléctrico. Era el único juguete de mi infancia que aún me acompañaba. Era un tren alemán que me regalaron para una Navidad. Cuando nació Nicolás mi madre me lo mandó con Luis Alberto, mi hermano. Como me envidió Beto cuando abrí el paquete y vio de qué se trataba. Un tren eléctrico, gritaron todos impactados. Eran palabras mayores. Creo que fue la primera vez que recibí un regalo bueno de verdad. Cómo sería que mi madre me lo guardó. Me gustó que me lo mandara.

Esto de vivir sin pasado tangible es fuerte. Tengo un léxico completamente restringido. Comentarios como aquí jugaba yo con mi papá cuando era pequeño, en este colegio estudié mi secundaria, aquí vivía mi primera novia, ésta es la casa de mi familia, cómo ha cambiado esta calle, si supieras la heladería que había en esta esquina o simplemente ver, escuchar o sentir algo lleno de pasado y guardar un silencio profundo en honor al paso del tiempo. Bueno, la verdad es que no sé que me gustaría para mi hijo. Por lo pronto, me encanta estar aquí, tirado en el piso con él, viendo pasar nuestro tren eléctrico.

- Papá, ¿en tu época los trenes eran así de lentos?

- Sí hijo.

Definitivamente la intención de Nicolás no era ofenderme pero qué cosa, el tiempo pasa y se nota.

- Y dime una cosa papá, ¿el tiempo antes pasaba más lento?

- Científicamente no Nicolás, pero subjetivamente sí.

Mi hijo me miró con un signo de interrogación del tamaño de su rostro y yo me armé de valor porque explicárselo; era complejo pero fascinante.

Resulta que él también pensaba sobre el asunto del tiempo, era un tema que lo intrigaba. Si no fuera porque para mí ganar dinero es un asunto tan complicado tendría muchos hijos. Me gusta ser padre, me siento bien con mi hijo y por qué no decirlo, me siento orgulloso de haber creado junto a María Isabel un ser como Nicolás.

- XXII -

Entré al cuarto con un montón de ropa sucia entre los brazos buscando las camisas de Martín. No quería más reclamos. Estaba harta de comentarios tipo:

- ¿Todavía no has lavado la camisa azul? Tengo más de una semana que no la veo...cuando sentí que la puerta se cerraba a mis espaldas. Volteé sorprendida y me encontré con Martín que comenzaba a desnudarme con la mirada, al tiempo que quitaba de mis manos el montón de ropa sucia y lo tiraba al piso.

- Martín dije intentando protegerme cuando ya nada era posible más que esto que comenzó a deslizarse entre nosotros. Primero fueron sus ojos. Luego, sus manos firmes que recorrían, decididas, cada pedazo de mi cuerpo traspasando la piel, como si quisieran cerciorarse de que nadie, absolutamente nadie, me había recorrido en su ausencia. Ese gesto se confundió en vértigo de furia y placer cuando me descubrí atada a él en medio del desorden. Y el orden absoluto del cuerpo a cuerpo. Cerré los ojos y sus manos sobre mi cuerpo me devolvían un cuerpo perfecto, íntegro, único, divinamente construido para el placer de los sentidos.

Mis manos se deslizaron por el cuerpo perfecto de Martín en un diálogo armónico y preciso de placer. La cama, el piso, la pared, la puerta, el espacio, nuestros cuerpos unidos en el silencio de las palabras y el bullicio absoluto de los sentimientos y la pasión.

Nos amamos, sí, desprendidos de ideas y rencores de aciertos y desaciertos. Por fin, libres en la desnudez.

La penetración volvió a sorprenderme desencadenando una fiesta de orgasmos que me deshicieron en el placer de la unión, hasta que sorprendí a Martín con un orgasmo que solo pudo detenerlo la razón.

¿Quién te enseñó eso? Me preguntaron sus ojos.

- Nadie, respondí con los míos. Desnudos nos volvimos a amar y nos descubrimos nuevos y distintos.

Enfrentados estábamos, ahora, en una batalla desnuda de poder. En un cuerpo a cuerpo silenciosos, sin palabras, solamente poblado por los gestos, los sentimientos, los sentidos y esa fuerza desbordada que engendra el probar el placer con un ser que sabemos que nunca nos pertenecerá. (Simplemente porque el día que así sea, cesará el placer, dejará de ser, morirá.)

Y la batalla fue, justamente, ésa . Seguir adelante sin perdernos mutuamente.

- XXIII -

Catalina entró en la oficina de su esposo sin anunciarse y sorprendió a Atías sumido en sus sueños.

- ¿Catalina, qué haces aquí?

- Vine a pedirte el divorcio, Atías.

Atías quedó helado, detenido en el espanto, en el horror de lo jamás imaginado, de lo imprevisible.

Catalina se sentó frente a él, a disfrutar del desconcierto de su rival, de su enemigo. Así lo sentía en este momento, como el hombre que le había estropeado la vida, que le había arrancado de raíz todos sus sueños y proyectos. ¡Que la había transformado en un títere de buena presencia! Realmente lo odiaba y ahora más que nunca.

Poco a poco Atías, frente a ella, fue recuperando el color: pasando de la frialdad y palidez más absoluta a un rojo intenso producto de la sangre que comenzó a hervirle en sus venas. Se incorporó dando un golpe preciso, bestial sobre el escritorio.

- ¿Qué te has imaginado tú Catalina Batalle? ¿Qué vas a entrar en mi despacho con esa desfachatez a pedirme la última locura que se te pasó por esa maldita cabeza teñida de juventud?

¿Quién te has creído que eres?

Catalina ya venía preparada para este arranque de su esposo. Se lo había imaginado mil veces y ya, en la privacidad de su vestier, había tiritado de pánico, sudado frío, pedido perdón, había reconocido frente a él que estaba equivocada. Esta vez no se la iba a ganar. No estaba dispuesta a seguir siendo su monigote.

Se levantó lentamente de la silla, acomodó el pliegue de su falda intentando disimular el miedo que aún reservaba dentro de sí, caminó hasta la puerta, la abrió y entró un hombre apuesto, elegante y distinguido que, después de saludarla con una agradable sonrisa se dirigió hasta Atías, sacó de su chaqueta un sobrio tarjetero de plata y le dio una tarjeta.

- Dr. Anibal Becket, soy el abogado de la señora Batalle, mucho gusto.

- Yo no tengo nada que hablar con usted.

Catalina se acercó a la mesa, se sacó la alianza de bodas y la puso sobre el escritorio de Atías.

- De ahora en adelante, por favor ,cualquier cosa relacionada con este asunto la hablas con mi abogado, el Dr. Becket. Buenos días.

Catalina le sonrió amablemente a su abogado, dejó a Atías con la palabra en la boca y salió del despacho .

- XXIV -

Llegué al trabajo tarde y total y absolutamente saturada de Martín. Mi asistente, como todos los días, en ese acuerdo tácito que tenemos de enfrentar la vida con la mejor disposición me preguntó.

- ¿Quiere un cafecito?

Mi respuesta fue afirmativa pero cargada de ese componente horrible que me recorría cuerpo y alma.

- ¿Cómo está el niño? Me preguntó en seguida. Y realmente ahí tuve que hacer un esfuerzo enorme para no romper a llorar. Le contesté con un gesto y le pedí que no me hablara por un rato porque necesitaba concentración en lo que comenzaba a hacer. Me respetó.

El silencio volvió a romperse cuando le pregunté

- ¿Alguna vez has tenido ganas de matar a tu esposo?

La respuesta llena de desconcierto y sorpresa desbordó en elocuencia gestual y verbal.

- Imagínese usted... por supuesto que sí.

Roto el hielo del horror me explayé. Cortarlo en pedacitos y tirarlo por el bajante, agregué.

- Señora, me respondió sorprendida... pero entonces...

- Sí - le dije- estoy harta, harta de él... completamente saturada,

quisiera que desapareciera de la faz de la tierra.

Nos miramos a los ojos y ambas guardamos silencio.

- XXV -

El hombre cerró la puerta del carro y el chofer arrancó deslizándose suavemente entre los jardines. Catalina pidió apagar el aire acondicionado y bajó lentamente su ventana. Quería respirar aire fresco.

No podía creer todo lo que había sido capaz de hacer en tan poco tiempo. Tantos años estancada, detenida en la venganza. Pero había reaccionado a tiempo, al menos así lo creía.

Ahora tenía un abogado que la respaldaba en cada paso y, lo más importante, por primera vez en su vida con Atías, había sido ella, la que había acertado el primer golpe.

- Esta batalla te la gano, Atías.

Ya no cabían las manipulaciones de su padre, de su esposo, ni de nadie. Había cumplido con creces, y lo más importante, había arribado a una edad cronológica desde la que vio que realmente nada de eso tenía valor real.

Pidió un vodka y lo disfrutó hasta la última gota. En ese momento descubrió algo que terminó de desconcertarla: Tenía ganas de hacer el amor.

XXVI.

Atías abrió violentamente la puerta de su cuarto.

- Catalina - gritó sofocado - ¿Dónde estás?

Por toda respuesta, recibió el frío de un cuarto matrimonial rigurosamente decorado. Ni él mismo recordaba la última vez que había disfrutado con su esposa entre esas sábanas.

- Disfrutar con Catalina, imposible. Dijo encabritado con sus propios pensamientos, al tiempo que cerraba la puerta y comenzaba a descender por las escaleras.

- ¿Papá que te pasa? le preguntó Alicia.

- ¿Dónde está tu madre?

Alicia miró su reloj, hizo unos cálculos y respondió con la mayor precisión,

- En este momento tiene que estar aterrizando en Madrid.

- ¿Qué?

- Pero cómo, ¿no lo sabías?

Atías se sintió desfallecer. Perdió la fuerza, la serenidad, la entereza, todo. Alicia angustiada lo tomó por el brazo y lo ayudó a sentarse en un escalón.

- Alicia, llama al doctor Pascal, rápido, necesito verlo.

Alicia corrió al teléfono. Atías cada vez se sentía peor. Catalina se había ido, por fin lo había hecho, le había perdido el respeto, el miedo, todo. ¿Qué estaba pasando? No entendía nada. No sabía qué había hecho; por qué; de pronto, todo se le escapaba de las manos, hasta su propia esposa.

-¡ Pascal, qué pasa con Pascal que no llega! Gritó Atías desesperado.

- XXVI -

Las cosas están adquiriendo un ritmo extraño. O mejor dicho, siento cómo dentro de mí se están comenzando a mover ciertas estructuras. Espero no salir corriendo. Por esas raras cosas del destino, o de la vida, ahora resulta que el señor Atías está en el centro de nuestras vidas. Todavía no logramos descubrir cuál es el interés de Atías por Martín. Tampoco yo logro entender demasiado cuál es el interés de Atías por mí. Martín sabe lo de la fiesta y el baile y la verdad es que no se enteró por mí sino por todos los que estuvieron allí. El comentario corrió por los pasillos de la radio y traspasó muros hasta ingresar por la puerta principal en el periódico.

Martín llegó esa noche a casa un tanto cargado.

- ¿Tú bailando con Atías?

- Sí, ¿por qué no? Me hartaba esa actitud de Martín de ponerme por allá, por el piso, donde hasta las hormigas se ven más grandes que yo. Está bien, no soy ninguna Miss Universo pero mal no estoy, carajo. Y me hace comer casquillo y yo caigo y caigo.

Bueno, así comenzó la conversación al respecto. Mal, pésimo. Yo que pretendía cuidarme al máximo con el tema, al primer palito caí. Bueno pero fue así, lo supo, lo reconocí y se molestó. Mal comienzo.

La verdad es que para mí el asunto no pasó de ahí. Me gustó bailar con él, lo reconozco, bailaba divino pero hasta ahí, punto y aparte y ni decir cuando me di cuenta que era Atías. El punto fue enorme y el aparte total.

Pero hubo una cosita que no comenté con nadie, por estrictas medidas de seguridad. Sentí que ese hombre me conocía y que sentía algo por mí. Puede ser pura vanidad, pero mi cuerpo me lo dijo clarito, y yo, siempre escucho lo que viene de mi universo propio y personal.

- XXVII -

Atías terminaba de abotonarse la camisa mientras el Dr. Pascal escribía los resultados en su historia clínica.

- Tienes que darme algo José Luis. Siento que el corazón me va a estallar.

- Lo lamento Atías, esta vez te las vas a tener que arreglar sin medicamentos.

- Estarás loco...

- Loco te vas a poner tú si no controlas tus emociones, Atías.

Y tenía toda la razón. Las emociones estaban carcomiendo mi estimada y siempre bien ponderada razón. Estaba vuelto un nudo ciego. Catalina no sólo me había desafiado con lo del divorcio sino que además la muy cobarde se había ido. Había escapado sin dejar rastros.

- Y a qué se debe esa actitud de Catalina, Atías. No parecen cosas de ella.

- Exactamente lo mismo me pregunto yo, José Luis. No entiendo y eso me tiene así, en este estado...

- ¿Sólo eso? Preguntó el Dr. Pascal

No le respondí. Pascal conocía mi corazón mejor que nadie. No tenía sentido que hiciera el ridículo mintiéndole como tampoco que lo hiciera contándole la verdad. Opté por un silencio elocuente que Pascal supo interpretar.

- Entiendo Atías, pero como te decía no es conveniente que te dé medicamentos en este momento. No quiero saturarte. Tú mismo tienes que tratar de bajar la ansiedad.

Claro, eso era lo que yo tenía que hacer, pero cómo. Si había algo en lo que no tenía absolutamente nada de práctica era en el manejo de los asuntos afectivos. Tenía años sin saber de ellos. Números, ideas, personal, inversiones, proyectos, denme lo que quieran que lo resuelvo, pero asuntos de este tipo, no sé, no los entiendo, me sobrepasan y me enredan a la hora de resolver todas mis otras cosas.

- Anda a hablar con un sicólogo, Atías. Él te puede ayudar a manejar tus emociones...

- Me perdonas, pero loco ,no estoy.

Eso era lo que me faltaba ahora, tener que ir a un sicólogo. Elijo al mejor abogado para que se encargue de poner todas las trabas imaginables a las aspiraciones de divorcio de Catalina y me olvido de todo lo demás, pero yo a un sicólogo no voy. ¡Eso sí que no señor!

- Lo decía por tu corazón, Atías. Dijo Pascal sonreído.

Atías molesto tomó su chaqueta .

- ¿Sabes? También podría serenarte que conversaras con un cura.

- No sé lo que es eso.

Atías salió dando un portazo.

- XXVIII -

Catalina entró en un pequeño y sencillo cafetín. Se sentó en una mesa junto a la ventana. Quería tomar chocolate con churros mientras veía pasar la vida de su querida Barcelona .

Era inevitable. Por fin había logrado plantearle el divorcio a Atías y se encontraba muy lejos de él, en España, pero estaba sentada en medio de sus recuerdos y añorando lo que fue la mejor época de su vida. Los churros seguían siendo divinos pero les faltaba el calor del recuerdo, la compañía de Atías.

Eso era, justamente, lo que Catalina no lograba entender y lo que la sumía en la más absoluta desesperación. Tenían años viviendo de la peor manera, separados bajo el mismo techo, sin tocarse, pero en momentos como éstos, Catalina no podía dejar de reconocer que todavía nada ni nadie había logrado destruir el amor que los unió.

No eran muchos los momentos en que Catalina se encontraba así, de frente con estos sentimientos. Más bien parecía que esa vida insabora, esa cama enorme y fría y las mil artimañas del horror, estaban construidas una a una con ese objetivo, el de impedir que estos sentimientos afloraran dentro de ellos. El de impedir que recordaran que se habían amado y, al

menos en el caso de Catalina, sentir cómo esos recuerdos permanecen intactos dentro de ella, guardados bajo llave, a la espera de no se qué acontecimiento.

- Pero ya no puedo más Atías, no aguanto más la espera.

Pensó Catalina mientras se levantaba de la silla dejando los churros y el chocolate a medio comer.

- ¿Le pasa algo, señora?- le dijo amablemente el mesonero.

Catalina atinó a darle un par de billetes y salió rápidamente del local perdiéndose entre la gente.

Atías había logrado transformarla en eso, en una más del montón. Hasta el sexo se lo había quitado, ni siquiera se trataba de una más de las mujeres, no, un ser humano más, un número. Y eso la llenaba de soberbia. Cómo se había permitido llegar hasta ahí. - Por qué me dejé transformar en nadie, cómo no me di cuenta de lo que me estaba pasando. Ese es el problema de separarme de Atías. Al alejarme de él, al retirarme de su juego anónimo, adquiero la certeza de mi propio horror y se me hace inabarcable el camino a desandar; y me da vértigo imaginarme guardando para siempre los únicos recuerdos que aún conservan calor dentro de mí, segura de que ya, a estas alturas de la vida y con ese amor inconcluso, no hay esperanzas de un calor nuevo, no hay esperanzas de amor para una mujer adulta que no supo amar. La menopausia ya es un hecho en mis entrañas. Qué triste puede ser la vida cuando uno descubre demasiado tarde que la cobardía y el miedo fueron sus principales enemigos. Cuántas veces me miré en el espejo de nuestro baño y me sentí orgullosa de la valentía y la fuerza que demostraba permaneciendo junto a Atías en el más absoluto silencio, como si él no existiera. Hoy descubro qué valiente hubiera sido si le llenaba la vida de ruido, de un ruido tal que lograra perforar el silencio del orgullo, hasta llegarle al mismo corazón y quizás ahí, el silencio, fuera el premio. El silencio de la entrega profunda.

Por eso no me gusta separarme de ti Atías, porque se me viene la vida entera de frente. Nuestra vida está construida como la trampa perfecta, el escondite exacto, para no ponernos nunca en contacto con todo lo que hemos perdido, con lo que nosotros mismos destruimos, con un amor joven que interrumpimos por culpa del orgullo. Digo yo ahora, porqué todavía no he tenido la valentía suficiente como para enfrentarme con ese momento.

Y tú, Atías, ¿en qué estás? ¿Guardarás algo de nuestro amor dentro de ti? O soy, solamente yo, la que no termina de conformarse con todo lo que no nos hemos atrevido a vivir?

¡Nunca me amaste Atías, nunca! Por eso espero que éste, mi tercer intento por divorciarme de ti, se haga realidad.

Catalina entró en el Parque Guell con la secreta esperanza de encontrar, en medio de esa belleza genial, la clave, el origen de su futuro.

- XXIX -

Martín levantó la mirada del texto y pensó en la gerencia como futuro y no le desagradó. Fue hasta la cocina, abrió la nevera, sacó una cerveza bien fría y la destapó con agilidad. Cerró la puerta con el pie mientras daba grandes sorbos y leía la última frase del instructivo sobre gerencia que le había dado Atías.

Tener la visión de la totalidad del proceso. Desde la idea hasta el producto terminado y en la calle.

- ¿Por qué no? pensó.

Martín tenía una relación agobiante con el tiempo. Gran parte de sus crisis estaban estrechamente relacionadas con el inexorable avance de las manecillas del reloj. Era como si el tiempo se lo tragara sin poder hacer nada para evitarlo. Rara vez disfrutaba de esa extraña sensación en la cual el tiempo corría a su favor, sin amenazas, sin presiones, sin urgencias. En él se sentía a sus anchas, viviendo a plenitud, relajado disfrutando del hurgar de una cucaracha, de las agilidades de una mosca, o simplemente del riguroso y lejano latido de su corazón. O de sentarse en su sillón preferido a nada. O de gastar su tiempo espiando a María Isabel en cada uno de sus movimientos. O sentándose a jugar Nintendo con

Nicolás y aguantar hasta vencerlo. Perder el tiempo era uno de sus pasatiempos preferidos. Y justamente pensaba que así debía tomarse el asunto de la gerencia. Destinar un tiempo de su vida a ser de una manera diferente, a entrar en un mundo desconocido, a ganar dinero y a olvidarse, por fin, del saldo de su chequera; a resolver los estrés de la vida gerencial con viajes al extranjero o cruceros por el caribe. Respecto del asunto *amantes* no estaba tan claro; pero, bueno, habría que tenerlo en cuenta. La verdad es que, lo que me gustaría, sería que María Isabel fuera mi amante. Eso es. Martín divertido ante esta posibilidad, sacó otra cerveza y se fue al cuarto. Abrió el closet de María Isabel y revisó todo hasta que llegó a la siguiente conclusión: Primero, tendría que hacerle un cambio radical de vestuario. Fuera con la ropa vieja, la heredada de su mamá y de su hermana, la comprada en oferta, los resabios de ropa de los tiempos de adolescente, sandalias, pañuelos, collares de mostacilla. Fuera con todo eso. La llevaría a una tienda de ropa fina y moderna. Sedas, linos, colores pasteles, vestidos de fiesta, de cócteles, zapatos de todos colores con sus respectivas carteras, perfumes, muy importante, perfumes y ,respecto de la ropa interior, ahí sí que le daría a ella su propia tarjeta dorada para que siga comprando esas maravillas que ella sabe que me enloquecen.

Se me olvidó lo primero de todo. Si quiero que ella sea mi amante, lo primero que debe hacer es dejar de trabajar para que esté siempre disponible para mí, en el momento en que yo lo desee, ya sea para hacer el amor, para acompañarme o, simplemente, para escucharme. Completamente a mi disposición. Le pondría una mujer para que le ayudara en la casa. Carro último modelo en la puerta, tarjetas de crédito para sus compras personales, peluquería.

Eso sí, ella se encargaría de todo lo relacionado con nuestro hijo. Es demasiado buena madre como para no dejarla ejercer.

Olvidarme por un tiempo del asunto de la trascendencia, las grandes ideas, los compromisos éticos y darme el lujo de ser gerente, tener a María Isabel como amante y ganar bastante dinero.

Martín botó la última lata de cerveza y se rió de si mismo. Era una visión un tanto ingenua de lo que podría llegar a ser una gerencia en el imperio de Atías, pero ésa era la única forma en que se le hacía llevadero el estudio de los materiales que el jefe le dio. En ese momento entró María Isabel cargada de bolsas de mercado.

- Vengo reventada, Martín. El próximo mercado lo haces tú.

Martín asintió con un gesto. Se acercó a ella, la besó suavemente en la frente, luego acarició su rostro, su cabello y la volvió a besar.

- ¿Te gustaría ser mi amante, María Isabel?

No, me gustaría ser tu esposa.

- XXX -

Atías y Fontaine, revisaban los resultados de las evaluaciones hechas al personal preseleccionado para la muestra. No había mucho de donde elegir, los resultados eran dispares. No era fácil encontrar un empleado que reuniera condiciones administrativas, creativas, gerenciales y, por supuesto, además, calidad humana indispensable para un actuar correcto y ético.

Atías sorprendió a Fontaine con la siguiente orden:

- Quiero que evalúe a mis tres hijas, Fontaine.

Fontaine lo miró sorprendido. Si en algo habían estado claros al inicio de este proyecto, era que justamente el F1 existía para evitar que su familia formara parte de la conducción de su Organización en caso de que él se retirara por muerte o por decisión personal.

- Y también a sus esposos. Por supuesto bajo la más absoluta confidencialidad. Piense una forma de convocarlos sin despertar en ellos suspicacia alguna.

Además eso. No quiere nada Atías. Pero bueno, ésas son las órdenes y a trabajar con ellas se ha dicho. Fontaine cerró la carpeta y cuando se disponía a retirarse Atías lo detuvo.

- Dígame Fontaine cómo puede ser que un hombre con la inteligencia y cultura de Martín Izquierdo, esté ahí trabajando como uno más del montón y no haya hecho nada trascendente.

- Todavía, concluyó Fontaine.

Atías se sorprendió y le pidió con un gesto que continuara con su comentario.

Fontaine había estudiado a fondo el caso de Martín, le había llamado la atención desde un comienzo y creía conocerlo bien. Era un ser muy complejo, silencioso y enigmático. Él mismo, aún, no conocía o no se decidía a asumir lo que realmente era. Impedimentos internos de carácter histórico y vivencial obstaculizaban principalmente este proceso. Su condición de inmigrante tampoco lo favorecía a la hora de reconstruir esa interioridad conflictiva. Era un ser con una gran necesidad de libertad y autonomía. No soportaba las normas ni los límites como tampoco soportaba traicionarse a sí mismo. En gran medida, esta característica era la que más había colaborado con su aislamiento porque posibilidades, trampolines había tenido, pero no los había aprovechado por temor a no respetar a cabalidad esa interioridad. También por miedo. Así es, había situaciones en las cuales experimentaba un miedo muy particular al ver su capacidad intelectual en acción. Le costaba digerir esas vivencias, entenderlas y comunicarlas, sin que esas verdades terminaran en contra suya.

- ¿Y su relación afectiva?

Fontaine lo miró un tanto sorprendido. Ésos no eran precisamente los temas que le interesaban a Atías. Atías, adivinando a Fontaine, agregó

- Te pregunto porque por lo que vimos en el informe anterior, su pareja parecía ser algo transitorio, sin compromisos. Como que este sujeto también en este ámbito es un tanto complejo.

- Sí, pero a pesar de que ellos no son casados, tienen una relación muy fuerte. Él la quiere mucho. Lo que sorprende es que no se hayan casado.

- Será ella la que no quiere casarse...

- No lo sé. La verdad es que, como este aspecto no era precisamente correspondiente al área de nuestra investigación, no he profundizado en él.

- Hágalo por favor.

Fontaine iba a preguntar pero se contuvo. Ambos se miraron a los ojos largamente. Estaban pisando el borde del precipicio. Por ahora era mejor mantener las cosas en ese punto. Qué necesidad había de traspasar ese silencio, se preguntó Fontaine.

No voy a permitir que Fontaine con su habilidad profesional invada mis secretos, pensó Atías

Así estaban cuando Inés María llamó por el intercomunicador.

- Llegó el Dr. Ferretti, señor.

- Hágalo pasar por favor.

Fontaine entendió el mensaje, tomó su carpeta y salió de la oficina al tiempo que entraba el abogado especialista en divorcios.

Fueron directo al grano. Ferretti ya había estudiado el caso y Atías no estaba para rodeos.

- La cosa va en serio, Atías.

- ¿Por qué lo dices?

- Becket tiene mucha experiencia en divorcios y está bien preparado. Por lo que veo, Catalina aprendió de sus dos intentos anteriores y se cubrió bien.

- Acúsala de abandono de hogar.

Como decía Ferretti, Catalina había aprendido y esta vez cada paso fue pensado y planificado. No iba a ser fácil para Atías hacerla retroceder o cambiar de opinión. Atías comenzaba a sentirse acorralado. Muy dentro de sí tenía que reconocer que Catalina era parte importante de su vida. Nunca había querido deshacerse completamente de ella. La necesitaba, no sólo por las apariencias y los negocios sino porque era la mujer de su vida, la madre de sus hijas, la mujer con la que mantenía una guerra sin cuartel desde hacía años, una guerra que hoy descubría que le daba vida. Su casa había perdido calor, sentido, orden. Berta, la ama de llaves se encargaba de todo, pero no era lo mismo. Catalina era para él un desafío diario. Tenía que averiguar dónde estaba, necesitaba de su rabia, de sus miradas de reojo en la mesa, de sus movimientos lentos bajo la sábana, del sonido de sus pulseras anunciando su llegada silenciosa. Catalina era parte de su vida y necesitaba recuperarla. Por las buenas o por las malas. Catalina no lo podía abandonar, eso no lo iba a permitir. Es que no lo resistía, ya no era un asunto de venganza, simplemente el vacío era demasiado grande.

Definitivamente Nicolás nunca se había aprendido bien las tablas y ahora cuando se trataba de dividir cometía un error tras otro.

- Siete por ocho.

- 58

Íbamos en ese ejercicio con Nico en el carro cuando me detuve en una luz roja y vi bajarse de un taxi a Luis Enrique. Le toqué bocina pero no escuchó. Iba demasiado rápido.

- ¿Quién es ese mamá?

- Un amigo de antes.

Y comenzó Nicolás con las preguntas y yo con los silencios y las evasivas.

Siempre me ha impresionado la capacidad que tienen los niños para detectar en uno "la vida privada". La verdad es que yo tenía ya varios años con una "vida privada" bastante escasa; pero la había tenido densa y tormentosa antes y, cada tanto, me reencontraba con sentimientos y personajes de esos tiempos que me llenaban de nostalgia. Como ahora por ejemplo. Luis Enrique había sido un amor pasajero pero intenso y si no fuera porque iba con Nicolás en el carro, me hubiera gustado mucho conversar con él un rato. ¿En qué andaría? En esos tiempos era un malvado estudiante de medicina.

Hoy cuando recuerdo la situación tengo que contener la risa. Pero la verdad es que cuando la viví casi me muero del horror. Estábamos en su casa conversando, escuchando música y pasándolo bien cuando Luis Enrique me pidió que por favor fuera a la nevera y trajera algo fresco para tomar. Hacía un calor horrible.

Abrí la nevera y entre la mantequilla, los tomates y las cervezas, habían tres pechos de mujer. Me quedé muda del impacto. No podía creer lo que estaba viendo.

Luis Enrique soltó una carcajada macabra y yo, la verdad preferí no transformarme en pecho coleccionable.

- ¿ Mamá, estás en la luna?

El semáforo estaba en rojo pero Martín no se detuvo, apenas miró y siguió de largo.

Volvía a sentirse cargado de esa rabia que lo desordenaba por completo. Le llenaba el cuerpo y el alma de disturbio, desconcierto y energía. Una energía que en este momento le estaba presionando las sienes. Tenía la cabeza a punto de estallar. El tráfico comenzó a complicarse y Martín a evadirlo. El asunto ahora, no era a dónde voy, sino buscar la fluidez de la velocidad.

Cuando se descubrió disfrutando nuevamente de ella, estaba fuera de la ciudad. No importa pensó, todo ser humano se merece un paréntesis y este es el mío. Apretó el acelerador, subió el vidrio, apagó la radio y enrumbó hacia el silencio.

No soporto el silencio pensó Atías, al tiempo que se acercó a su chofer con la simple intención de hacer ruido, de conversar.

- Dígame Pereira, ¿cuántos años tiene trabajando para mí?
- Veintidós señor.

Y se pusieron a hablar de eso justamente, de todo lo que habían compartido. De las veces que Atías había despedido a Pereira y de las veces que lo había mandado buscar nuevamente. Definitivamente Pereira no era rencoroso. Eso los había ayudado en tan larga trayectoria juntos y también el cuidado y amor que tenía por los carros. Los tenía siempre como nuevos. Si no estaba sentado frente al volante, estaba metido en el motor o puliendo la carrocería. Sabía mucho de mecánica y tenía varios amigos en el ramo. Aprendía, estudiaba, se superaba y últimamente hasta pedía.

- ¿Si yo hubiese tenido "*reales*" señor, sabe qué me hubiera gustado ser?

- Coleccionista de carros.
- No señor, piloto de la Fórmula 1. Corredor de carreras pues.

Sí pensó Atías, tenía aptitudes para eso. Y ¿por qué no lo había hecho se preguntó? Él se había propuesto ser un empresario y lo había logrado. ¿Será porque le faltó el empuje del inmigrante?. Ése que te hace salir adelante a como de lugar. O inteligencia, o ambición, o buenas relaciones.

Pereira sabía por qué no lo había logrado y se lo contó.

- Usted sabe señor, ahora de viejo uno mira para atrás y

entiende eso de que la vida a veces a uno lo pone frente a dos caminos y lo obliga a elegir. En ese entonces andaba por los veinte.

Así comenzó Pereira su relato y Atías se sumió en él. Dos caminos, dos opciones, tal cual como las había tenido él pero eligieron para lados distintos. Pereira optó por quedarse junto a sus raíces, su gente, sus creencias y él por aventurarse por un camino distinto al suyo, de más brillo y más fortuna. Hoy, Pereira es mi chofer y yo su patrón, pensó Atías tras una sonrisa de satisfacción.

- Lo mío nunca fue ser jefe, lo mío siempre fue vivir tranquilo.

- ¿Y lo has logrado?

- Dentro de lo que se puede, sí señor.

El carro se detuvo frente a la puerta de un elegante restaurante. Pereira se bajó y abrió la puerta. Le ofreció traerle un diseño que estaba haciendo de un carro de carrera. Atías aceptó entusiasmado. Últimamente estaba atrapado por los sueños a los cuales renunció en el momento en que optó por este camino, el que seguía pisando en este momento, el que le impedía terminar de dejarse expropiar por su sueño de papel.

- Sus invitados ya llegaron señor.

Atías se ajustó la corbata y desapareció tras la puerta. Pereira guardó las llaves en su bolsillo y se apoyó contra el carro dejándose llevar por la nostalgia.

Martín se detuvo, tenía enormes ganas de orinar y lo pensaba hacer justamente aquí, al borde de esta inmensidad solitaria. Su mirada se perdió en el horizonte mientras recordaba el viaje que hicieron con María Isabel hasta el centro mismo de su desgracia.

En estos días me vino como un pantallazo de lo que fue esa fuga, esa carrera sin destino. ¡Qué locos estábamos!, pensó.

María Isabel y yo comenzamos nuestras vidas adultas después de ese viaje. Y desde ahí todo ha sido duro. ¿Será que aterricé en los cuarenta y déle y dejé atrás la ilusión de los veinte eternos?

Martín caminó unos pasos y se sentó en una roca.

- Estoy cansado de vivir.

Así, tal cual, paren el mundo que me quiero bajar. No sé a que correspondería esa frase, no sé en que trance estaría la persona que la inventó pero me viene perfecta.

Respiró hondo, llenando los pulmones de aire fresco. Con el sonido del despertador comienza la ruta sin descanso hasta que se va el sol y se impone la luna. Cuando el sol regresa yo ya estoy de pie y cansado. Amanezco cansado. Volvió a respirar hondo. Se sacó la chaqueta y los zapatos.

No pasaba un alma por esos lados. ¿A dónde llevará esta carretera? No voy a ponerme a pensar porque, ésa es una de las actividades que más me agota. Poner la mente en blanco, el cuerpo relajado y desconectarse de la acción. Ése podría ser un camino directo al descanso. Tan directo que seguro que la realidad lo torna imposible. ¿Por qué será que todas esas cosas que parecen perfectas no se pueden realizar? Por este asunto de la acción. Qué mejor motor para el movimiento que la imperfección, el error reiterado, repetido, insistente. Ése es, el que le impide a uno detenerse, descansar. Siempre hay una lucha que librar para lograr la tranquilidad. Estado imprescindible para acceder al descanso.

Martín se miró los dedos de los pies achicharrados por las medias y los zapatos y sintió lástima por ellos.

María Isabel estaba sentada frente al mar leyendo el periódico. Levantó la mirada reteniendo el contenido de las palabras y dejó que su mirada se perdiera en el horizonte. De pronto vio lo que hace tantos años añoraba ver. El cielo por fin estaba a su alcance. La certeza la sorprendió de tal manera que dejó el periódico en el piso y se levantó dando unos pasos sin perder de vista la imagen. Pero qué diferencia había. ¿Por qué ahora podía decir, sí, está a mi alcance? Era el mismo cielo de siempre, azul, brillante completo cubriéndolo todo como una enorme cúpula. ¿Qué había de distinto hoy? La línea del horizonte al fondo se confundía con el cielo, unas pequeñas nubes flotando. ¿Era el mismo de siempre? No, no lo era. La emoción la embargó. Tantos años esperando por esta imagen y llegó así, en el momento menos pensado, sin fanfarria ni grandes eventos. El cielo estaba a su alcance y definitivamente no era el cielo el que se había acercado a ella sino ella la que se había acercado al cielo. No había crecido, ni se había alargado. ¿Dónde estaba la diferencia? ¿Qué había cambiado?. Ella había cambiado. Ahora algo dentro de sí era distinto. Era ella la que lo miraba de una manera diferente, era ella la que se había acercado a él. Era ella la que había crecido, pero no de tamaño. No era en su forma física que tenía que buscar la respuesta, era en su interior. El momento había llegado. Por fin había llegado. La distancia entre el cielo y ella se había acortado.

María Isabel se preguntó: ¿Por qué deseaba tanto acercarme al cielo. ¿Qué buscaba yo con esa mirada y ese deseo? ¿Qué quería, cuando desde cualquier punto miraba hacia arriba y pensaba, cuándo terminará esta agonía?

Caminé por la arena, encendida por esta nueva certeza que había nacido dentro de mí. El desconcierto entumeció mi cuerpo. Vuelvo a sentirme en un punto en donde se abre un nuevo antes y después. Extrañamente siento una enorme tristeza y mis ojos se llenan de lágrimas. Hay cosas que mueren, sentimientos, sueños y deseos que comienzan a quedar en el pasado frente a un nuevo camino que se insinúa.

¿Es así como se siente el crecimiento? ¿Subí un escalafón más, di un paso adelante y quizás, por primera vez en mi vida, tengo conciencia de él? Por fin estoy conociéndome a mí misma lo suficiente como para detectar dentro de mí, los cambios. ¿Mi madurez? ¿Qué extraña es la vida; ¿Qué distinto es vivirla a soñarla! Creo que se trata de eso. Que estoy aprendiendo a vivir y dejando de sustituir las vivencias por los sueños. Extender un sueño como si fuera una alfombra y caminar sobre él como si eso fuera la realidad. Las cosas son, y así como son, son importantes, trascendentes, grandes.

¿Dejar atrás la adolescencia?

- XXXI -

Martín está en su oficina sentado frente a la computadora trabajando. Sobre la mesa hay un desorden de papeles, faxes y periódicos. Suena el teléfono. Automáticamente lo responde.

- Sí, en veinte minutos te lo mando.

En ese momento ve a Fontaine que se acerca hacia su oficina y deja todo para dedicarse a observarlo. Era el hombre clave en lo referente a personal. Un hombre misterioso e impredecible. Nunca le había interesado demasiado pero ahora cuando lo vio descubrió que había sido un error no detenerse en él.

- Buenos días Martín. ¿Podría conversar un momento con usted?

- Sí como no. Pase adelante, siéntese.

Mientras Martín lo escuchaba pasaban por sus ojos mil imágenes silentes configurando un cuadro sorprendente. Cómo no lo había visto antes. Atías tenía un plan para él y se había apoyado en la información que desde hacía tres años estaba recabando Fontaine.

Ahora se trataba de mandarlo a New York a hacer un curso de perfeccionamiento profesional.

- Sabe Dr. Fontaine, tengo que pensarlo, porque si bien New York me fascina, no sé si éste sea el momento más apropiado para salir del país. La actualidad aquí es demasiado rica como para abandonarla por un curso.

- Piense con visión de futuro Martín.

Fontaine se levantó y miró su reloj.

- Tiene dos horas para darnos una respuesta.

Martín asintió con un gesto y lo detuvo con una pregunta.

-¿Qué es el F1, Doctor?

Hubo un instante en el que Fontaine palideció y Martín lo capturó. Pero rápidamente se recuperó.

- Un proyecto

Y salió de la oficina cerrando la puerta con la clara intención de no hablar más.

Él tenía la misma opción, no hablar más sobre el asunto, olvidarlo, pero había algo que lo impelía a la acción, algo que le decía que bastaba de hacer como que no veía.

Ése era su problema, veía demasiado y al mismo tiempo detestaba los conflictos que siempre generaba esta situación. Por qué no conformarse con lo que a uno le dicen y ya. No podía, ahí estaba su conflicto. Veía y después entraba en la lucha consigo mismo para vivir como si no viera nada.

Era obvio. El proyecto F1 es un proyecto elaborado con el objeto de buscar los relevos generacionales para la Organización. Fue a partir de una conversación que tuvo con Guédez que comenzó a atar cabos. Luego la reunión con Atías, los movimientos de Fontaine, los despidos y movimientos en el periódico. Atías estaba pensando en retirarse y quería dejar todo en orden.

Este descubrimiento lo enfrentaba a otra de sus rebeldías, la que giraba en torno a la libertad. Por eso no quería actuar, porque lo que le iba a salir era puro instinto.

Atías y sus secuaces estaban organizándole la vida. Tramando su futuro, armando todo de tal manera que llegado el momento de las decisiones él no tuviera alternativa. Y si no actuaba, iba a ser así.

- Carajo, escupió lleno de violencia mientras golpeaba con el puño contra la puerta de su oficina.

Eso es lo que me va a pasar. Cuánto tiempo tengo yo, viendo como se está armando el rompecabezas a mis espaldas y sigo aquí quieto. Cómo no va a venir el caos, la crisis si sigo detenido viendo como las cosas suceden ante mis ojos sin decidirme a participar en ellas.

Se sentó en el sillón buscando serenarse. Lo que le provocaba era salir corriendo. Pero no lo iba a hacer.

¡Basta! se dijo a sí mismo y tomó un libro cualquiera de su biblioteca. Se puso a hojearlo con la intención de desviar sus pensamientos cargados de instinto, en busca de la serenidad. Y lo que encontró fue a Kavafis con sus poemas; poemas que no hicieron más que cargarlo de deseos de libertad.

- XXXII -

Atías estaba sentado en su sillón preferido . Ése que le permitía sentirse instalado en medio del cielo. Entraba el sol del medio día entibiando sus recuerdos y añoranzas. El recuerdo de María Isabel era lo único que lo llenaba de una vida tibia y dulce en medio de tanto caos. Cerró los ojos y volvió la música, el baile, el lento descender de María Isabel por las escaleras. Su secreto amor de papel.

Se descubrió soñando, disfrutando de su deseo. Pura irrealidad, pensó. Pero nuevamente se perdió en la ensoñación. Así estaba pasando del deseo a la realidad, del recuerdo al sueño, de la razón al instinto cuando sonó el intercomunicador. Reaccionó sobresaltado y lo miró sin decidirse a responder. Volver a la realidad lo agobiaba. ¿Por qué no lo dejarían tranquilo en medio de tanto placer? Volvió a sonar y decidió responder. Definitivamente era más sano volver a la realidad, a la acción, al terreno donde todo era seguro y conocido.

- Sí

- Doctor, vienen a traerle unos documentos de la emisora.

- Que se los dejen a usted.

- Me dicen que la entrega es personal.

Molesto, Atías ordenó que lo hicieran pasar. Se abrió la puerta y entró María Isabel con un sobre. Atías no podía creer lo que veía. Le costó entender que era ella la que estaba frente a él. Tenía tanto tiempo sin verla. Tanto tiempo que sólo la soñaba que no atinaba a reaccionar.

- Perdone que lo moleste doctor Atías, pero Gastón tuvo que salir de urgencia y me pidió que le entregara estos documentos personalmente.

María Isabel muy tensa se acercó al escritorio y le entregó el sobre.

- Usted dirá doctor...

- Sí, sí, siéntese por favor.

María Isabel se sentó y Atías abrió el sobre. Los dos estaban muy nerviosos. El silencio era total. Atías quería mirarla pero temía que sus ojos lo delataran.

María Isabel por su parte lo miraba y pensaba en el día en que había bailado con él. Pensar que estuve entre los brazos de este señor sin saber quién era. Ahora, aquí sentada en esta oficina, me avergüenzo de tanta informalidad. ¿Se acordará él de ese día? pensó. Bueno y al final cuál es el problema. Era una fiesta de trabajo y seguro que antes de bailar conmigo bailó con otras de sus empleadas. Por cierto, recuerdo que Jessica me contó que bailaron salsa juntos. No me imagino a este señor bailando salsa. La verdad me hubiera gustado verlos.

Atías por su parte pensaba, ¿se acordará de mí? Seguro, nadie olvida que bailó con el dueño de la empresa para la cual trabaja. Pero no era ése el recuerdo que a él le interesaba conocer. Levantó la mirada de los documentos y se alejó unos pasos para evitar el estruendo que producía la presencia de María Isabel dentro de él. Pero no lo logró. No sabía que hacer. Quería retenerla ahí para siempre, quería decirle todo lo que sentía, romper de una buena vez el secreto y volver a tocarla. Pero ¿cómo lo hacía?

La situación se tornaba cada vez más tensa. El silencio crecía espeso, denso.

María Isabel miró su reloj. Apenas tenía cinco minutos ahí sentada pero le parecía una eternidad. Atías seguía leyendo los documentos sin dirigirle ni una sola palabra. ¿Para qué me tendrá aquí sentada?, pensó María Isabel. Se sentía muy incómoda. Tenía las manos frías de los nervios. En un impulso se levantó.

- No se vaya, por favor.

María Isabel sorprendida se detuvo y lo miró. Atías volteó avergonzado

Qué situación tan absurda, pensó. Vine a traer unos papeles y ahora me siento como si estuviera encerrada en una jaula. Caminó hacia el ventanal y se quedó atrapada por la vista. Martín le había contado.

Realmente nunca había visto algo igual. Parecía estar en medio del cielo. Con razón este señor es tan prepotente. Aquí uno se siente Dios.

Está un poco mas gorda, pensó Atías mientras se deleitaba mirándola. Un par de kilos. Pero le vienen bien.

María Isabel miraba el sillón . Quería sentarse pero no se atrevía. Definitivamente ése es el trono de Atías. Cuando se sienta ahí no hay quien lo detenga. Se tiene que sentir todopoderoso. Se acercó al ventanal y lo tocó. Estaba tibio por el sol. Le provocó quedarse ahí para siempre en medio de ese cielo tibio.

Atías la observaba embelesado. Tenerla ahí frente a él era un regalo grandioso. Cómo hacer para que este momento nunca termine.

María Isabel llevada por sus impulsos se armó de valor y se sentó en el sillón.

- Esto es como un sueño...Murmuró mientras dejó que sus pensamientos se perdieran entre las nubes.

Atías no pudo controlar su enamoramiento y lo dejó escapar por cada uno de sus poros. Su mirada se enterneció y su rostro se llenó de placidez y risa. Cuantos años tenía sin sentir felicidad. Qué más podía pedir.

El pensamiento de María Isabel se liberó y paseó por mil vericuetos diferentes, hasta detenerse en el cielo. ¡Qué cerca se sentía de él!, ahora podía experimentar la sensación de estar dentro de él y en un lugar privilegiado. ¡Qué extraño era este asunto!, pero era impresionante como había cambiado su percepción. ¿Sería que ahora estaba más cerca de la muerte? ¿O de la gloria? ¿O de la poesía que experimentó en su primera comunión? Este recuerdo la enterneció. De pronto, volvió a sentirse encerrada. Reaccionó ante esta certeza, se levantó abruptamente y descubrió a Atías con los papeles sobre el escritorio, mirándola.

María Isabel se sonrojó. Cuánto rato tendría mirándola y ella muy tranquila sentada en el sillón.

- Perdona pero no soporté la tentación de sentarme en ese lugar. Es maravilloso, sobre todo la vista.

- ¿Le gusta el cielo?

- Sí, mucho, siempre lo he mirado.

- Yo también. Respondió Atías conmovido. María Isabel se sorprendió por el diálogo y sintió una intimidad que la intimidó. Atías para cortar las certezas que aún no se atrevía a asumir se levantó y le indicó con un gesto que se sentara.

- ¿Qué es lo que espero doctor?

- ¿Tiene algún apuro?

- Sí, me siento encerrada en este lugar.

Atías ríe abiertamente liberando un gusto enorme por la respuesta.

- ¿Y eso por qué?

- No sé, la subjetividad es algo tan particular, además no entiendo, Gastón no me dijo que esperara respuesta rápida.

Realmente, no tenía justificación para mantenerla más tiempo esperando nada, porque la verdad él no estaba dispuesto a nada y tampoco había leído los papeles como para mandar alguna respuesta. María Isabel salió de la oficina y se sintió como si hubiese sido liberada después de un tiempo de prisión. Caminó rápido por pasillos, escaleras, ascensores hasta que por fin en la calle, miró hacia el cielo y respiró hondo. Se sentía libre nuevamente. ¿De qué?, se preguntó sorprendida.

- XXXIII -

Catalina caminaba por las rampas contemplando el mar y disfrutando de su olor. Siempre le había gustado el olor a mar. Cuando era pequeña solían ir con sus padres y hermanos en vacaciones a una casa que tenían en la playa. Siempre era la primera en descubrir la cercanía del mar. Lo huelo, le decía a sus padres. Y en este momento disfrutaba del olor a infancia que traía el mar. Eran días de mucha soledad. Ella, sus recuerdos, sus pensamientos, sus miedos y uno que otro encuentro agradable. Le hacían falta sus hijas, su casa, sus amistades, su vida conocida en la ciudad y Atías. Sobre todo Atías.

Pero no pensaba regresar hasta que Becket se lo indicara. No quería volver a caer en las mismas trampas. Tenía que cerrar ese círculo con Atías. Si venía algo nuevo entre ellos, debía ser así, nuevo. Y se descubrió esperando un reencuentro con Atías. No sabía realmente que era lo que sentía. ¿No quería reconocer un fracaso tan importante? ¿Toda su vida útil entregada a un proyecto que había fracasado? No soportaba verse de esa manera. Necesitaba algo que le diera un nuevo significado, un nuevo amor quizás. ¿Empezar de nuevo en algo que después de tantos esfuerzos no la había llevado a nada? Al final, qué era el amor. En este

momento le parecía que era el único sentimiento capaz de darle sentido a su existencia. Pero si ella tampoco lo había tenido con Atías. La confusión le cerró el paso y se detuvo frente al mar agobiada y agotada por tanta desazón. Miró hacia el horizonte y vio a Atías entre dos personas jóvenes. Un hombre y una mujer. Un estremecimiento recorrió su cuerpo.

- XXXIV -

Martín descorchó una botella de un exquisito vino tinto y sirvió dos copas.

María Isabel apagó la luz del cuarto de Nicolás, entrecerró la puerta y fue hacia su cuarto. Martín la esperaba con una copa de vino.

- Por la vida, mujer.

- Por la vida- respondió María Isabel.

El vino estaba realmente delicioso y saborearlo fue todo un placer.

- ¿Qué celebramos? preguntó María Isabel.

- El vino, respondió Martín

Y realmente así era. Se tomaron una botella de vino y luego hicieron el amor como los dioses. Cuánto tiempo sin disfrutar de todos los placeres que uno lleva consigo. Los tiene encima, los lleva siempre puestos pero no disfruta de ellos, simplemente porque para hacerlo, uno necesita de sí mismo y eso es un logro inconmensurable. Necesita estar uno dentro de su cuerpo y no por ahí atrapado. O no sé qué. Lo único que sé

es que tenía demasiado tiempo sin sentir mi cuerpo y ,más, sin sentir la suavidad y el divino calor del cuerpo de María Isabel.

Recorrerlo sin apuros, sentir su tersura, reencontrarme con sus recovecos para luego entrar en ella y deslizarme hasta enlazarnos en un placer único y secreto, nuestro.

El tiempo por fin se detuvo y comenzó a ser mío.

Así quiero que sea mi vida de hoy en adelante. Quiero que el tiempo me pertenezca absolutamente. Quiero habitar mi cuerpo cada minuto y quiero estar siempre disponible para el amor en cualquiera de sus formas.

- ¿En qué estás pensando? Preguntó María Isabel.

- En mi futuro- respondió Martín.

- XXXV -

- Pasajeros con destino a Madrid, por favor abordar por la puerta 7.

Atías tomó su portafolio, abordó, se sentó junto a la ventana y despegó rumbo a Madrid. Esto es el colmo, pensó. A estas alturas de mi vida resulta que los caprichos de Catalina me están haciendo volar a Barcelona. Cuándo se había visto tamaña locura.

- ¿Desea algo el señor?

- Sí, un whisky doble.

Se lo trajeron y lo tomó al seco. No acostumbraba a beber así, pero el momento lo ameritaba. La impotencia, la rabia, lo carcomían por dentro. El efecto no se hizo esperar y muy pronto sintió como su cuerpo comenzaba a relajarse y una especie de ensoñación relajó también sus defensas. Miró por la ventana largamente. Se sentía tranquilo, estaba en su medio, seguía en el cielo. Recordó como un pantallazo brillante, a María Isabel sentada en su sillón y se dejó invadir por eso que él había llamado felicidad. A ella también le gustaba el cielo. Compartían esa debilidad. A ella sería capaz de dejarle todo, pensó.

- A ella sí, Catalina....

- Perdón, me hablaba. Dijo su compañero de asiento.

Atías lo miró extrañado, displicente y volteó nuevamente hacia el cielo. ¡Ay Catalina, prepárate, mira que lo que viene no te lo esperas!, pensó Atías amenazante. No podía sacársela de la cabeza ni menos del alma y el corazón. La detestaba con todo lo vivo que tenía dentro de sí. Es más, no sabía si iba a soportar verla sin pegarle una buena cachetada. Una cachetada, solamente una vez le había pegado a Catalina. Le pegó, le pegó y le pegó hasta hacerla sangrar.

Atías se estremeció del horror que revivía en él ese recuerdo. Cómo fue que volvió a su mente. Tenía más de 30 años con él sellado en el fondo mismo de su ser. Eran tiempos que, pensó, haber sepultado para siempre; pero ahora, reaparecían intactos, desordenándole el alma.

Miró el vaso de whisky entre sus manos y comenzó a temblar. Con mucho cuidado lo puso en el bolsillo del asiento delantero para evitar que se le cayera de las manos. Su rostro frío comenzó a sudar. El alcohol, el alcohol fue el culpable. El culpable de todo, de haberle pegado a Catalina y de haberlo recordado todo en este momento.

¡Qué horror! La angustia lo pobló de punta a punta y se sintió insignificante y ahogado en ese asiento de avión en medio de su querido cielo, sin poder moverse, sin poder gritar, sin poder huir. Estaba preso de su recuerdo. No tenía forma de detenerlo ni de escapar de él. Cerraba los ojos y se veía descontrolado pegándole a su mujer. Era de noche. Estaban en un enorme jardín, sí desde ahí se escuchaba la música de una fiesta.

Atías abrió los ojos con la intención de detener las imágenes pero no pudo. Escuchaba sus propios gritos y el silencio de Catalina. Luego vino la mano ensangrentada, la oscuridad que le impedía ver qué era lo que sangraba, Catalina forcejando, él impidiéndole escapar.

- Señor ¿qué le pasa, se siente bien? Le preguntó amablemente la azafata.

- No, no..

- Dígame, ¿qué puedo hacer por usted?

- Un vaso de agua por favor, un vaso de agua.

El hombre que estaba sentado junto a él lo miraba de reojo, preocupado.

A Atías ya nada le importaba. Lo único que quería era llegar rápido, bajarse de ese avión y buscar a Catalina para pedirle perdón, para rogarle que lo perdonara. Eso era lo único que podría terminar para siempre con el horror de ese recuerdo. Pero las imágenes seguían

atormentándolo. Vio cuando a la mañana siguiente entró al baño y se encontró frente a frente con el rostro desfigurado de Catalina reflejado en el espejo, al tiempo que escuchaba a sus tres pequeñas hijas subir por las escaleras en busca de su madre.

¿Qué les voy a decir a mis hijas? pensó. Que tuvimos un accidente.

- Catalina debes quedarte aquí encerrada, en reposo absoluto sin visitas, que nadie te vea hasta que pasen los hematomas - Se miraba las manos y no podía creer que había sido capaz de hacer algo así. Nunca en su vida le había pegado a una mujer.

Definitivamente en ese tiempo estaba mal, muy mal. Estaba harto de tener que competir con los burguesitos de la familia de Catalina y perder siempre, cuando él era mil veces mejor profesional que ellos.

Y el alcohol, el alcohol lo tenía loco. Pero nada podía justificar esa noche maldita.

Eso lo pensaba ahora treinta y tantos años después, encerrado en un avión rumbo a Madrid, con una sentencia de divorcio en puertas.

A lo lejos escuchó una voz y apretó los ojos con fuerza. Sabía lo que venía.

- Atías, te espero en mi oficina en 20 minutos.

Su suegro cerró la puerta, lo miró a los ojos y Atías supo de qué se trataba. En ese momento entendió lo que era la humillación.

- No sé que decisión tomará Catalina respecto de ti pero yo ya tomé una.

Atías lo miro en silencio.

- Mañana se integra un nuevo asesor económico.

Cuando volvió a su oficina tenía sobre su escritorio un sobre y un recibo. Guardó el sobre en un bolsillo, firmó el recibo, tomó su portafolios y salió para siempre de la empresa de su suegro.

Estaba cesante y en boca de toda su familia política. Lo habían puesto en el lugar más bajo, de donde nunca debió salir, escuchó decir en un pasillo.

Y el avión no descendía. Continuaba su lento rumbo por el infierno. Miró por la ventana y el cielo ya no era cielo para él. Miró hacia el otro lado y descubrió que el hombre que estaba sentado a su lado se había cambiado de asiento. El estómago se le revolvió y sintió que iba a vomitar. Junto con el vómito vino el origen del horror. Catalina se había enamorado

de otro hombre y lo iba a dejar. Ella siempre lo negó pero él nunca le creyó.

Cuando el avión aterrizó, ya era de noche. Encendieron las luces, los pasajeros comenzaron a preparar su descenso. Atías no tenía fuerzas . Cuando ya no quedaba nadie se le acercó una azafata.

- Señor, ¿ puedo ayudarle en algo?

- Sí por favor, no me siento bien.

La azafata se acercó y lo ayudó a levantarse. Estaba hediondo a sudor, la camisa manchada con vómito, el pelo húmedo. Lo acompañó del brazo hasta la puerta, y luego lo ayudó a descender las escaleras en donde lo esperaba un bus para llevarlo hasta las instalaciones del aeropuerto.

Era el último y estaba solo. Nadie lo esperaba.

- XXXVI -

Catalina se despertó sobresaltada corrió hacia el baño y se miró en el espejo. Respiró aliviada. Había sido solo una pesadilla. Una pesadilla llena de pasado. Tomó agua fresca y se lavó suavemente la cara. Cuantos años hacía que había lavado su rostro y había visto correr el agua ensangrentada entre sus manos. Su cuerpo se estremeció y sintió que se iba a desvanecer. Se apoyó contra la pared y cerró los ojos en busca del aliento.

Cuánto silencio acumulado por años. Silencio que terminó torciéndome el alma y el gesto. Y el camino también. Catalina tomó fuerzas caminó hasta el cuarto, abrió la ventana y se sentó junto a ella. El aire fresco y frío del amanecer golpeaba contra su rostro, despertando en ella la nostalgia y los recuerdos. Ya era tiempo que me sentara con ellos pensó, no podía seguir evitando la presión que ejercen dentro de mí. De hecho fueron los recuerdos los que me trajeron hasta aquí. Fueron ellos los que me obligaron al divorcio. Los recuerdos, éstos que uno piensa que están olvidados, o enterrados, que han perdido la vida. Los recuerdos tienen vida y aún no he descubierto cómo se hace para que dejen de actuar dentro de mí.

Yo lo que tengo es un dolor muy grande guardado en un recuerdo justo al inicio de mi vida soñada y esperada. Justo cuando eso, por lo que yo tanto había luchado, comenzaba a dar sus frutos y no he podido con él, no he podido vencerlo.

Ven recuerdo, ven completo que aquí estoy, lejos de todo lo que amo, lejos de todo lo mío, desnuda, dispuesta a mirarte de frente, dispuesta a quitarte la vida. Catalina estalló en un llanto eterno de tristeza y dolor. Por fin había llegado el momento, ya no haría falta resguardar a sus hijas de los destellos del horror de Atías.

Bastó nombrarlo para que el telón se levantara y apareciera la escena. Estaba intacta. El infierno vivido bastaba con nombrarlo para que apareciera completo nuevamente ante mis ojos. Qué podía perder ahora. Nada o todo, la verdad es que no lo sabía. Simplemente por fin había llegado un nuevo momento, un nuevo intento de sobrepasarlo. Volvía a tener frente a mis ojos esa gran prueba de valor, ese muro inalcanzable, esa meta que siempre me pareció demasiado fuerte para ser superada por mí.

Y vino como una película completa, con créditos y sonido. Atías me había abandonado. Y Catalina volvió a llorar. Se sorprendió de sus pensamientos. De cómo se iba armando de valor para enfrentar lo peor.

Las niñas estaban pequeñas, las relaciones con su padre eran muy difíciles y ni hablar con sus hermanos y familiares. Realmente nunca habían querido de verdad a Atías. Pero él se sentía muy fuerte y sobretodo traía de crianza una caparazón dura contra cualquier adversidad o crítica.

Nada, Atías era un hombre irascible, de mal carácter y cuando el licor comenzó a ser regular en él, las cosas se fueron poniendo cada vez peores hasta el día en que estalló en golpes y más golpes contra mí.

En el fondo nunca lo perdoné. Jamás nadie me había pegado en mi vida y menos sin razón. Fueron los celos, la inseguridad, el rencor y en mí, el miedo que comenzó a poblar mi vida. No sé, a estas alturas recuerdo el origen de nuestra lenta separación y me parece absurdo cómo, poco a poco, nos fuimos destruyendo la vida. Mi padre lo despidió y él se empeñó en que iba a ser más grande que él. De ahí en adelante todo fue la construcción de la venganza y el crecimiento desmesurado a costa de nosotros mismos. Mi debilidad, eso es lo que más me aterra en este momento, la dimensión de mi silencio, de mi rencor encerrado por el miedo, de mi secreta venganza, de mi estancamiento. Nuestras hijas crecieron en medio de este frío.

Los celos fueron los que hicieron que todo esto despertara nuevamente dentro de mí. No he visto nada, pero sí he sentido que Atías ha despertado afectivamente. Todos estos años ha sido la distancia puesta por nosotros mismos la que nos ha unido. Tú no sientes nada ni por mí ni por nadie. Yo no siento nada ni por ti ni por nadie. Pero hace un tiempo sentí que Atías sí sentía algo por alguien y eso no se lo perdono. En el fondo absurdo de nuestra historia de desamor, ahora descubro que yo he guardado la secreta esperanza de que algún día nos reencontremos. Eso ha sido quizás lo único verdaderamente sano que he escondido en medio de todo esto y no voy a permitir que, después de no haberme dejado quererlo, de no haberme dejado ir, ahora sea él el que me abandone. Me debe el amor, nos debemos el amor y ahora no voy a ser débil a la hora de exigirlo.

A lo lejos Catalina vio a un hombre caminar lentamente por la vereda. Un escalofrío recorrió su cuerpo. No podía ser verdad lo que intuía. Buscó sus lentes y salió al balcón para acortar las distancias. Sí, era él. El hombre que ahora cruzaba la calle era Atías.

- XXXVII -

María Isabel prepara la comida al tiempo que va poniendo la mesa. Martín y Nicolás están por llegar a almorzar. Salió tarde del trabajo y no había nada adelantado. La muchacha de servicio a último momento, avisó que no venía a trabajar. Todo era así. Una larga secuencia de acciones previstas e imprevistas. No había un día en que las cosas resultaran como previamente las había pensado. El azar, el destino, las arbitrariedades de la vida, lo cambiaban todo constantemente. El timbre, el teléfono, la olla, el plomero, el banco, el plato, el beso, el grito, el baño, la cama, la tarea, la noticia, un abrazo, Martín, el amor. De pronto, María Isabel se detuvo ante una extraña certeza.

- No quiero a Martín. Murmuró.

Fue como un paréntesis que lo detuvo todo. No quiero a Martín, pensó con el máximo de serenidad de la que era capaz en ese momento. Y volvió a la actividad, de la comida, la mesa y el plato. El pensamiento no la abandonaba, pero, al mismo tiempo, sentía que entrar en esa idea la podía terminar de desordenar. Los sentimientos siempre habían sido para ella un norte. Querer y sentirse querida. Entender el

asunto este del amor, renunciar o salir del cuento de hadas para ubicarse en la realidad del quererse, eran para ella una constante. Y ahora esto.

Antes, cuando ella dejaba de querer, se iba. Los años le habían enseñado que la cosa tampoco tenía que ser tan drástica; pero, ahora, frente a qué estaba realmente. ¿Por qué se le vino eso a la cabeza? Tenía años con Martín y nunca antes lo había sentido. Tampoco era que estuviera enamorada de otro hombre.

María Isabel dejó ese pensamiento quieto. La sorprendía, le intrigaba y, por sobre todo, la complicaba. Sonó el timbre y abrió la puerta. Eran Martín y Nicolás. Besó a uno en la mejilla y al otro en la boca. Trajo la fuente con la comida caliente a la mesa mientras Nicolás se cambiaba de ropa. Escuchó los últimos acontecimientos de la vida de Martín, se sentaron a la mesa. Comieron los tres juntos. Eran una familia.

María Isabel miró a Martín a los ojos y se sintió lejos, muy lejos de él. Levantó los platos sucios. Nicolás trajo el postre mientras ella preparaba el café. Y el pensamiento seguía ahí, quieto. Martín volvió al trabajo, María Isabel lavó los platos y ordenó la cocina mientras Nicolás comenzó a hacer sus tareas.

¿Otra ruptura? ,pensó María Isabel, mientras se secaba las manos en el repasador.

Sí, realmente lo que estoy viviendo es otra ruptura pero tengo la intuición, de que más que con personas esta vez es con ideas.

Necesitó de un enorme silencio para escuchar lo que venía del fondo mismo de su ser. Del alma, el corazón, el vientre, la cabeza, las entrañas. No lo sabía. Pero todo vino de adentro.

Se desvanecen dentro de mí los sueños construidos sobre sueños, dejándome un gran vacío. Un vértigo.

La realidad aparece ahora desnuda, real y tangible. Desprovista de mi ojo apasionado y maravilloso. Ya no tengo sueños. Ya no sufro porque mi relación con Martín está llena de conflictos que me impiden vivir la armonía del "Y vivieron muy felices." Ya no sé qué es la felicidad y no me importa.

¿Quererse? ¿Qué es quererse? Me lo pregunto y no me esfuerzo en darme una respuesta. ¿Para qué? Lo que tengo no es depresión, ni desidia ni ganas de suicidarme. No, para nada. Lo que tengo es el vacío de quedarme sin los parámetros que me guiaban por el camino correcto, el camino que me iba a llevar al éxito seguro, que me impedirían el fracaso.

Creí que lo evitaba pero no lo logré. Estoy en medio de él, sumergida en cuerpo y alma en el fracaso, la frustración.

Y tampoco reconocerlo me importa. Quizás así pueda salir de ellos o transformarlos en éxitos, quizás.

Eso sí me sorprende. El poder del pensamiento. "Todo depende del cristal con que se mire". Sí. Hay días en que pienso que todo lo que hoy tengo en signo negativo en mi vida, si logro cambiar ciertas ideas pueden pasar automáticamente al signo positivo. Y las vivencias no van a cambiar, lo que va a cambiar es mi forma de verlas.

Por lo pronto no avergonzarme por mi propio estancamiento ya me permite vislumbrar un movimiento.

En estos días veía en televisión la transmisión del matrimonio de una cantante popular. Impresionante. Realmente yo siempre soñé con casarme así. Una Iglesia muy linda, llena de familiares y amigos. El novio de siempre, buen mozo y con una carrera importante, ella preciosa con un vestido espectacular. Una ceremonia a su medida, acompañada por buena música en vivo y después, una fiesta a todo dar.

Y para la noche de bodas, su virginidad, según le informó a la prensa.

Bueno, analizando fríamente este caso, entre los sueños y la realidad, hay un abismo.

No sé por qué extraña razón desde pequeña tuve una urgencia enorme por casarme, por tener una pareja por tener un amor. Esas tres cosas eran para mí lo mismo. Hoy en día, aparecen como tres cosas independientes, y la una no tiene por qué implicar a la otra. Pero bueno, vamos a los hechos. Creo que tenía como 17 años cuando creí descubrir al hombre de mi vida. Lo primero que me atrajo fue su físico. Era grande, fuerte, bello y dulce, cariñoso. Me acerqué a él. Yo también le gustaba, pero él era mas tímido que yo. Con él perdí mi virginidad. Pero ojo, no fue que me la robara o que me hicieran una trampa para quitármela, yo la entregué gustosa porque quería avanzar rápido y conocer los secretos del cuerpo y del amor.

Fue un amor bonito, sencillo pero completamente desprovisto de magia (Debí darme cuenta en ese mismo momento que el cuanto de hadas debía morir). Nos queríamos y, cada intento que hacíamos por hacer crecer nuestro amor ,era abortado por nuestros padres; hasta que llegó la estocada final

- Déjense de tonteras. La niña se queda aquí y usted se regresa a su país.

A mi padre lo habían trasladado y él se fue detrás de nosotros.

Me quedé sin mi gran amor y sin virginidad. Lo de la virginidad no me importó mucho, lo del gran amor sí. Lo añoré por años. Tuve muchas parejas después de él, pero siempre con la esperanza de reencontrarnos y reanudar nuestro amor. Él también la tenía. Ya emparejados y con hijos ambos, nos encontramos una vez y soñamos con que algún día, más adelante, encontraríamos nuestro tiempo. Hace dos años supe de manera accidental que el amor de mi vida se había suicidado. En este momento descubro que posiblemente este hecho fue el que dio pie al inicio de esta ruptura.

Conversando con un amigo sobre el amor, él me comentó algo que me sorprendió. Me dijo que el amor era uno y realmente estoy por creer esa teoría. No una persona sino que el sentimiento es uno solo vivido de distintas maneras y con distintas personas.

Después tuve varios amores y también propuestas de matrimonio; pero de los hombres que he querido, ninguno ha sido un pretendiente capaz de generar un matrimonio de sueño. De hecho, no me he casado ni por la Iglesia ni por el civil.

De Martín me enamoré. Lo vi y sentí que la cosa era con él. Igual le pasó a él conmigo. Me fui a vivir a su apartamento ante el agotamiento de mis padres con mis decisiones afectivas. Siempre les he parecido caótica y desde hace años prefieren abstenerse de opinar. Cuando nació Nicolás, Martín lo reconoció inmediatamente, pero hablar de casarnos siempre es un conflicto que, con el tiempo, hemos optado por evadir. Por ahí está perdido el traje de novia espectacular. Lo de buen mozo y carrera brillante, Martín lo cumple, pero, sin dinero. Y lo de una iglesia y una fiesta llena de amigos y familiares tampoco podría. Mi familia y la de Martín por razones diferentes están muy distantes de nosotros y amigos casi no tenemos. Pasamos una época linda en ese sentido. Hacíamos fiestas memorables, salíamos bastante, íbamos al cine y demases. Con el nacimiento de Nicolás, poco a poco, todo eso se fue terminando. De todas maneras en eso los dos nos parecemos: somos de pocos amigos. Respecto del tema religioso, la cosa no está muy clara para ninguno de los dos. O sea que, difícilmente, yo habría podido tener una boda como la de la cantante ni aunque la soñara con todas mis fuerzas. Simplemente no estaba en mí. Me siento un poco ridícula después de este recuento.

El tiempo volvió a pasar. Estuve trabajando bastante y bien. Me sumergí en el trabajo y cuando terminé, descubrí que había una nueva idea en mí y que, por cierto, no es nada ridícula, más bien es fuerte y dura. Al descorrer el telón de los sueños, vi mi vida tal cual había sido y la vi tan dura y

triste que pensé que quizás los sueños estaban para ocultarla.

 Mi vida apareció de pronto como un subtexto o, mejor dicho, como el texto real de mi historia. Estaba cubierta por sueños absurdos.

- XXXVIII -

Catalina esperó en su hotel. Tenía la certeza absoluta de que el hombre que había visto cruzar la calle era Atías. No estaba loca.

Atías recorrió la ciudad en busca de Catalina. Sabía que estaba ahí.

Catalina esperó sí, pero no siempre en su hotel. El tercer miércoles sintió que no aguantaba más el encierro. Estaba tan segura de que él la buscaba que no quería moverse del lado del teléfono. Tenía miedo de que la llamara y que ella no estuviera, perdiéndolo así para siempre.

Ese miércoles salió a la calle con la intención de confundirse con la gente, de perderse en el tumulto. Necesitaba un descanso después de tantos años de espera. Había amanecido con esa idea en la cabeza. Su matrimonio desde el quinto año no había sido más que eso, una larga espera. Y ahora se descubría nuevamente boicoteando la posibilidad de cambiar esa situación. Si Atías llegaba al hotel y preguntaba por ella, no estaba, que se fuera si quería, para siempre que la olvidara, que le dejara su sentencia de divorcio en la mensajería y regresara a sus cosas trascendentes e importantes.

- ¿Qué le parece el color, señora?
- Me gusta mucho, se ve muy natural.

Exactamente, estaba en una peluquería cambiando el color de su cabello, arreglándose las manos y los pies, poniéndose bella. Su vida era una gran contradicción. Ahora era capaz de hacer una cosa y pensar otra.

Cuando llegó al hotel la recepcionista le informó que el señor Atías había ido a visitarla. Aterrada preguntó si le había dejado algo. No pudo evitar una gran sonrisa cuando supo que no le había dejado la sentencia de divorcio.

Subió al cuarto y lloró como una colegiala. Quería verlo, estar con él, pero apenas sintió que podía ser posible, se escapó. A seguir esperando. ¿Y si Atías no regresa?

"Esta espera me está volviendo loco" , pensó Atías mientras dejaba la llave en recepción y salía de su hotel.

Había momentos en los que sentía un gran desprecio por Catalina. Pero por más que se esforzara en sentirlo, ahora no lo lograba. Qué bien le vendría sacar para siempre a Catalina de su vida, partir, pero no podía, estaba atrapado. Con sorpresa descubrió que ya no estaba ahí para resguardar su organización, el proyecto de su vida sino porque necesitaba ver a Catalina, necesitaba reencontrarse con ella. Lleno de rabia y vergüenza dio un golpe contra la acera.

Creo que no soportaría un desplante de Atías. Concretamente, si quiero que lo nuestro cambie no debo aguantar nada que vaya en contra de mí misma. La cobardía, Catalina, la cobardía es lo que tú debes sacar para siempre de tu vida. Eso es lo que me pasa, es la cobardía la que me impide encontrarte Atías.

Atías se detuvo frente a la vidriera de una gran joyería. Cómo le luciría ese anillo a María Isabel. Un instante le duró el sueño.

Aterrizaje de emergencia fue lo que vino. Para qué seguir soñando con esa mujer. No tenía el coraje necesario para hacerla suya.

Tener dos mujeres. En un momento de su vida las había tenido. Catalina se había ido de viaje y él no era hombre de quedarse solo. Se lo había dicho pero a ella no le había importado. No lo volvió a hacer porque le costó mucho despegarse de Maricarmen. Esa fue la primera vez que Catalina intentó divorciarse de él. De pronto fue como si entendiera todo. Las tres veces que Catalina le había pedido el divorcio, él estaba enamorado de otra mujer. Con Maricarmen alcanzó a enredarse en serio, pero con Ana Elena y María Isabel lo agarró en pleno sueño.

¿Cómo hacía Catalina para saber de sus andanzas? Una vez contrató un detective privado para seguirla, para conocer cada uno de sus pasos, para saber si andaba con otro hombre, pero no había logrado nada. Catalina estaba limpia.

- La mujer enamorada sabe cuando su hombre anda detrás de otra falda. Decía su madre desde la cocina. Nadie sabía mejor que él cómo había sufrido su madre por las andanzas de su padre. Era mujeriego hasta no más. El se había propuesto no serlo pero realmente la que se lo había impedido era Catalina. En ese punto no transaba. Si no era con ella no era con nadie.

- ¿Catalina enamorada de mí? Nunca había pensado en esa posibilidad.

Catalina salió del cine y se arropó con el chal. Tenía frío. Caminó sin rumbo pensando en lo que había visto. Le encantaba el cine. Ver historias distintas a la suya. Salir un poco de su propia y agobiante vida. Entró en un bar con la intención de tomar algo fuerte. Se sentó junto a la ventana y se dejó llevar por sus pensamientos. Ahora eran una mezcla entre su vida y la película. Cualquier cosa.

Se acercó el mesonero y dispuso la mesa con champagne. Cuando iba a preguntar descubrió la respuesta ante sus ojos.

- Por fin te encuentro Catalina.

Así era. Atías la había encontrado. La había agarrado por sorpresa y ahora ella estaba muda, incómoda, nerviosa, aterrada, sentada frente a él.

- Por nosotros. Dijo levantando la copa.

- Por nosotros. Respondió Catalina sorprendentemente serena.

Champagne y copas. ¿Qué había detrás de ellas? Se preguntaba Catalina mientras miraba a Atías a los ojos.

Nada, quería responder él con los suyos, pero ya estaban viejos para cuentos chinos. El silencio y la distancia también enseñan, pensó Catalina. Así estuvieron un largo rato, mirándose, midiéndose y tomando champagne lentamente. Ninguno de los dos quería perder la compostura, o la cordura o las riendas del encuentro. Estaban como siempre, uno frente al otro, en pie de guerra, midiéndose, calculándose. Pero en esta oportunidad ninguno de los dos se atrevía a abrir fuego. La botella de champagne se terminó y Catalina en el máximo de la tensión decidió levantarse, irse quizás. Atías rápidamente la detuvo reteniendo su mano entre la suya. Y lo que pasó ahí no se lo esperaba ninguno de los dos. El estremecimiento pasó de un cuerpo al otro y se instaló en ellos. Atías tomó el chal de Catalina, lo puso sobre sus hombros, dejó dinero sobre la mesa y salieron a la calle fría, para luego volver a cobijarse en un hotel, en un cuarto, entre las sábanas de una cama ajena.

Parecía que ambos se impusieron el silencio como regla. No era extraño. Lo que sí era extraño era lo que estaba pasando, lo que estaban haciendo y, por sobre todo, lo que estaban sintiendo.

Un instante de fuego los traspasó. Catalina lloró en secreto mientras Atías secretamente confirmaba su sorprendente descubrimiento.

No se había equivocado, Catalina estaba enamorada de él. Y él ¿qué sentía por ella? Eso ahora no importaba, había descubierto una fuente inagotable de poder, el amor.

Catalina se levantó y comenzó a vestirse.

- Pero cómo Catalina, ¿te vas?

- Sí Atías.

- Yo pensé que nos quedaríamos aquí, juntos...

- ¿Juntos?

Catalina tomó sus cosas y salió de la habitación sin despedirse.

Atías había descubierto la fuente del poder pero no sabía cómo utilizarla.

Catalina buscó un teléfono y llamó a Manuel. Él la pasó buscando en su carro deportivo y la llevó a su apartamento. Escucharon música, prepararon comida, hablaron sobre cualquier cosa, se rieron y luego también vino la cama. La cama de Manuel, una cama complaciente, hecha a su medida. Relajada, Catalina se durmió. Cuando despertó al otro día, Manuel ya tenía preparado el desayuno. No tenía casi hambre, comió una fruta y tomó una taza grande de café negro.

Al salir depositó en el buzón un cheque a nombre de Manuel. Definitivamente en este momento de su vida prefería las atenciones de Manuel a la tristeza y soledad que sentía junto a Atías.

- XXXIX -

¡Estoy en crisis! He abandonado la realidad para deambular entre sombrías pesadillas del pasado. Anoche, insomne y angustiada veía aparecer una tras otra las ideas que me habían preocupado durante el día acompañadas de su respectivo pasado sombrío. Cuando por fin logré conciliar el sueño vinieron las escenas aterradoras de los sueños de la noche. No había paz, me perseguían, me querían someter, yo los denunciaba y me sacaban a un camino oscuro y sombrío en donde no conocía nada ni nadie, no sabía hacia donde iba, la angustia me asfixiaba. Luego, llegaba a un lugar conocido y nada de lo que antes estaba ahí, existía ahora.

Yo no sé si le pasará a todo el mundo, pero si yo le pongo un nombre conocido a todo lo que sentí anoche y parte del día de hoy, debería llamarlo locura. Tal cual. Y no es la primera vez que me sucede. Posiblemente es la primera vez que lo armo y lo nombro, que logro separarlo del transcurso de los acontecimientos. No sé, es horrible, pero creo que ya, a estas alturas de la vida debo reconocer que forma parte de mí. Inesperadamente un hecho de la realidad activa vivencias dolorosas del pasado desencadenando una serie muy violenta de ideas, sentimientos y sensaciones corporales. Me encierro,

porque si salgo a la calle en ese estado, de la nada, me pasan cosas graves. Recuerdo el día que crucé a comprar al abasto y me enredé con mis propios pies y caí al piso aparatosamente. Cuando me levantaron tenía todo el costado derecho del cuerpo, desde el rostro hasta los pies, herido. Con los días los hematomas fueron adquiriendo su color fatal y las heridas sus costras. Parecía que me hubieran agarrado a palos. Cuando contaba lo que me había sucedido nadie me lo creía.

-Ése es el marido, que le pegó. Pensaban.

A Martín creo que no le faltan ganas de pegarme cuando me ve así. De hecho, me grita como si quisiera despertarme, se altera, se pone muy nervioso cuando descubre que he perdido la razón y que eso me está haciendo daño.

No ha sido nada fácil enfrentarme con esta parte de mí misma. Muchos años conviví con estos hechos dislocados sin saber de qué se trataban, ni tampoco los podía diferenciar y ver con claridad. Los años, el daño y el sufrimiento que he sentido, me han llevado a tratar de entenderlos, conocerlos para intentar dominarlos de alguna manera. La reflexión y el conocimiento de mí misma me han llevado, poco a poco, hasta este punto en donde la crisis me dura un día y logro distanciarse, separarla del resto de los acontecimientos de mi vida. Trato de no guiarme por nada de lo que sentí, pensé o vivencié en ese tiempo. Quedo agotada. La descarga de energía sexual es enorme. Es como si el inconsciente se apoderara de mi cuerpo dándole órdenes absurdas y destructivas. Y cuando salgo de ahí, hay un cambio en mí, una actitud nueva, diferente.

Ya en la otra orilla recuerdo sensaciones y pensamientos que me agobiaron y me parece increíble como, en un lapso tan breve logré traspasar el pánico. Recuerdo que en un momento me aferré de tal manera al dolor que me traían los recuerdos y el cuerpo, que decidí no dar el paso adelante que me había propuesto.

- Me quedo quieta, dejo todo tal cual como está. Prefiero no correr riesgos.

Cuando todo había pasado resolví seguir adelante con mi decisión, tomando las precauciones del caso, pero hacia adelante.

Ahora que recuerdo toda la escena, trato de quitarle los contenidos a las formas, trato de analizar y entender la secuencia, de desglosarla en cada una de sus partes, porque ése es el único camino que he descubierto para poder dominar la locura que habita en mí. Ahora, en este camino evito el

recuerdo de la anécdota porque si bien tiene su importancia, lo que reina en ella es la miseria y el dolor.

Recuerdo como en una época de mi vida yo admiré a los locos. Sí, tal cual. Ellos eran los únicos capaces de crear, de descubrir la verdad de las cosas, de ser grandes seres humanos. Incluso fue como una moda. En mis tiempos de adolescencia, la locura era lo que valía. Hasta que me tocó vivirla y sufrirla y realmente descubrí que en la locura hay verdad, sí, pero una verdad muy particular, hay creación quizás; pero, por sobre todo, hay mucho sufrimiento y autodestrucción, aniquilamiento. Se entra a funcionar con códigos muy particulares y violentos que nada tienen que ver con el vivir en paz y con la realidad de la convivencia entre seres. Rompe la convivencia, te aísla. Tengo tiempo pensando de dónde me viene esta locura y ayer descubrí que ,quizás nació después del parto de Nocilás. Posiblemente tenga algo que ver con eso que uno escucha de la sicosis postparto. Ése fue el episodio que recuerdo con más claridad. Fue largo y horrible. No sé por qué se me hace que, en cuanto a los contenidos, algo viene de mi relación con mis padres, específicamente con mi mamá. Pero es tan difícil investigar estas cosas. Cada vez que trato de profundizar sobre el tema con mi madre aparece una muralla, un qué importa, un no me acuerdo. En mi familia hay casos de locura y de hecho en este instante recuerdo que a mí me decían mucho, eres una loca, antes de todo esto. Posiblemente yo ya era tierra fértil para la locura.

Un día hace un par de años conversando como adultos con mi padre, me dijo,

- Te veo mejor María Isabel, más cuerda.

Posiblemente antes, mis arrebatos de independencia, de autenticidad eran vistos como una locura y a mí no me importaba que me llamaran loca si detrás de eso había una verdad, una necesidad de ser. Hasta ahora que por fin entiendo lo que es estar loca. ¡Bien lejos con eso!

Han pasado tres días de mi crisis y todavía no termino de salir del todo. Anoche volví a soñar con mi miedo. Lo vi actuar claramente en escena. Era un cuentico con personajes y todo, pero el miedo estaba ahí clarito. Con un nuevo rostro, detrás de otro personaje, pero presente aún. ¿Hasta cuándo me durarán las secuelas de mi locura personal? Espero poderle seguir la pista hasta su última manifestación. Hasta que ese miedo me abandone por completo. Hasta que logre por fin dominarlo. Sigo medio encerrada, todavía no me atrevo a salir del todo. Cumplo con mis compromisos, mi familia, el trabajo

pero poco a poco, sin olvidarme de mis debilidades porque sino puede atacarme de nuevo y las recaídas son peores.

Es impresionante, Martín convive conmigo y no tiene ni la menor idea de lo que estoy viviendo. Bueno, no sé, posiblemente porque se da cuenta de todo es que prefiere no meterse. Lo que sí es verdad es que yo nunca me he sentado con él a contarle todo esto en detalle. ¡Qué le iba a contar antes si no entendía nada! Realmente es ahora que tengo que animarme a hablarlo con él.

Todo este drama personal me ha llevado a descubrir un nuevo sentido a la vida. Por un lado el conocerme a mí misma, al menos para mí, ha sido todo un descubrimiento y, por otro lado, eso que se refiere a vivir, a lo que es realmente vivir, esa lucha diaria, minuto a minuto que libramos con nosotros mismos y con los demás. A encontrarle valor a las cosas mas simples. ¡Todo esto suena a lugar común! (Qué importante es para mí en estos momentos saberme común y corriente.) Ahora, mi lucha interna es entre la simpleza, que tanto he aprendido a disfrutar, y las grandes ambiciones personales como la realización intelectual, es decir, saltar la barrera y ponerme en el lado de los que deciden, hablan y ven con propiedad y el tema de las conquistas económicas. Ese plural que por ejemplo maneja Atías. Momento, ¡tampoco es para tanto! Mi sueño no es el plural de Atías, con las aspiraciones de la clase media me conformo, casa propia, carro y claro también la aspiración no tan de clase media que sería una casita en la playa. Sigo con el miedo y la tensión dentro de mí. ¿Cuándo saldré de ella o mejor dicho cuándo la voy a sacar de mí? ¿Qué pasará después?

El cuerpo. Esta crisis está centrada en mi cuerpo y me ha llevado a tratar de verme y sentirme mejor. Cómo me cuesta ocuparme de mi propio cuerpo.

Quedo con miedo a tomar iniciativas. Y muy sensible también. Cualquiera puede invadirme interiormente.

En algún momento creí que no había cometido ninguna locura en medio de esta crisis. Pues sí, la cometí. Fui a una perfumería y me compré una línea de belleza completa. Cuando hice el cheque le dije a la cajera

- Mi esposo nunca se enterará de esto.
- Mejor así, señora.

Llevo dos noches con pesadillas por el "realero" que me gasté. Nunca había gastado tanto dinero en cremas y "patuques".

Los años me han pegado directamente en el ego y para ser más precisa y gráfica, en mi aspecto externo, entiéndase carnes varias que han perdido su anterior elasticidad y rigidez. Yo me miro al espejo y no me veo arrugada, ni vieja; pero de un tiempo a esta parte, nadie me dice señorita en la calle. Solo doña y señora. Hasta hace algún tiempo había dudas, ahora nada. Estoy más gorda también. ¡Ay Dios mío, qué más se hace! ¡El tiempo pasó y dejó su huella! Cuánto me demoraré en adaptarme a mi nueva imagen, cómo me iré poniendo ahora. Los tiempos de los piropos y las miradas agradables en la calle ya pasaron. Bueno, a otra cosa mariposa. Vamos a abrir puertas y ventanas para recibir un nuevo tiempo.

- XL -

Cuando Martín entró a su casa, María Isabel estaba pegando botones en sus camisas y Nicolás armaba un rompecabezas en la mesa del comedor. En la radio se escuchaba la cortina final de un programa periodístico.

- ¡Papá! Gritó Nicolás emocionado al verlo.

Por lo general no tenía hora de llegada, pero siempre lo hacía cuando ya había comenzado a oscurecer. Tenía mucho tiempo que no entraba a su casa con sol, después del trabajo.

María Isabel también se alegró y salió a su encuentro

- ¿Y esa sorpresa?

- Nada, ganas de estar con ustedes.

Tiró los papeles y libros sobre un sillón y salió con María Isabel al balcón. Acababa de regar las matas y el olor a tierra era divino.

- ¿Qué estabas escuchando?

- Mi programa, que lo cambiaron de horario y éste estaba grabado.

- ¿Y qué tal?

María Isabel se explayó. Él se metió con ella en el relato. Como le gustaba su trabajo. Era una buena periodista y siempre estaba inventando algo nuevo. Le encantaba escucharla con ese apasionamiento. Se ponía mas bella que nunca. Nicolás fue a buscarlos pidiendo socorro. No sabía dónde iba la pieza con la curva en el costado. Y fue difícil encontrar su lugar. Éste era un rompecabezas complicado. Él mismo se lo había traído de Alemania en su último viaje. Era aquel viejo tren eléctrico que le habían regalado en su infancia. No podía creerlo cuando lo vio en forma de rompecabezas en una gran casa de juegos de mesa en Bonn.

El olor a torta comenzó a salir de la cocina. Qué bien se sentía en su casa. No había nada mejor que estar con su mujer y su hijo así, una tarde cualquiera, esperando una torta de vainilla.

Se quitó la ropa y se puso un mono. La tarde estaba fresca. Nicolás terminó su juego y se puso a ver comiquitas.

Martín buscó a su mujer y la encontró en la cocina. Estaba doblando ropa. La ayudó mientras conversaban. Tenía mucho tiempo que no se daban ese gusto. Martín estaba llegando muy tarde y saliendo muy temprano. Las cosas en el periódico estaban raras. Mucho movimiento de personal, nuevos proyectos, sorpresas a cada rato. La crisis económica parecía ser el principal factor de cambio. Por supuesto también corría la razón pasional por los pasillos. Se comentaba que Atías estaba en proceso de divorcio. Cosa que muchos no creían.

Martín estaba preocupado por su futuro. Su negativa de ir a New York no les cayó muy bien. Los tiempos no estaban como para andar cambiando de trabajo .

Fue interesante y rico hablar con su mujer. Ella lo conocía mejor que nadie. La miró enternecido.

- Qué aburrida sería mi vida sin ti, María...

Ella le dio un beso dulce.

Comieron. Nicolás se fue a bañar, él a ver televisión y María Isabel a acomodar la cocina.

El futuro, realmente esa era su gran preocupación ahora. El impacto de los cuarenta y déle no se había hecho esperar. Ahora estaba del otro lado. Ya no era más un joven prometedor. Había llegado el tiempo en que los resultados no podían seguirse haciendo esperar.

Necesitaba consolidar ciertas cosas de trabajo y económicas porque si no después sería demasiado tarde.

Con este nuevo movimiento de personal habían ingresado al periódico un grupo de jóvenes muy agresivos y bien preparados. Eso había generado una competencia muy particular. De hecho él estaba pensando en que tenía que andar con cuidado si no quería que cualquiera de estos jovencitos lo pusiera en tres y dos. No tenían su experiencia pero estaban formados en las nuevas tecnologías y eso era fuerte.

Además había algo que lo tenía muy estresado. Atías no lo había vuelto a llamar.

Fue increíble pero bastó que él descubriera lo del F1 para que todo eso se diluyera. Estuvo tentado de pensar si no habría sido un análisis errado; pero, rápidamente, abandonó la duda. Estaba seguro, su intuición nunca le fallaba y más si estaba respaldada por hechos concretos como la cara que puso Fontaine cuando él le preguntó por el F1. ¿Será que lo castigaron porque no quiso ir a New York? Posiblemente. Ese era un estilo que se solía usar en esta empresa.

Tampoco lo habían llamado para tratar su aumento de sueldo. Casi todos los de su categoría ya habían sido llamados por el administrador.

Atías lo estaba probando. Quería que perdiera la paciencia pero no lo iba a hacer. Bueno, eso esperaba.

María Isabel llegó agotada y se desplomó en la cama junto a él. Se abrazaron. Se hicieron cariño.

- Cuanta falta me hacías Martín. Necesitaba tanto que me quisieras, que me acariciaras, que te acordaras de mí.

Y sí. No era que la hubiera olvidado, eso nunca, ella está metida dentro de mí, pero era verdad, no la había mimado como a ella le gustaba. María Isabel era muy dulce pero había que cuidarla mucho porque era muy sensible. Cualquier cosa la traspasaba, la hería, la hacía sentirse débil, con frío.

Me parece tan increíble que hace unos días haya tenido la certeza de que no te quería Martín. ¿Qué era lo que realmente estaba sintiendo?

- ¿Puedo recordarte que te amo?

- Sí - Respondió ella feliz - Yo también te amo.

- XLI -

Catalina firmó, pagó y le dieron las llaves de su nuevo hogar. Tal cual. Decidió que no quería seguir viviendo en hotel. Quería su espacio, su lugar. Basta de lamentaciones y esperas absurdas. Atías no iba a llegar a declararle su amor y borrón y cuenta nueva. Eso no había pasado y difícilmente pasaría. No podía seguir sumida en recuerdos, sueños y fabulaciones absurdas. Ambos habían tenido una buena oportunidad para encaminar los errores y ninguno de los dos había sabido aprovecharla. Atías la había descubierto. Y eso la había hecho despertar. Esa noche supo que ella aún lo amaba y quiso usarla nuevamente pero no se lo iba a permitir. Y ella, bueno, no supo hacer las cosas de otra manera. Apenas atinó a llamar a Manuel para no caer en el vacío total. Para salvarse una vez más. No se podían olvidar tantos años de convivencia insalubre, eso lo cambiaba a uno de fondo, ya era tarde para enmendar rutas. Ahora lo que le quedaba era construirse de nuevo, hacerse de otra manera, inventarse una vida. Lo que pasó fue malo, fue un error, tras otro, pero fue. Atrás, allá, fue. Lo único bueno que me quedó son mis tres hijas y el dinero. Nada despreciable por lo demás. Destruí el amor, y eso si me hago yo sola responsable de lo que compartimos con Atías, permití que se derrumbaran uno a uno mis sueños pero

ya está, insisto, pasó. Me voy a quedar con todo lo bueno que tuvimos y todo lo malo lo voy a botar por el bajante de la basura. El cuarto más grande y con vista al mar para mí, y tres cuartos más para mis hijas. La que quiera que se venga a vivir conmigo aquí y la que sólo quiera venir a visitarme bienvenida será.

Voy a hacer un curso de diseño de modas y después veré si busco trabajo o si abro mi propio taller. Dinero tengo para sustentar cualquiera de las dos alternativas.

- Póngame esos muebles aquí por favor. Los cuadros me los deja en la sala.

Catalina organizaba su apartamento mientras mentalmente organizaba su vida. Se la veía cambiada con nuevas fuerzas y mucha decisión.

Sonó el teléfono. Catalina respondió. Era Becket desde Caracas. Poco a poco Catalina comenzó a palidecer.

- ¿Que yo firmé un documento donde renunciaba a mi participación en la Organización?

Catalina se sintió desfallecer. No podía creer lo que le estaba diciendo Becket.

- Por favor llámame dentro de cinco minutos.

Las piernas le flaqueaban, sentía que se iba a desmayar. No podía creerlo. Atías había arremetido con todas sus fuerzas y ahora estaba tratando de quitarle su parte en la Organización. Qué difícil iba a ser sobrevivir a su matrimonio con Atías. No podía renunciar a todo, eso tampoco iba a dejarla en paz. Pero, ¿qué documento era ese? Ella nunca había firmado algo así. Sería que la engañó. Era muy capaz. De pronto descubrió, que tenía a un hombre con una caja, parado frente a ella, esperando sus Órdenes. Tomó fuerzas y se levantó.

- Por aquí por favor, debajo de este espejo.

El espejo le devolvió su imagen y Catalina se detuvo. Ahí estaba ella, sí, detenida nuevamente por Atías. De pronto recordó y fue hacia el teléfono.

- Sí, soy yo, ya sé de qué documento me hablas pero lo que yo firmé no tenía nada que ver con renunciar a mis acciones. De hecho si busco, seguro que encuentro los comprobantes bancarios en donde consta que todos estos años se me han pagado los dividendos de esas acciones.

Definitivamente Becket estaba con ella. ¡Qué maravilla haber encontrado este hombre Dios mío! De todas maneras había algo raro, el

documento se prestaba a confusiones. Pero ella estaba dispuesta a todo menos a renunciar a lo que sabía le correspondía.

- Las cortinas blancas para mi cuarto, las pastel para la sala.

Catalina recuperó su fuerza, pero ella sabía, mejor que nadie, que estaba herida en una de sus alas.

- XLII -

Creo que tenía 19 años cuando un día, sentada frente a una enorme pantalla de cine, sentí que estaba viendo mi futuro. Tal cual. ¡Qué increíble son esas situaciones! Cuando uno ve o escucha algo que resuena dentro de uno sin lógica alguna. Por cierto, ahora se me viene otra situación similar pero ya tenía como 24 años. También fue frente a una pantalla de cine cuando decidí dar un vuelco definitivo a mi vida.

La primera fue en Buenos Aires, acompañada de un hombre que resultó ser una aventura, la segunda fue en Caracas acompañada por el hombre con quien vivía seriamente en ese momento.

María Isabel siguió trabajando mientras recordaba llena de sorpresa este trozo encadenado de su pasado.

Realmente no lo había pensado. La primera fue como una predicción, la segunda una imperiosa urgencia de acción.

María Isabel le entregó el informe a su asistente, apagó la computadora y salió de su oficina. Quería caminar un poco, recordar tranquilamente ese pasado que ahora adquiriría tanto significado. La tarde estaba cálida, no había mucha gente por la calle. Nicolás estaba en casa

con Norma y Martín, bueno Martín en sus cosas, las que fueran. Podía destinar unas horas a sí misma sin preocupaciones. Todo estaba en orden.

Justamente así comenzaba la película. Era una pareja de científicos, los recuerdo a los dos con batas blancas en un laboratorio y luego en su casa en una cena con amigos. Todo bien, armoniosos, la pareja perfecta, el comentario y la envidia de los demás. Liv Ullmann era la esposa. Él tenía barba de perita y la película se llamaba "Escenas de la vida conyugal" de Ingmar Bergman. Todo estaba bien, ella cariñosa, la casa bonita y ordenada, él muy atento con ella, deferente, hasta que no recuerdo por qué razón la cosa cambió del cielo a la tierra (Que el señor Bergman me perdone por la imprecisión de mis recuerdos). Una mujer con maleta espera en un restaurante de carretera. Liv Ullmann sorprende a su esposo haciendo una maleta con la intención de partir para siempre. ¿Qué es esto? pensé yo. Igual pensó ella y él le respondió algo completamente insólito. La conversación se desarrollaba en el baño.

No soporto más esa manía horrible que tienes de venir a lavarte después de hacer el amor.

¿Qué Respondió ella anonadada. Tal cual, el esposo se iba por eso. Había encontrado una mujer que después de hacer el amor se sentía feliz y no se movía de su lado para lavarse nada.

Agarró su maleta dejando a su esposa sentada al borde de la cama y del abismo también. Se juntó con la otra en el restaurante y agarraron carretera.

Nadie podía creer lo sucedido. Hasta ese momento para mí todo era nuevo. Jamás me habría imaginado una historia así. Era como haber entrado en un mundo completamente desconocido en donde me sentía fascinada y aterrorizada a la vez. La historia siguió y recuerdo a la esposa en el laboratorio con la bata blanca trabajando sola, abatida. Los compañeros la miraban y comentaban. Nadie entendía nada. Ella no encontraba paz. Estaba completamente descolocada. Hasta una escena en donde recuerdo que llovía. Ella estaba llorando desconsoladamente dentro de un cajón de mudanza vacío que estaba en la calle y él le hablaba desde otro lugar también bajo la lluvia. Era una conversación larga, se decían muchas cosas, hablaban de las heridas, de su matrimonio hasta cuando sentí que lo que estaba pasando ahí formaría parte de mi futuro como realmente lo fue.

La pareja entendía que, después de todo lo que habían pasado estaban gravemente heridos, pero habían logrado sobrevivir y se habían vuelto a encontrar, cuando pensaban

que todo había terminado. Lo de ellos era eso, una felicidad simple. Eso era amor. Su clase de amor. Lo demás era fantasía.

Y justamente hoy recuerdo este episodio de mi pasado. Y siento que a los 19 años lo presentí en mi futuro y hoy a los 33 digo, hoy entra esta escena en mi vida real. Sin lluvia, sin cajón de mudanza vacío de por medio. Posiblemente también sin mujer con maleta esperando a Martín en un restaurante de carretera, pero sí heridos, sobreviviendo y aceptando este amor que tenemos como nuestro y que, por cierto, también es muy distinto a cualquier fantasía posible. Es pura realidad.

- XLIII -

Y el momento llegó. Así, cualquier día. Sin demasiada antesala o mejor dicho con años de antesala, pero fue un día igual a todos. No sé por qué uno siempre piensa que los momentos de decisiones importantes en nuestra vida se anuncian con letreros luminosos y que cuando vamos caminando hacia ellos todo el que nos ve, lo sabe. Será la manía de la televisión y del cine que nos da ese carácter voyeurista. Cuantas veces no me he visto frente al televisor pensando: *"Si este tipo supiera lo que le espera cuando abra esa puerta."* Enciendo un cigarrillo y descubro que las manos me están sudando. Estoy tenso, tengo miedo y a la vez avanzo hacia adelante sin saber qué me espera, pero avanzo. No tengo alternativa. Nadie me obliga. Eso es lo más increíble. Soy yo mismo el que guío mis pasos. Lo que me obliga está todo dentro de mí. Encerrado en estas paredes que se llaman cuerpo. La cámara la llevo dentro. Apago el cigarrillo contra el piso y exhalo mi última bocanada de humo. Atías me espera y no es mi padre. Aunque por momentos lo parezca. Tengo años guiándome por sus órdenes. Siguiendo el camino que él, a través de sus empleados, me ha ido trazando. Con una gran diferencia, no ha sido a cambio del techo, la comida y el

afecto que me he regido por sus mandatos, sino a cambio de un sueldo que, por cierto, me ha servido para comer y pagar el techo en que vivo con mi familia. He tratado de agradarlo, por supuesto, para mantenerme en mi trabajo, pero nada más. Lo que también se parece a la relación con mi padre es la fidelidad que le he mantenido. No lo he traicionado y he tratado de adaptarme a sus requerimientos. Realmente él me lo ha ido enseñando, castigando mis rebeldías, recortando mi poder de decisión. Qué cosas ¿no? Es impresionante cómo determinan los aprendizajes de la familia. La sociedad se mueve de la misma manera. La familia vendría siendo como la célula en donde uno aprende la manera de vivir en la sociedad, de comportarse en ella y ,después, uno no hace más que reproducir esa misma forma en los distintos estadios del crecimiento. Me fui de casa en busca de mi independencia. De mi libertad. Me fui de mi país, Chile, en busca de más libertad. De alejarme lo más posible de todo eso que me aprisionaba, que me impedía expresarme, encontrarme y hoy descubro que me dirijo a hablar con mi jefe máximo y recuerdo a mi padre y me digo, pero no es mi padre. El crecimiento, visto desde aquí, es un tanto absurdo. Pareciera no ser más que un punto de vista más objetivo, menos apasionado de las cosas y sentimientos de siempre. Mi alergia al matrimonio, además de esconder un importante fracaso afectivo, también tiene que ver con esa urgencia de libertad, independencia, de ser diferente a lo que me enseñaron. Absurdo también. Creo que estoy más unido a María Isabel que si estuviera casado con ella. O mejor dicho lo que de verdad uno no es precisamente el papel.

Dejé todo en casa. No traje ni portafolios, ni papeles, ni chuleta escondida en la manga. Quiero este encuentro así, frente a frente, sin recursos ajenos a lo que llevo dentro de mí. Quiero verme en acción, descubrirme quizás en este cara a cara con Atías. ¿Qué quiero conseguir? ¿Qué busco? Como diría mi mamá, ¡qué sea lo que Dios quiera!

Tal cual. La vida al final se me aparece como una mezcla indisoluble de azar, destino, deseos y luchas personales. La inteligencia y el análisis objetivo de las situaciones, aportan algo de certidumbre. Después está ese otro componente inconmensurable que viaja en el mismo cuerpo y, es la irracionalidad o instinto, que irrumpe, en el momento menos pensado para darle a los hechos un matiz insospechado.

En este momento me siento como si me dirigiera a la última jugada de un partido en el que vengo participando hace varios años.

Anoche miré por el balcón de mi apartamento y vi, por primera vez en años, un gran prado de pasto verde con 4 faroles que lo iluminaban. Fue tan sorprendente que me detuve en la imagen y traté de descifrar bien su ubicación. Cómo podía ser que no lo hubiera visto antes. Es absurdo, ¿no? Sí. Pensé que habrían podado los árboles que antes lo ocultaban, pero no. Hoy, apenas me levanté, fui hacia el balcón para comprobar si se veían los faroles, y no. Los árboles no habían sido cortados. Muchas veces uno mira pero no ve. Igual sensación tuve en estos días cuando me senté en el sillón, que estaba exactamente al frente del que me siento habitualmente, y descubrí que no conocía ese ángulo de mi propio espacio. Desde ese sillón la sala de nuestra casa se ve diferente. De hecho se ven cosas que desde el otro sillón no se ven. Y estoy hablando de mi espacio, el que me cobija todos los días. El que se supone que conozco, a la perfección. Bueno, igual pasa con uno mismo. Cuando me permito la libertad de pensarme desde un ángulo diferente, las cosas cambian su intensidad y validez.

Cruzo en esta esquina, camino media cuadra y entro al recinto de la recepcionista, el carnet "guindado", el ascenso paulatino, la sala de espera, la gran puerta y el cielo como telón de fondo con Atías instalado en él.

- No me pase llamadas Inés María.

- Muy bien doctor.

Se cerró la puerta y ahí estaba. Frente a Atías.

No era el mismo de nuestro encuentro anterior. Se veía más delgado y cansado quizás. Se sacó la chaqueta y se soltó la corbata. Esa no me la esperaba. Entró un mesonero con un servicio de café y nos sentamos a tomar café y a conversar sobre la última entrega de los premios Oscar. Por lo visto Atías no tenía apuro. Yo tampoco. Y me gustó. No quería sentirme como la vez anterior que parecía un pobre tipo impresionado por el poder. Hasta servil, quizás. Necesitaba sentirme siempre dentro de mí. Y él, poco a poco, me ayudaba.

María Isabel terminó de acomodar el cuarto y encendió el televisor. ¿Cómo estará Martín? Pensó. Miró su reloj. Eran las cinco y cincuenta y cinco minutos de la tarde. La reunión con Atías estaba pautada para las cinco. Si todo había salido como estaba previsto deberían estar en plena conversación.

¿En qué terminaría todo esto? Se habían preguntado los dos hoy al medio día. Tenían tiempo conversando sobre este asunto de Atías.

Era evidente que estaban en medio de un cambio importante en la empresa. Martín que era un tipo muy lúcido le había hecho un comentario que le pareció muy acertado.

- Aquí hay dos cosas María Isabel. Por un lado está el F1 y por otro está la precipitación de este último tiempo. Parece que fuera lo mismo pero no lo es.

Y los rumores corroboraban este descubrimiento de Martín. Se decía que Catalina la Grande, como la llamaban en los pasillos, le habría pedido a Atías el divorcio y, por consiguiente, su parte en la Organización. Situación que sorprendía a los más entendidos en el tema Catalina-Atías. No me gustan este tipo de chismes porque no hacen más que delatar nuestra condición de empleados. Pero bueno, lo somos y es nuestra forma de investigar sobre dónde estamos parados pues nadie nos cuenta nada. El F1 era una realidad. Oculta, pero realidad al fin. Martín lo intuyó y Guédez lo confirmó un día en que, por error, entró en el programa. Lamentablemente, las claves de seguridad rigurosamente puestas, impidieron que conociera el plan completo; pero, evidentemente, el F1 era un proyecto creado para captar a la generación de relevo de la Organización. Y en ese proyecto estaba Martín. Cosa que en un momento lo llenó de ansiedad y rebeldía pero que, por suerte, con el tiempo, se lo fue tomando con más serenidad. Si había algo que desesperaba a Martín era eso de sentir que había alguien que le estaba planificando los pasos de antemano. De hecho, creo que ésa fue la clave de su ruptura con la religión en plena adolescencia.

Respecto del divorcio de Catalina y Atías, corrían varias versiones. La que sintetizaba, y a la vez sorprendía, era la que decía que Atías se había enamorado de una periodista bastante más joven que él y que Catalina había dicho basta.

Sorprendía porque Atías aparecía como un hombre muy serio y respetable. De hecho, nunca fue tildado de mujeriego en los rumores de pasillo; más bien era visto como un hombre que había renunciado a las pasiones, incluso con su esposa, en pos del crecimiento económico. Cosa que hacía magníficamente.

Martín se levantó y miró a Atías a los ojos. Estaban al descubierto. Por fin habían logrado librarse de las máscaras. Eran dos hombres y había cosas que no se podían ocultar entre ellos. Definitivamente Martín había llegado a esa reunión con la película muy clara. Había dos historias muy distintas que se entrecruzaban. La pasión y el dinero. Y él formaba parte de ambas.

Catalina chequeó su pasaje y decidió abordar de una vez. No había necesidad de seguir esperando. La decisión estaba tomada.

Al poco rato, Iberia anunció la salida de su vuelo 778 con destino a Caracas, Venezuela.

Atías se sintió acorralado por Martín y tuvo que optar por el único camino que había si no quería perder toda posibilidad de negociación con él. La franqueza.

Martín, a su vez, quedó helado cuando Atías le contó todo lo que sabía de él. Lo habían investigado a fondo para ver si realmente era un hombre confiable y capaz. Tuvo toda la razón cuando le bajó esa "pataleta adolescente" el día que supo de este proyecto. Lo tenían en la mira y lo estaban llevando poco a poco por donde ellos querían. Tanto luchar por la libertad y la independencia para terminar atrapado de esta manera. No pudo más que soltar una carcajada escandalosa e inesperada. Atías lo miró aterrado.

- ¡Martín! Le dijo con autoridad. Pero Martín no le hizo caso. No tenía ni la más mínima intención de interrumpir su ataque de risa. Qué cosa tan absurda, qué idiotez tan extrema la de él. Tanto principismo para nada. ¡Que ingenuidad!

- ¿De qué te ríes, Martín? A mí me parece que todo este asunto es bastante serio.

Martín asintió con un gesto mientras se secaba las lágrimas que corrían por su rostro. Eran de risa por supuesto. ¿O no?

Atías se sentía bastante incómodo y desconcertado. Martín era un hombre muy inteligente, además de intuitivo. De pronto le parecía que sabía todo lo que él sentía por María Isabel y, de pronto, le parecía totalmente imposible que sospechara algo sobre su secreta pasión. De lo que sí estaba completamente seguro era de que Martín había logrado

desarmarlo. Lo había llevado derecho al terreno del tú a tú y él no había podido negarse. Temía que en algún momento estuvieran en esa actitud frente a su pasión. No podía delatarse, no tenía sentido simple y sencillamente porque él no estaba dispuesto a afrontar ese sentimiento en la realidad, a encarar a María Isabel, y si Martín se enteraba, el trabajo de años podía derrumbarse en un instante. Sin contar el inmenso ridículo por el que podría llegar a pasar. ¿Quién me mandó a meterme en este lío? Pensó Atías mientras se alejaba dándole la espalda a Martín que se servía su tercera taza de café.

Sentarse en su sofá y mirar el cielo para que regresara íntegro, intacto, el recuerdo de María Isabel, ahí en ese mismo lugar. Se olvidó de todo y cayó, nuevamente, preso de la más absoluta irracionalidad y ensoñación.

María Isabel estaba absorta mirando el cielo cuando Nicolás se acercó a ella y le dio un sorpresivo beso en la mejilla.

- Nico, tenía rato esperándote.

- Teníamos que terminar el partido, mamá. No nos podían volver a ganar.

María Isabel abrazó a su hijo y caminaron lentamente conversando hasta el carro.

Definitivamente había muchas cosas por conversar. El asunto de comprar acciones en la empresa no convencía del todo a Martín. Concretamente porque no tenía dinero.

- Pero tu padre si lo tiene, agregó Atías.

- Carajo, mi padre. ¿Y qué tiene que ver mi padre con todo esto?

- Es un buen negocio, Martín. Posiblemente le interese.

Atías estaba urgido por resolver a la brevedad el asunto de la propiedad de algunas de sus empresas. Era verdad que estaba en proceso de divorcio y no quería por nada del mundo que su mujer se quedara con su trabajo.

Bueno, así lo veía él. Y yo estaba muy claro que no quería meterme en compromisos económicos que implicaran pedirle dinero a mi padre. Si fuera por eso ya lo habría

hecho para comprarme una casa. Además, no sabía si realmente quería asumir la función gerencial que Atías me ofrecía. Más autonomía, más dinero, pero menos libertad de la que me gusta a mí. ¡Qué sé yo! La verdad es que estaba bien enredado. No podía negar que había cosas que me gustaban mucho, como por ejemplo hacerme cargo de la parte periodística de la televisora, pero aceptarlas tenían un costo y, ese costo era el que, todavía, no terminaba de convencerme.

Específicamente, necesitaba saber qué papel jugaba María Isabel, mi mujer, en todo esto. No sabía como entrarle al tema. Cada vez que pensaba en una frase, en una idea, en alguna forma de investigar sobre ese asunto que hace tanto lo intranquilizaba, se le paraban los pelos de rabia. Además, nadie le había dicho nada concreto, tampoco había visto nada, simplemente se trataba de sensaciones, intuiciones y un ir poco a poco atando cabos. Atías podía quebrarlo si no lo hacía bien. Y viceversa también. Él podía quebrar a Atías si lo hacía bien. Estaban en una situación muy delicada y ambos lo sabían. El tiempo pasaba y ninguno de los dos se decidía a dar por terminada la reunión.

Catalina no comió. Tenía el estómago completamente cerrado. No le entraba ni un sorbo de agua. Así le pasaba cuando estaba nerviosa, como ahora. El vuelo se le estaba haciendo eterno. El reloj parecía no avanzar. En la cartera tenía pastillas para dormir. Si seguía así se las iba a tomar. Tampoco era cosa de sufrir en exceso. Por el contrario debía llegar descansada y relajada. No quería tener problemas absurdos. Con los grandes problemas que le esperaban con Atías le bastaba. El resto debía ser paz y tranquilidad para así recuperar fuerzas y no hacer malas jugadas.

- ¿Y tú papá que no llega? Le dijo María Isabel a Nicolás.

- Larga la reunión con el señor ese, ¿no?

- Sí. Bueno, ahora duérmete que mañana hay colegio.

María Isabel besó a su hijo, lo arropó y salió del cuarto. Se sentía preocupada. Era extraño que Martín todavía no hubiera regresado. A lo mejor se fueron a cenar por ahí. Pero Martín la hubiera llamado.

Fue a la cocina a limpiar y lavar platos con la intención de despejar un poco la mente pero no lo logró. Más bien abrió con un plato que se le

resbaló y cayó al piso volviéndose polvo. Había algo que la intranquilizaba enormemente, pero todavía no descubría de qué se trataba.

- Inés María, si quiere puede irse. Le dijo Atías a su secretaria por el intercomunicador.

Martín se mantuvo de espaldas a Atías. Los plazos se acortaban y él no pensaba salir de esa oficina sin aclarar sus dudas respecto de María Isabel.

- ¿Tienes hambre, Martín? Podemos salir a cenar o pedir que nos traigan comida.

- No gracias, estoy bien así.

- Bueno y entonces que me dices respecto del viaje a París.

Martín se mantuvo unos instantes eternos de espaldas y sin responder. Ahora o nunca Martín, se dijo.

- Primero fue la oferta del viaje a New York, ahora quieres que vaya a París.

- Sería muy bueno para ti, podrías comenzar a prepararte para tutrabajo en la televisión Martín...

- Y para ti también ¿no? ¿No será que lo que tú estas buscando es que María Isabel se quede sola aquí en Caracas...es decir, sin mí?

Atías sintió que todo se derrumbaba. Martín tenía toda la razón. Pero cómo podía ser, si él tenía claro que no quería acercarse a ella para nada, cómo podía estar al mismo tiempo tramando esta situación.

Martín respiró hondo. Por fin lo había dicho y evidentemente había acertado. El tiempo pasaba y Atías no atinaba a una respuesta lógica.

¿Y ahora qué? Se preguntó mientras volvía a interrogar a Atías con la mirada?

María Isabel despertó sobresaltada. Se había quedado dormida en el sillón de la sala mientras esperaba. Miró el reloj. Martín aún no regresaba. ¿Qué estaría pasando? Fue a la cocina y se sirvió un vaso de jugo. Tenía una sed horrible. Sintió frío. Se puso un sweter y salió al balcón. Desde ahí se veía la entrada del edificio. Martín debía estar por llegar de un momento a otro. Se apoyó contra la pared. Estaba entre dormida y despierta. Dejó su pensamiento libre y de pronto se vio bajando las escaleras. Estaba en la

fiesta de la radio. Volvió la música, el temor y luego Atías que la invitaba a bailar. Se despabiló.

- Atías. Murmuró apenada. Entró al apartamento y cerró la puerta del balcón. El frío la traspasó. Siempre que recordaba esa situación se sentía

incómoda. Primero por lo despistada que era, lo volada, como le decía Estrella. Nadie me cree que no supe que era Atías hasta que lo escuché hablar. Pero fue así. Serían los nervios que yo traía los que me impidieron reconocerlo. No sé, la cosa es que fue así. Y lo otro que fue verdad es que sentí que yo le gustaba. Y eso me da más nervio todavía. Me pareció que si yo no interrumpía el baile ahí, podría haber pasado cualquier cosa. Bueno, tanto como cualquier cosa, tampoco; porque lo que es a mí, me gustó bailar con él pero no sentí nada más. ¡Podría ser mi padre! Por eso nunca me han gustado los hombres tan mayores. La sola idea de andar con un hombre como mi padre me paralizaba. En cambio para Jessica la cosa era diferente.

- Lo que es a mí me da lo mismo, con tal de que me trate como a una reina yo me olvido de todo.

Pero había algo en él que a María Isabel le atraía y no lo podía seguir negando: era su porte de hombre poderoso, su seguridad, su inteligencia, su gentileza. Recordó aquel día en su oficina, el cielo, la forma en que la miraba, lo suave que había sido y, de pronto, el encierro. Sí, no podía olvidar esa horrible sensación.

Repentinamente se imaginó siendo la amante de un hombre así y no pudo menos que sonreír de gusto y picardía. Completamente otro decorado, otro vestuario, otra vida, pensó.

Martín salió a la calle y estaba el chofer de Atías esperándolo con el carro en marcha.

- Usted dirá señor.

- Vamos al periódico Pereira. Ahí dejé mi carro.

La noche estaba fría, la ciudad vacía. Le recordó la noche de la fuga con María Isabel. ¡qué coraje cargaba esa noche! Cómo el de ahora, pensó. Se parecía tanto el sentimiento de esa noche al que estaba sintiendo en ese momento que pensó que posiblemente la pasión de Atías habría nacido ese día. ¿Acaso fue una premonición? ¿Sería que realmente

él en el momento en que decidió sacar a María Isabel de esa fiesta quería evitar lo que hoy era un hecho? Posiblemente así era. Muchas veces Martín había pensado sobre este asunto. No era la primera vez que le sucedía algo así. Como tampoco era la primera vez que descubría que había hechos que, por más que se los viera venir, no se los podía evitar. De alguna manera ya existían y eran inevitables. Un escalofrío lo recorrió de arriba a abajo. Y María Isabel, ¿qué sentía ella por Atías? El pánico, la confusión, lo paralizó por completo. En ese momento lo único que quería era tener el poder para clausurar su cabeza y su corazón. Para detenerlos. Para dejar de pensar y de sentir. El carro se detuvo y Martín descendió como un autómatas. Pereira lo miró impactado. ¿Qué le habrá pasado, pensó?

Atías pasa suavemente su mano por el vidrio en busca de aquella huella que hiciera hacía ya tanto tiempo cuando, furioso, golpeó contra el ventanal. De pronto, reaccionó al recordar que ya había buscado esa huella y ,también, ya hacía mucho tiempo había comprobado que la habían borrado. Su poder tenía límites, las ventanas de su reino no se podían abrir y él no podía cambiar esa situación.

Martín abrió su carro, se sentó, cerró la puerta y lloró. Lloró, como hace mucho no lo hacía, de verdad, de fondo, con lágrimas y suspiros, lloró. Hoy había cerrado un ciclo completo. Hoy había comprobado que lo que sintió, vio, pensó y supuso era verdad. Hoy había odiado todos sus dones juntos. Su inteligencia, su sensibilidad su capacidad afectiva. Hoy había comprobado por qué mantenía desde su infancia ese pánico a la vida, a la calle, a la realidad. Porque no sabía qué hacer con el sufrimiento que le causaban las cosas que era capaz de ver, de sentir, de entender. En este momento deseaba ser un hombre incapaz de ver más allá. Un tipo que no ve bajo el agua, un tipo que en este caso jamás se habría dado cuenta de que Atías estaba enamorado de su mujer, que creía que la empresa lo premiaba otorgándole un ascenso de esa magnitud, y no que tenían años planificándolo todo para que funcionara como a ellos les servía que funcionara, sin respetar para nada sus propios deseos, sus necesidades, su mujer. Se secó las lágrimas y los mocos con la manga de la camisa y reaccionó riéndose de su propia "pendejada". Definitivamente todavía era un "pendejo".

Analía ayudó a su madre con las maletas.

- Mamá, te ves muy guapa. Ese color de pelo te queda de maravilla.

- Gracias Analía, se agradece el comentario. ¿Y tus hermanas? ¿No vinieron?

Martín abandonó el carro y siguió a pie. Necesitaba despejarse, tomar aire, recuperarse de tanto impacto. El frío golpeó su rostro y limpió sus pulmones. En el fondo, necesitaba liberarse de años de miedo y pensarse desde este nuevo punto en el cual estaba parado ahora. Un punto completamente distinto al de hoy, al de mañana y así sucesivamente. ¿Qué sería de su querida María Isabel? ¿En qué estaría en este momento? ¿Durmiendo, esperándolo, pensando en Atías? Eso era lo que más lo aterraba. Que María Isabel también estuviera enamorada de Atías o que cuando se enterara de lo que él sentía por ella, todo cambiara entre ellos. Su pequeña y sencilla familia. Qué grande eran para él su mujer y su hijo. La vida que tan disparatadamente habían logrado construir.

El cielo estaba lleno de estrellas, la luna llena también iluminaba su camino. Muy lentamente comenzó a crecer la alegría dentro de él. ¿De dónde venía? De pronto Martín pegó un salto altísimo, como el del más grande basketballista y lo acompañó de un grito feroz y profundo.

Descubrió que así y todo, él, Martín Alcalde Izquierdo era por fin dueño de su vida. Sabía perfectamente donde estaba parado, las intuiciones se habían transformado en certezas y los miedos eran realidades a enfrentar. Ya nadie le podía contar un cuento sobre su vida ni sus posibilidades. Las conocía. Ahora sólo le quedaba enfrentar lo que tenía frente a sí con honestidad y dejar la "pendejera".

Catalina se sentía agotada después del viaje. Apenas había logrado dormir unas horitas con la pastilla y ahora se sentía embotada, tonta, por el efecto del somnífero. Sus hijas le habían preparado una bienvenida, pero todo no estaba en paz. Atías se había encargado de hacer su trabajito subliminal con cada una. Las tres juntas fueron como una aplanadora.

- Pero mamá, por qué no lo piensas mejor... al final ustedes se quieren, tantos años viviendo juntos no se pueden tirar por la borda así... mi papá está dispuesto a todo por evitar el divorcio, además tú sabes, qué sentido puede tener dividir la Organización en este momento...

Ese era justamente el punto. Eso era lo único que le importaba a Atías, la Organización y por eso estaba dispuesto a mucho. Pero nunca a lo que ella necesitaba y con eso le

bastaba para seguir adelante. Se había puesto infantil a la hora de defender sus necesidades. No transaba.

Sonó el teléfono y entró el mayordomo.

- Señora Catalina, tiene una llamada de su esposo.

Se le revolvió todo, tanto que prefirió no contestar la llamada.

- Dígale al señor que me llame mañana, por favor.

Analia la miró sorprendida y Catalina decidió hablar con ella. Estaba harta de las manipulaciones de Atías y la incomprensión de sus hijas. Resulta que ahora ella era la mala de la película. Mi pobre papá lo único que quiere es estar bien contigo y tú empeñada en crearle problemas. Además, el pobre está mal de salud. Y enamorado de otra mujer ,agregaba ella para sus adentros. Bueno, ya bastaba de silencios. Qué sentido podía tener que sus hijas siguieran viviendo en el limbo. ¡A la realidad se ha dicho! ¡Basta de tanta farsa!

Atías sacó del escritorio su lupa y lentamente la puso sobre su vieja fotografía de periódico. Ahí estaba María Isabel, ahí estaban los dos, Martín y María Isabel. Ésa era la realidad, María Isabel no estaba sola. Martín la quería de verdad, la quería bonito, como él nunca había sido capaz de querer a una mujer. Se dejó invadir por la nostalgia, la tristeza, por todo lo que nunca fue y nunca será. Por esos sueños como el de María Isabel que, al acercarlos un poquito a la realidad, se desvanecían como pompas de jabón. Por eso no quería que nadie lo supiera, ni siquiera ella, porque sabía que era total y absolutamente incompatible con la realidad. Pero ya era demasiado tarde para lamentaciones. Lo sabía Martín y quién sabe cuánta gente más. Habían terminado con su secreto invento de felicidad.

María Isabel dormía profundamente cuando Martín entró en el cuarto. Se sentó en la cama junto a ella y la miró, la miró y la miró hasta que quedó lleno, repleto, pleno de su mujer. Desnudos se encontraron bajo las sábanas. Martín la abrazó tiernamente, le acarició el rostro y el cabello. María Isabel sintió un calor inmenso que la despojó del frío de la espera. En ese momento sintió que Martín estaba triste. Besó suavemente sus ojos.

Descubrió que sabían a sal. La tristeza se apoderó de ella hasta que logró disolverla entre sus labios.

Martín la tomó por la cintura y la amó hasta que se diluyeron en medio de un cielo azul, lleno de estrellas blancas y brillantes como el cielo de la infancia.

Amaneció. María Isabel y Martín dormían su amor. Así los vio Nicolás antes de partir al colegio.

Esa noche Atías no pudo dormir. Catalina tampoco. Pero no estaban juntos. Atías se regodeaba en su nostalgia mientras Catalina no descansaba en la construcción minuciosa de su armadura.

Estaban lejos muy lejos el uno del otro.

Cuando Atías escuchó la primera aspiradora en el pasillo, decidió abandonar su oficina. Pereira lo esperaba en la puerta. Lo vio tan solo que decidió invitarlo a tomar desayuno a la "arepera" de su hermano, cosa que Atías agradeció enormemente. Le huía a la soledad de su casa.

- La invitación es en metro doctor Atías porque allá en la plaza Bolívar el carro va a ser un problemón.

Atías aceptó encantado. Aunque pareciera absurdo, nunca había andado en metro por Caracas. Dejó el portafolios, la chaqueta y la corbata en el carro y partió con Pereira rumbo al metro. A poco andar, se le había olvidado su soledad atrapado en el movimiento de las primeras horas del día en la ciudad. El metro fue toda una novedad. Realmente era como una isla en medio de la ciudad. Limpio, organizado, la gente se comportaba de una manera diferente. Cuando llegó la hora de pagar, se dio cuenta de que no cargaba dinero en efectivo, puras tarjetas y chequera. Pereira lo invitó. Llegaron a la arepera de Gerardo y eso fue una fiesta. Se conocían hace años, Gerardo había sido encargado de limpieza cuando él comenzaba con el canal de televisión. Con el tiempo se había independizado y ahora con Hortensia, su mujer, habían comprado la arepera. Trabajaba toda la familia y el lugar era un ejemplo de limpieza y organización. Desayunaron por todo lo alto en la mejor mesa del local. Pereira no quiso preguntar nada y Atías se lo agradeció. No quería pensar ni menos hablar sobre todo lo que le estaba pasando. Cuando terminaron de desayunar, Gerardo le prestó el periódico y Pereira se puso a conversar con su familia. No quería regresar a casa y menos a la oficina. Pero qué más podía hacer. El cansancio comenzaba a hacer su aparición y un baño, eso, necesitaba bañarse, relajarse y pensar con

serenidad sobre su futuro. O no, la verdad no quería pensar en nada. Decidió irse, solo. Le pidió a Pereira que le llevara el carro a la casa. Pereira le ofreció dinero y Atías lo aceptó agradecido. Paseó por la plaza Bolívar y recordó los domingos cuando con sus padres a la salida de misa le daban migas de pan a las palomas. Le parecía que todo eso formaba parte de un pasado tan lejano que ya casi ni le pertenecía. Caminó mirando vidrieras, reconociendo lugares que hacía tantos años que no caminaba hasta que se vio frente a la entrada del metro.

Hizo cola, compró su ticket y entró como todo el mundo al andén que indicaba dirección: Palo Verde. Mientras esperaba buscó un mapa con las rutas y decidió que debía bajarse en Parque del Este. Llegó el metro se abrieron las puertas y entró. Se sentó y se dispuso a disfrutar de su viaje cuando en la siguiente estación se abrieron las puertas y vio entrar a María Isabel que se sentó de espaldas a él. No lo podía creer. Estaba ahí, tres asientos mas adelante. El metro paró en la Hoyada, luego en Parque Carabobo y en Bellas Artes, María Isabel se levantó y caminó hacia la puerta.

Se va a bajar, pensó Atías. Cuando la puerta se abrió Atías rápidamente se levantó y bajó tras María Isabel. Cuando se vio subiendo las escaleras a grandes trancos para no perderla, se preguntó que hacía, pero no se preocupó por responderse, no quería perderla.

María Isabel, salió a la calle, le compró una tarjeta de teléfonos a un ciego y luego se acercó a un puesto de periódicos y leyó los titulares y las carátulas de las revistas. Conversó con el kioskero, se rieron juntos y compró unos caramelos. Seguro que eran para el hijo, pensó Atías mientras salía de su escondite para seguir tras ella. Luego fue hacia el Ateneo, bajó las escaleras y entró en la librería. Atías optó por quedarse afuera. Era muy difícil pasar desapercibido en ese local. Mientras pudo la miró de reojo por la puerta y entre el decorado de la vidriera. Pero pronto la perdió. Angustiado buscó hasta comprobar que no había otra salida y esperó hasta que ella volviera a salir. De pronto, se sintió total y absolutamente ridículo, tanto que estuvo a punto de desistir. ¿De qué? Si ni siquiera sabía lo que estaba haciendo. Se abrió la puerta de la librería y María Isabel salió con un tubo que parecía un afiche. Atías esperó a que se alejara un poco y subió tras ella.

¡Qué mujer tan bella! pensó. Y su sencillez hacía resaltar aún más su belleza. María Isabel agarró hacia el Museo de Bellas Artes. Atías la siguió hasta el momento en que se sintió completamente desnudo, descubierto y se paralizó. Eran los únicos que caminaban por ese lugar. Si por alguna razón María Isabel volteaba lo iba a descubrir. No tenía donde ocultarse. ¿Qué iba a hacer si lo descubría, ¿qué estaba haciendo? Acaso

se le olvidó todo lo que vivió la noche anterior, su conversación con Martín, las horas de insomnio solo en la oficina, con la lupa en la mano y la foto al frente. Atías, ¿qué estás haciendo, a dónde vas, qué estas buscando?. Deténte. Pero no pudo. Había algo dentro de él que era más fuerte que todos los pensamientos que lo asaltaban en ese momento. María Isabel cruzaba la plaza Morelos y Atías no resistió su desnudez y gritó claro y seguro

- María Isabel.

Ella volteó y lo vio, ahí, frente a ella, agotado, cansado, enamorado y entendió así, en un instante, como si fuera un relámpago o un disparo, la tristeza que sus besos descubrieron en Martín al amanecer.

Atías también lo supo, María Isabel le había leído el alma.

- ¿Puedo acompañarla?

- No sé, voy al dentista.

Ambos rieron.

-¿Aquí en el museo o en el parque de los Caobos?

- En Sábana Grande. Cuando tengo un poco de tiempo como ahora, me gusta cruzar por el parque. Es tan bonito. ¿ No le parece?

- La verdad es como si no lo conociera, tengo años sin caminar por estos lados.

Así fue, caminamos por ese parque maravilloso como si fuera la primera vez. La mañana estaba más bella que nunca. El sol iluminaba todo tenuemente, entibiando el aire. Cada paso que daba junto a ella lo agradecía y disfrutaba pensando que el final se aproximaba. No cabían los engaños ni los falsos sueños.

No hubo necesidad de nombrar nada. Hubiera sido demasiado duro para todos. Estábamos atravesados por un sentimiento innombrable que nos unía de una manera desaforada. Era como un pecado. Un pecado que había nacido en Atías y nos inmiscuía . No quería culpar a nadie. No quería hacer de este sentimiento un escándalo, aunque lo fuera. Nos pertenecía, era parte de nuestra intimidad. Había un hijo que se merecía la libertad de su propio destino. No quería marcar a Nicolás con la violencia de la vivencia adulta de la pasión. Martín había sabido protegernos. La carne y la codicia no habían logrado doblegarme. No tenía por qué temer de mí misma. Basta del miedo. Camino junto a ti, Atías, porque estás en mi camino y no tengo por qué ofenderte. Yo soy lo suficientemente fuerte como para no traicionarme a mí misma, ni a los que amo. Estoy en tu pecado. No lo puedo

negar. Pero no por eso voy a traicionarme ni a traicionar a los míos.

Martín, ahora entiendo el horror de la fuga, de ese viaje que parecía sin sentido. Tú lo presentiste. Necesitábamos fortalecernos. A un deseo tan fuerte como el de Atías no se puede escapar. Éste es el único camino, enfrentarlo. En eso estuviste tú anoche. Por eso llegaste así, bañado de la sal de la tristeza. No te preocupes Martín, aquí estoy, contigo.

Catalina entró en la oficina de Atías y supo de él. Cerraron las puertas y se sintió presa de todo lo que Atías había vivido entre esas cuatro paredes. Ella era una mujer fuerte y lo sabía, pero tenía que fortalecerse aún más si quería soportar todo lo que ahí encontraría.

Lo hizo. Estaba dispuesta a verlo todo. Estaba en el cielo. Así como Atías. El sofá, las nubes. El sol.

Recorrió todo lentamente. Hace mucho que entendió que el destino era algo inevitable. Lo que no había aprendido todavía era a no sufrir con él. Sobre la mesa estaba la lupa y la foto. Tomó la lupa, la foto y lloró. Qué más podía hacer. No había aprendido la inmortalidad del sufrimiento. Era humana. Tremendamente humana.

Dejó la lupa y la foto. Lo que no pudo dejar fue el dolor de saber a Atías sufriendo.

- Bueno, gracias por su compañía Atías. El dentista es algo personal.

- Claro.

María Isabel siguió su camino.

Indice

- I -	5
- II -	11
- III -	13
- IV -	15
- V -	17
- VI -	19
- VII -	21
- VIII -	25
- IX -	31
- X -	37
- XI -	39
- XII -	43
- XIII -	45
- XIV -	47
- XV -	49
- XVI -	53
- XVII -	57
- XVIII -	59
- XIX -	63
- XX -	67
- XXI -	71
- XXII -	73
- XXIII -	75
- XXIV -	77
- XXV -	79
- XXVI -	83
- XXVII -	85
- XXVIII -	87
- XXIX -	91
- XXX -	95
- XXXI -	103
- XXXII -	107
- XXXIII -	111
- XXXIV -	113
- XXXV -	115
- XXXVI -	119
- XXXVII -	123
- XXXVIII -	129
- XXXIX -	135
- XL -	141
- XLI -	145
- XLII -	149
- XLIII -	153